

IMPRIMIR

LA HIJA DE LAS OLAS

PIERRE MÄEL

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PRIMERA PARTE

I

NOCHE DE MUERTE

El viento soplaba del Sudoeste. El mar se alborotaba más y más de segundo en segundo, mientras el capitán, inmóvil en el puente, interrogaba con ansiedad el horizonte. Era evidente que amenazaba un huracán de equinoccio y el riesgo era muy grande, pues el barco se encontraba en uno de, los parajes más peligrosos.

El navío era un soberbio buque de tres palos de los que hacen la travesía desde el Havre hasta la América del Sur. El viaje había sido feliz hasta el momento en que el capitán, para disminuir la distancia, tuvo la desdichada idea de aproximarse a la costa, y la tempestad lo había sorprendido enfrente de la isla de Sein, cerca de esa marea mortal cuya espantosa corriente puede alcanzar una velocidad de doce nudos.

El barco había luchado desesperadamente contra el impulso de las olas y del viento, a fin de evitar esa terrible vecindad. Más valía perder la ruta, y refugiarse en cualquier puertecillo hacia el Sur. Desgraciadamente, toda aquella costa, es espantosa. Más allá del cabo Sizun está la bahía de Donarnerez, pero su entrada está guardada por dos escollos temibles, el Van y la Chevre. De este lado están la playa inhospitalaria de Audierne y los monstruosos arrecifes de Penmarch. Era, pues, preciso volver a bajar hasta Lorient, para anclar en un punto cualquiera de Groix o de Belle-Isle, si el estado del mar lo permitía.

Pero esa resolución, que hubiera sido favorable unas horas antes, no hizo más que aumentar los peligros presentes.

Era necesario virar contra el viento, bajo el azote de la tormenta.

La tripulación lo intentó, sin embargo, y los hombres se multiplicaron con una energía sobrehumana.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles. El navío se resistió al viraje, y, dominado por el viento y por las corrientes, perdió el palo de mesana, y la mitad del palo mayor. Entonces, ante aquel desastre, irreparable, y en el instante de tocar la costa, el capitán dio la orden de botar las lanchas a la mar.

¡Momento siniestro! El barco era propiedad de un rico armador francés, de Buenos Aires, que iba a bordo con su joven esposa, una niña de cuatro años y la nodriza de ésta, una cuarterona del Brasil.

Cuando se pronunció la palabra de desesperación y fue necesario confiarse a la gracia de Dios, las órdenes del capitán separaron a esas cuatro personas. El armador y su mujer se embarcaron en una ballenera y la nodriza y la niña en un bote. La desgraciada madre, se había desmayado.

Mientras el navío, abandonado, iba a estrellarse, contra uno de los arrecifes de Górlé-Greiz, las embarcaciones, en número de cuatro, se pusieron a luchar contra el furor de las olas. Durante algún tiempo avanzaron de frente, manteniendo de concierto sus respectivas distancias, a fin de comunicarse unas con otras. Pero el Océano se encarnizaba con su presa, e irritado por no tener más, que un almacón que devorar, perseguía con rabia a los infortunados perdidos en su superficie.

Una ola, monstruosa rompió el grupo de las cuatro chalupas, que se dispersaron al azar hacia los cuatro puntos cardinales, donde las esperaban todos los aspectos de la horrible muerte.

Una de, ellas fue arrojada a alta mar, hacia el Sur, y, fuese, porque tuvo mejor fortuna, o bien porque estaba tripulada por hombres más vigorosos, resistió el primer choque y continuó el rudo combate contra las cóleras del abismo.

¡Lucha terrible! En aquella miserable cáscara de, nuez había seis marineros animados de toda la energía de la desesperación, de todo el deseo de vivir que hace latir los pechos jóvenes y robustos. Uno de

ellos cogió el timón y los otros cinco los remos. En medio de la lancha, la buena nodriza con la niña aterrada sobre las rodillas, formaba con ella un grupo lastimoso. Ni la una ni la otra gritaban, pero en el temblor convulsivo que las agitaba, en la expresión enloquecida de sus ojos extraviados, se adivinaba, ese sentimiento que, inmoviliza la voluntad, el miedo de una horrible muerte, ese miedo que surge del abismo en fantasmas impalpables y que cada rugido del Océano aumenta en las almas inertes...

Hacía media hora, aproximadamente, que, aquellos infortunados sostenían la espantosa lucha. La noche envolvía, lenta y pesada, la frágil lancha aumentando con sus sombras el horror de la situación. El mar había llegado al paroxismo de la rabia. Líquidas montañas se hinchaban delante de la proa del bote, lo levantaban en sus cimas redondeadas y lo lanzaban de, una en otra como si se complacieran en jugar con la agonía de los naufragos. Los torbellinos se los tragaban y delante de ellos se abrían negros agujeros para sepultarlos en una succión tenebrosa. Los infelices bajaban vivos al abismo tapizado de verdosos horrores.

De repente y entre los rugidos de la tempestad se oyó un grito extraño que hizo estremecerse a los marineros. Todos se santiguaron, y en sus caras bronceadas se vio el temor que no había podido inspirarles la tormenta.

Era una queja larga y lúgubre, la voz de una criatura viviente que pedía socorro, uno de esos rumores que no se oyen más que en tierra. Y en aquel caos semejante al diluvio, el rumor tenía un acento de angustia aterradora.

-¡El gran Errante, que está cazando en las rocas de Penmarch!...-dijo sordamente uno de los hombres.

La queja resonó más cerca, casi al lado del -bote.

Otro marinero respondió:

-No... Es como el aullido mortal de un perro...

-¡El perro del cazador maldito, sin duda -articuló otro hombre con voz ahogada.

Las olas pasaban por encima de ellos y los mojaban hasta los huesos a través de sus ropas caladas. Todos tiritaban de frío, pero lo que hacía castañetear sus dientes era un terror sobrenatural. De toda aquella muerte que los envolvía con su límpido sudario, sólo temían el invisible más allá. La noche, del cielo era para ellos menos densa que la noche de sus pensamientos.

La horrible, queja se dejó oír de nuevo, casi tocando con el bote.

-¡El perro! -gritó el hombre del timón abandonando la barra.
-¡Ahí está el perro! Y se dejó caer con la cara entre las rodillas como abandonándose al destino.

El bote, sin dirección, giró sobre sí mismo en un remolino, al mismo tiempo que una ola lo atacaba de lado, y le hacía inclinarse a babor. Cuando se levantó, había dos hombres menos en los bancos, pero, de pie en el esquife, había un animal que los ojos aterrados de los marinos tomaron por una bestia apocalíptica. El animal estaba reluciente con el agua del mar. El era el que daba aquellos quejidos, y él quien, al esforzarse por subir al bote, había estado a punto de hacerle zozobrar con su peso inesperado.

Y mientras los marineros supervivientes lo contemplaban con ojos espantados, el perro se aproximaba al grupo formado por la nodriza y la niña y se puso a lamer suavemente las manos de ésta.

Al sentir aquella tibia caricia, la niña se reanimó. A pesar de la noche, del viento y del mar, no temía ya nada. Su cara angelical se iluminó con una sonrisa; y su voz, clara y pura como un sonido cristalino, pronunció el nombre del fiel animal:

-¡Plutón!... ¡Mi buen Plutón! Los marineros recordaron entonces. Plutón era el perro de a bordo, el perro del contramaestre. Lo habían olvidado en el momento de abandonar el navío *Esperanza*; pero, como era, un valiente perro de las costas del Labrador y no tenía miedo al agua, se había arrojado resueltamente al mar y seguido a nado las embarcaciones.

Desde que la familia del armador tomó pasaje a bordo del *Esperanza*, Plutón manifestó un gran cariño a la niña y acabó por preferir-

la, a su dueño, del que recibía más golpes que caricias. La niña, por el contrario, lo mimaba de mil modos, repartía con él el pan y el azúcar, se colgaba a su cuello y se entregaba con él, en el puente, a los juegos propios de su edad, pues también Plutón era un niño, no habiendo apenas cumplido diez meses.

Por eso, en el caos del Océano, el perro había seguido la lancha que ocupaba la niña.

Cuando los marineros vieron que la, causa de sus terrores era de carne y hueso, recobraron su valor.

No eran ya más que cuatro, y el mar estaba todavía embravecido.

Pero ¿qué no puede la influencia de un suceso de buen augurio para unas energías vacilantes?

Puesto que el perro se había salvado, puesto que había podido soportar tanto tiempo, sin perder aliento, el esfuerzo de la tormenta, tampoco ellos debían desanimarse, sino luchar, luchar a toda costa y desplegar todas sus fuerzas. Acaso Dios se apiadase de ellos.

Hubo un momento en que creyeron que iban a salvarse.

El Océano apaciguaba su furor; las olas eran menos violentas; en las espesas tinieblas el viento no soplaba ya sino por ráfagas; y poco a poco se restablecía la calma en aquella superficie surcada por la reja de la tempestad. Al venir el alba, la inmensa llanura líquida había recobrado su aspecto de los buenos días. El sol se mostró en la bóveda celeste para calentar los miembros entumecidos de los marineros y secar sus ropas.

Pero entonces otra amenaza más terrible surgió en aquel horizonte inundado de luz.

La lancha se había quedado sin timón. De los seis remos de los primeros momentos, sólo quedaban tres en las manos de aquellos desgraciados. Uno de ellos servía de percha mientras los otros dos movían el bote como las alas de una gaviota herida la arrastran por las ondas que van a devorarla.

¿Adónde ir? No tenían medio de tomar la altura. Ninguna tierra, ninguna vela se dejaba ver hasta donde alcanzaba la vista en aquel

desierto sin fin. En la precipitación de su fuga no habían llevado ninguna brújula. El sol, entonces muy ardiente, los quemaba con sus rayos verticales, y el hambre, el hambre espantosa, esa mala consejera, se despertaba en aquellos cuerpos en ayunas hacía cuarenta y ocho horas.

Todos lucharon, sin embargo. El día terminó; la segunda, noche, chispeó sobre sus cabezas y las nubes cubrieron la Osa mayor y la estrella polar que hubieran podido servirles de guías. Y amaneció el tercer día en aquella agonía espantosa.

¿Dónde estaban? No lo sabían. Sus fuerzas se agotaban y sus inteligencias se obscurecían. Su estómago estaba atenazado por abominables ansias; y uno de ellos con sonrisa horrible y ojos de loco murmuró:

Tenemos a la niña y el perro.

A lo que otro, ya caído en la proa y con los brazos inertes, respondió:

-¡No, no!... ¡Eso no!... ¡Todavía no!

Sin embargo, amaneció el cuarto día y el horrible martirio se prolongaba. El horizonte de aquella tumba húmeda no recibía ninguna promesa de, esperanza. Los hambrientos estaban agitados por temblores nerviosos. Todos eran presa del delirio. Horribles palabras brotaban penosamente de sus bocas lívidas y una sonrisa de, condenados convulsionaba sus caras amarillentas.

A su alrededor, gaviotas y petreles daban vueltas con agudos gritos y grandes sacudidas de alas. Aquellas siniestras aves adivinaban el próximo festín de siete cadáveres y cada vez su vuelo se aproximaba y sus giros se estrechaban. Los moribundos tenían apenas la fuerza suficiente para rechazarlas cuando se aproximaban demasiado amenazadoras.

Por fin un hombre se levantó, ebrio de inanición; en su mano brillaba una navaja abierta.

-¡Tanto peor para la pequeña! -dijo con voz balbuciente...
-Después de todo, así no sufrirá más...

Y avanzó titubeando, con las piernas flojas y tropezando con los bancos, en dirección de la niña.

La nodriza comprendió. También ella estaba desfallecida, pero durante los cuatro días en que aquellos infelices vagaban por el Océano, la niña, su niña, no había sufrido gran cosa. Cuando todo el mundo abandonaba, enloquecido, el barco en peligro, la pobre negra, valiente criatura, conservó su presencia de ánimo, y por eso había podido alimentar a la niña con pedazos de pan, muy seco por el calor y humedecido con agua de mar.

Al ver que aquel hombre se dirigía hacia ella con el arma en la mano, la pobre mujer prorrumpió en: un terrible grito de, angustia.

-¡Plutón! ¡Plutón! ¡Socorro, Plutón!... ¡Santa madre de Dios!

El perro se levantó y de un salto furioso se arrojó sobre el marinero, que, cayó de espaldas y se rompió el cráneo contra uno de los escálamos de hierro de los remos.

Más humano que los hombres, el perro no se encarnizó con el cadáver y volvió resignado a ocupar su puesto a los pies del grupo.

Desde aquel momento todo esfuerzo era inútil. Los desgraciados habían luchado en vano y cayeron sin fuerza, para acabar de morir.

La lancha se deslizó, perdida, por aquel mar que la acunaba, en una gran estela de oro que el sol vertía en las ondas. Un ruido de choques secos, lejano al principio y ya más próximo, anunciaba la resaca de una costa.

Pero el alma de aquellos pobres seres aniquilados estaba ya impotente y su inteligencia muerta. Ninguno de ellos pensaba en la salvación, ya próxima, y ninguno tenía valor para intentar un supremo esfuerzo hacia aquella tierra que los llamaba y con la cual tenían que evitar un contacto demasiado violento.

La negra perdió a su vez la razón y una risa nerviosa, la risa de la agonía sacudió su cuerpo.

Depositó en el fondo de la barca, en un lecho de velas dobladas, a la pobre niña dormida, y en pie sobre los bancos, desgarrando sus

vestidos y moviéndolos en extrañas contorsiones, se puso a danzar una danza fúnebre acompañada de un canto gutural.

La horrible canción era larga y compuesta de innumerables coplas de mal gusto, pero no debía terminarse en aquella noche.

El sol descendía lentamente por el Oeste y la chalupa daba vueltas en todos sentidos, empujada suavemente hacia la orilla, en la que se adivinaban unas rocas negras, de crestas erizadas como bestias repugnantes que, acechan su presa. Los petreles y las gaviotas habían ya empezado su festín. Dos de esas aves terribles volaban llevándose el cerebro del desgraciado marinero muerto, y sus gritos agudos hacían un acompañamiento siniestro al canto de la negra.

La nodriza seguía danzando tan pronto en los bancos como en el fondo de la lancha.

De pronto se puso de pie en la proa. El sol se había ocultado súbitamente detrás de los límites del mundo. El perro dio un aullido lúgubre, un quejido de muerte. También él había sentido que el hambre le mordía las entrañas.

El golpear de la costa se cambió poco a poco en un mugido monótono, y el último rayo del sol al anegarse, ese rayo verdozo, color de esperanza, envolvió a la loca que seguía cantando su canción de muerte. De pronto, la negra perdió el equilibrio y cayó al agua.

Y una ola acariciadora cortó la copla comenzada en la garganta de la moribunda.

Un hombre se levantó pesadamente, levantó la mano con un ademán de idiota y volvió a caer con el estertor de la agonía.

La niña, entretanto, continuaba durmiendo el perro lanzando sus breves gemidos y la embarcación balanceándose blandamente, insensible y alegre en aquellas ondas juguetonas. La marea subía y una ligera brisa agitaba las aguas. A poca, distancia, en el ángulo de las altas rocas, las columnas líquidas trepaban a diez metros de altura salpicando las aristas de los peñascos carcomidos. Hubiera, bastado que uno de aquellos moribundos se levantase un segundo para gobernar la lancha y llegar, evitando los arrecifes, a una de aquellas calas

risueñas en las que una franja de dorada arena bordeaba el verde manto de las frescas algas.

Pero no, ninguno de ellos se levantó, ni la, lancha fue vista por embarcación alguna en las tinieblas crecientes. El destino de aquellos infelices iba a realizarse. Tanto valía que muriesen de una vez.

El mar se puso amenazador. Una ola de fondo impulso la lancha y saltó con ella hacia las rocas bajas de la costa. El frágil casco se desgarró con un crujido y el agua penetró por la hendidura.

Otra ola formidable, como un martillo prodigioso, clavó la embarcación en los peñascos. La barca, partida en dos, dejó escapar a sus desgraciados tripulantes, que se fueron a fondo. Dos de ellos batieron desesperadamente el agua con las manos antes de, desaparecer para siempre, bajo la verdosa superficie.

Todo había acabado. El Océano había bajado el telón después del último acto del horrible drama.

Pero no; no había acabado todo.

En el abismo que hierve y lleva la obscuridad de esa claridad vaga que los rayos de la luna prestan a las olas, se veía algo que sobrenadaba y se Movía rápidamente.

El perro vivía y luchaba aún con vigor prodigioso. Su hocico poderoso sostenía fuera del agua una forma indistinta, una especie de paquete, y la impulsaba hacia la orilla.

Por fin salió de los círculos concéntricos que iban estrechándose en el arrecife, y llegó a los lugares tranquilos en que las olas iban a morir perezosamente con dulce rumor. El valiente animal hizo pie en la alfombra de algas que cubría la arena, llevó la, niña desmayada hasta las altas dunas apoyadas en las rocas de granito, y aniquilado y sin fuerzas, hizo oír en la noche, la llamada sonora de su voz angustiada.

Sus aullidos subían siniestros y lamentables, en las tinieblas, añadiendo su espanto al que siempre producen la soledad y el silencio. ¿No había, pues, en aquella costa desierta, ninguna casa, habitada por criaturas hospitalarias? ¿No se encontraría en los senderos de las rocas

algún viajero nocturno que bajase hasta el pie de las dunas para recoger aquella niña inanimada y aquel pobre perro hambriento?

Y, sin embargo, había allí casas, puesto que algunos resplandores atravesaban la trama espesa de las tinieblas, y había cristianos piadosos, puesto que unas campanas tocaban al lo lejos la oración de la tarde.

Pero la obscuridad aumentaba y las familias estaban reunidas alrededor de los hogares. Los pescadores habían recogido sus redes y estaban comiendo la sopa de pescado en las largas mesas groseras que reúnen a los padres con los hijos.

¿Quién habla de preocuparse por los aullidos de un perro perdido? ¿Quién podía sospechar que a aquella hora había en la playa una criatura Sin padre ni madre desmayada, bajo la sola guarda de un pobre y fiel animal?

Plutón seguía llamando y su aullido era cada más pr4ngado y más expresivo, corno impregnado de acentos de angustia.

Por fin el cansancio pudo más que todo. También el perro se sintió vencido. El noble animal se echó en las algas húmedas y, guiado acaso por su secreto instinto, cubrió con su cuerpo anheloso los pies de la niña desmayada, para, calentarlos, sin duda.

II DOS MISERIAS

Joel le Mat volvía de Clochars y se proponía pasar la noche en Pouldú, en la posada del barquero, pues era el tal un buen hombre, un viejo marinero endurecido en la faena, pero caritativo con los pobres, a los que distribuía la, sopa y el pan sin preguntarles quiénes eran ni de dónde venían, Joel le Mat sabía bien que por muy llena que, estuviese la posada, la Goulien, tan amable como su marido, encontraría siempre un rincón o un desván para alojarlo mediante los cuatro centavos del músico, o de balde, si no tenía los cuatro centavos.

El músico era él, Joel le Mat el «violiner», como le llamaban. Joel no era ya joven en aquel entonces. Sesenta años transcurridos en las privaciones y en la, miseria, le habían dado una, cabellera de plata. Sus piernas flaqueaban a veces, aunque sus espaldas fuesen robustas, sus brazos todavía musculosos y sus dedos ágiles para manejar el arco. Siempre había sido indigente, hasta, en los mejores días de su juventud, y los que lo habían conocido tieso y orgulloso, con su larga y estrecha cara siempre afeitada cuidadosamente, sus facciones finas como las de un caballero, su sonrisa dulce y triste, sus largos cabellos y su mirada vaga y como iluminada, por dentro, tenían la costumbre de decir de él; «Joel, el hombre del violín, es un artista. Acaso ha, ganado el cielo, aunque se lo haya, hecho perder a no pocas muchachas, pero seguramente no ha ganado con qué comprar el castillo del señor Mirio.»

Ahora bien, el castillo del señor Mirio era un gran caserón cuadrado que se elevaba, a lo lejos, en la vertiente opuesta, del Laita, en el ángulo del camino de Guidel, y el señor Mirio era, el herrero de este pueblo, que habla trabajado mucho tiempo para el arsenal de Lorient y era, todavía uno de los grandes contratistas, encargado por el Ministerio de contratará los obreros.

Seguramente, Joel le Mat no había jamás pensado en ganar una fortuna como la del señor Mirio, ni siquiera la centésima parte de tal fortuna que, al decir de los bien informados, se elevaba a seis millones.

Pero había acaso alimentado otras, ambiciones y acariciado más tiernas esperanzas, pues sus ojos azules tenían miradas de inspirado, y cuando iba por los caminos de aldea en aldea, con el violín en una mano y el arco en la, otra, en busca de una feria o de una boda, muchos que, lo habían encontrado habían visto surgir las lágrimas de sus pupilas y correr por, sus mejillas surcadas de profundas arrugas.

Aquel día volvía, de Clochars, donde había estado tocando para que bailaran los mozos y las mozas en la boda de la, hija de un hacendado. Había en la boda cerca de trescientos invitados, entre los cuales figuraba el Vizconde de Kervés, propietario y muy amigo de los pobres y de la gente desvalida. Los de la fiesta dieron cada uno un centavo al músico, lo que puso tres pesos en la escarcela de Joel. Después, el Vizconde lo había llamado a su vez y le había dicho con su vozarrón de viejo marino:

-Le Mat, sé muchas cosas sobre, ti y especialmente que eres el mejor de los hombres. Toma esto y aprovéchate. Pero cuando lo cambies, no te olvides de comprar, unas tortas y unas galletas, con dos litros de vino blanco, para obsequiar a la familia de Juan Plouhernó. ¿Has comprendido?

Joel dio las gracias de todo corazón al antiguo capitán de fragata. Con los ojos húmedos de lágrimas, pero el corazón lleno de alegría, el músico, fue mirando por el camino el luis de oro de veinte francos que aquel hombre, de bien había puesto en su mano enflaquecida, y delicada como la de una, mujer. Le Mat miró la moneda hasta, que se la ocultaron las sombras de la noche y entonces se la metió en el bolsillo, pero siguió viéndola con la, imaginación y pensando:

-Quince y veinte son treinta y cinco. Ya estoy rico para un mes y no faltará el pan al matrimonio Plouhernó. Iré a Lorient a comprar a mi ahijado Ives la navaja que me ha pedido y me traeré al mismo

tiempo el vino blanco y las galletas. Las tortas son mejores en Quimperlé.

Entonces sus ojos se levantaron hacia el negro horizonte, en el que chispeaban las estrellas, y el músico murmuró:

-Puedes estar contenta, Yannita; tu hijo tendrá un poco más de dicha en la tierra.

Había llegado a la aldea de Kerharo. Dos kilómetros más allá estaría en Pouldú. El silencio era profundo y a través de las espesas malezas se oía latir el pulso del Océano. El mar cantaba su cántico imponente, y Joel pensaba que él había sido el inspirador de sus sueños de artista y que de sus lecciones había aprendido la armonía.

De repente un clamor le hizo estremecerse y Joel afinó el oído.

Era el aullido de un perro extraviado o herido. El músico hizo la señal de la cruz y un sudor frío inundó su frente.

-Alguien se está muriendo o va a morir -dijo para sus adentros.

Y apretó el paso para salir cuanto antes de la zona maldita en la que un alma, luchaba con las angustias de.1 último combate, y sus labios trémulos pronunciaron instintivamente los versículos, en latín, del *De profundis*.

Pero el aullido resonó de nuevo, no ya largo y desesperado, sino violento o impaciente. Era casi una voz humana pidiendo socorro.

Todo el miedo de Joel se disipó de repente. Antes de ser músico ambulante, había servido siete años en la marina del Estado.

-¡Calla! ¡Calla! -pensó en alta voz. -Es un perro que pide socorro. Hay en la playa algún ser viviente en peligro.

Y el músico saltó una cerca y se echó a correr a través de las malezas hacia la ensenada de Kernevenás, que era de donde venía la voz. Sin dejar de correr, sacó del cinturón un pito de madera y dio dos o tres notas estridentes que vibraron de un modo extraño en la noche.

El ladrido respondió entonces más dulce y con cierta expresión de súplica.

De pronto el músico tuvo una idea muy singular, de esas que sólo pueden surgir en una imaginación de artista.

Desenvolviendo un gran pañuelo en el que llevaba guardado el violín, se puso el instrumento en posición, y lentamente, al mismo paso con que marchaba en el desfile de las bodas, se puso a tocar en cadencia.

Fue una extraña melodía la de aquellas notas que subían en la noche, en medio del silencio del compás, solamente turbado por el murmullo de las olas en la arena de la, playa.

Joel descendió así sin miedo desde lo alto de las dunas de Kernevenás.

Al ver al hombre, el perro se levantó de las algas marinas y se arrastró con languidez exhalando pequeños aullidos quejumbrosos, y el músico, ya completamente tranquilo, se dejó conducir, por él hasta una masa sombría que se agitaba a pocos pasos.

El viejo se inclinó para ver mejor, y una exclamación de lástima brotó de sus labios.

-¡Dios mío! ¡Un niño! ¡Y vivo todavía! ¿Quién ha puesto aquí esta, criatura?

-¡Mamá! ¡Mamá! -gimió la niña, aterrada, tendiendo desesperadamente los brazos.

-No llores, pequeña -dijo dulcemente Joel; ya iremos a buscar a tu mamá.

Y quiso tomar a la niña en sus brazos, pero ella lo rechazó y quiso huir.

-¡Pero esta criatura está calada! -exclamó Joel -No es posible dejarte así, hija mía. Vamos a buscar a tu mamá... Si no vienes, te comerá el lobo...

Justamente se levantaba entonces la brisa de alta mar, y la pobre criatura sintió un calofrío bajo sus vestidos mojados. Entonces se echó a llorar con grandes sollozos repitiendo de continuo:

-¡Mamá! ¡Mamá! El músico estaba conmovido y con los ojos llenos de lágrimas.

-No llores, angelito. Te digo que encontraremos a tu mamá... Yo soy un buen hombre y quiero mucho a los niños.

Y mientras decía esto, el viejo se quitó el amplio capote de lana que llevaba en los hombros, descalzó a la niña, que tiritaba, le quitó lo que tenía más mojado sobre el cuerpo y la envolvió en el capote.

Cuando cesó de hablar, la niña ya no lloraba, y mientras Joel le prodigaba las palabras más afectuosas de su vocabulario, la niña lo escuchaba asombrada y hasta curiosa desde que se había oído llamar «angelito».

-¿Entonces, tú eres bueno? -se atrevió a preguntar.

El viejo Joel sonrió, seducido por la clara mirada de aquellos hermosos ojos, que veía, a la claridad de la luna.

-Sí, soy bueno; así lo dicen al menos, mi bonita niña, y quiero mucho a las criaturas.

-Entonces quiero irme contigo para encontrar a papá y a mamá.

El músico se la puso en el brazo izquierdo y la niña le, dejó hacer, ya sin miedo. Joel se la cargó rápidamente en el hombro, bien envuelta en el grueso capote, y se puso a subir por las arenas para tomar el camino de Pouldú.

-Vén tú también, noble, animal -dijo amistosamente a Plutón.

El perro se levantó de las algas, dejó oír un ladrido de satisfacción y siguió paso a paso al hombre que se llevaba a su amiguita. Su instinto infalible le había revelado que aquel hombre era también un amigo.

El suelo estaba luminoso, de tal modo el cielo dejaba caer en él sus rayos. La arena brillaba como -un polvo de diamantes, y en lo alto de las rocas el ramaje determinaba anchos círculos de sombra y recortaba fantásticos contornos. Cuando estuvo en la cima de las dunas, Joel tomó el camino de la izquierda, y pasó por delante de algunos chalets de bañistas, ya abandonados por sus dueños, pues era el 2o de septiembre y la temporada había terminado. Después, el músico tornó hacia la derecha por un sendero a campo traviesa que conducía a la aldea, de Pouldú.

El extraño grupo se perfiló en la vertiente del promontorio y se proyectó en sombras gigantescas sobre el lecho argentino del Laita.

Pasó las riberas fangosas del río y subió el pequeño muelle de piedra en cuyos bordes amarran sus barcas los escasos pescadores de Kerve-noul y de Pouldú.

En la orilla del río se levantaba, una casa, grane y vieja, de dos pisos, en una especie de plazoleta en la, que se agrupaban otras cuatro casas del mismo género. Las ventanas del piso bajo de la primera estaban iluminadas y la puerta vidriera que daba acceso a ella, permanecía abierta.

Joel se aproximó, entró sin miramientos, y después de haber hecho sentar a la pequeña en una silla, golpeó un poco nerviosamente la gran mesa de aquel oscuro comedor y llamó:

-¡Ah! La Goulien... Necesito que me echéis una mano... ¿Dónde está vuestro marido?

Una mujer gruesa y anciana, de aspecto bondadoso, acudió al llamamiento.

-¡Ah! ¿Eres tú, Joel? -dijo con voz ruda que trataba de dulcificar. ¿Has hecho un buen día?

-Sí, Dios ha tenido compasión de mí y podría hacer locuras si quisiera. Pero no es esa la cuestión. Ayudadme a calentar esta pobre niña que necesita comer y dormir después.

La Goulien se había ya apoderado de la niña con exclamaciones de piedad y hasta de admiración.

-¡Jesús me valga! ¿Dónde has recogido esta criatura? Tú has sido siempre honrado y bueno y a tu edad no te habrás puesto a robar niños.

-¡Robar niños! -exclamó el viejo con amargura. -Muy dura estáis esta noche, madre Goulien... El ladrón ha sido el mar. He encontrado a esta niña en las algas, con ese perro que la guardaba. La pequeña habla como una persona mayor y apuesto a que en cuanto coma se le desatará la lengua.

Pero la vieja ya no le escuchaba, y llevándose a la niña, gritó al músico:

-Vén por aquí, Joel. El fuego de la cocina es tan bueno para ti como para los demás... Y trae el perro...

Joel no tuvo necesidad de llevar a Plutón, que le siguió de buen grado, no sin gruñir un poco a aquella: matrona que se llevaba, de tal modo a su protegida. Es de creer que, si el noble animal no hubiera estado aniquilado por cuatro días de ayuno, hubiera manifestado más enérgicamente su hostilidad.

Pero se apaciguó pronto al ver cuán cariñosamente se la trataba.

-¡Pobre animal! -exclamó la Goulien - está muerto de hambre... Pronto, Tina, dale una escudilla de sopas.

Y sin perder tiempo, la excelente mujer puso a la niña, cerca del fuego del hogar, donde hervía armoniosamente el cocido, y la envolvió en lienzos secos mientras la criada suspendía en uno de los morillos los vestidos mojados de la niña.

-¿Te gusta la sopa, pequeña? -preguntó la buena mujer con interés.

-Sí -respondió la niña, que se sentía animada por el calor de la chimenea, -pero quiero ir con mi mamá.

Aquella era la exclamación de todos los niños, ese deseo del corazón, que desgarrar el alma de las mujeres y de los hombres. La Goulien sintió asomar las lágrimas a los ojos. Puso un cubierto en la gran mesa de cocina y dijo con tono gruñón:

-Mañana verás a tu mamá. Ahora tienes que ser buena. Cuando hayas comido la sopa, te daré leche.

Y levantando la silla con la niña, la aproximó al humeante plato.

Plutón había ya vaciado glotonamente su escudilla, y los movimientos de su cola y de su cabeza indicaban que no desdeñaría repetir la operación.

-Anda, Tina, da otro plato al perro. Bien lo ha merecido.

Plutón volvió a la carga con un apetito que databa de cuatro días, mientras la niña comía delicadamente la sopa como una persona mayor, soplando las cucharadas demasiado calientes.

La Goulien estaba maravillada y contemplaba a la niña con las manos juntas.

-¿Es posible, Dios mío, ver alhaja semejante? De seguro es una señorita...

En aquel momento se abrió la puerta-vidriera que daba al muelle y entró un hombre vestido con una elástica, de lana gris, los pies calzados con almadreñas, la boina, en la cabeza y tina, corta pipa en la boca. El recién llegado saludó y dijo:

-¿Qué hay de nuevo, mujer? ¿Es para hoy el guisote de la parisiense?

Era Goulien en persona, el barquero del Laita al mismo tiempo que el dueño de la casa, aunque no lo fuera, más que de nombre, pues dejaba a su mujer el cuidado de, la posada, cuidado que ella desempeñaba maravillosamente, por lo que los negocios prosperaban. En la primavera próxima iban a tener al lado del viejo caserón una hermosa casa nueva, de tres pisos para recibir a los bañistas y a las caravanas de ingleses y de americanos que van todos los años a Quimperlé para pintar en familia y comer en común. Aquel año especialmente los Goulien habían alojado a unos parisienses que llevaban con ellos una, cocinera experta en el arte de hacer salsas y que inició a la mujer de Goulien en algunas de sus recetas, encontrando la ciencia culinaria, de ésta demasiado rudimentaria. El dueño de la casa había -tomado el gusto a los nuevos platos, pero su petición, que se repetía, diariamente, tenía la propiedad de alterar los nervios de su mujer, poco nerviosa, sin embargo.

La Goulien se encogió de hombros y replicó con su voz regañona:

-¡El guisote, de la parisiense! ¡Bastante me ocupo yo de eso! Como si no hubiera más que hacer que regalar al señor...

Goulien se quitó la pipa de la boca y sacudió la ceniza en la chimenea. Al volverse, vio a Joel que estaba comiendo la sopa en compañía de la criatura. El buen hombre se quedó con la boca abierta.

-¡Calla! ¡Esto sí que es nuevo! ¿Qué es lo que estoy viendo?

-¿Qué? -respondió la mujer -un angelito de Dios que Joel ha recogido hace una hora en la costa.

Y mientras el barquero, asombrado, abría unos ojazos tamaños, la posadera añadió:

-Anda, Joel, cuenta tu historia al amo. Ya veo que se está muriendo de curiosidad.

El músico tuvo que contar de nuevo el suceso, y el buen hombre, que no era hablador, exageraba todavía el laconismo proverbial de sus compatriotas.

Cuando acabó, Goulien movió la cabeza y dijo sentenciosamente:

-Algún gran barco perdido en alta mar, acaso en los Glenán. Es raro; nadie ha hablado de eso.

La niña acabó la sopa, y la Goulien le puso delante un jarro de leche cubierto de crema. Más reanimada, la pequeña se puso a hablar espontáneamente con una locuacidad muy poco bretona.

-Sabes, señora, este buen señor me ha encontrado en el suelo... Había un mar muy malo y muy negro y un gran barco que no hacía más que saltar... Mamá se fue con papá en otro barco y yo con la chacha en otro... El perro vino con nosotras... Entonces la chacha se puso a cantar y un hombre con un cuchillo en la mano quería matará la chacha... Plutón mordió a aquel hombre malo y todos los hombres malos se han muerto...

Yo he estado en el agua negra y también me he muerto...

-¡Oh! ¡El pobre querubín! -murmuró Goulien besando a la niña. -Ahí tenéis la historia. ¿Has comprendido, Goulien?

-Creo que sí -murmuró el buen barquero. -La pequeña niña debía de estar con sus padres y su nodriza en un buque que ha naufragado. Han echado los botes al agua y se han ido a pique también... Y el perro ha salvado a la niña... ¡Bravo animal!

El barquero dio unos golpecios amistosos a Plutón, que estaba acechando un pedazo de pan sobre la mesa y que pareció tan halagado por aquella demostración, que fue enseguida a poner el hocico sobre las rodillas del amo de la casa.

-Dale, al mejor hueso de la marmita, Tina - recomendó Goulien y que tenga carne alrededor.

Después quisieron interrogar a la niña para obtener algunos datos.

-¿Cómo se llama tu padre, querida? -preguntó la mujer.

-Se llama papá.

--¡Bueno! ¿Y tu madre?

-Mamá se llama Berta. Así la llama papá.

Los presentes se miraron unos a otros. No eran precisamente aquellos datos indicaciones muy seguras.

-El posadero insistió, sin embargo.

--¿Cómo se llama tu nodriza?

-¿Nodriza?... No es una nodriza, es mi chacha... Se llama la chacha.

-Bueno, bueno -dijo Joel, -pero tú ¿cómo te llamas?

-La niña miró a su interlocutor con ojos de extrañeza y respondió:

-Tú lo sabes bien, puesto que me has llamado enseguida... Me llamo Angelito.

-¡Bien! -dijo el barquero con filosofía. -Estamos bien enterados... No importa, ya sabremos algo por los semáforos o por la prefectura marítima. Se debe conocer el nombre del barco que se ha perdido por aquí.

Poco a poco la locuacidad de la niña, se fue acabando. La huérfana se durmió en la silla, con la linda cabecita rubia en el borde de la mesa, los ojos cerrados y la sonrisa en los labios.

-¡Pobre amor mío! Hay que acostarla -dijo la compasiva mujer. -¿Y que vas a hacer de esta criatura, mi buen Joel? Esta, niña, no es hija de aldeanos ni de pescadores.

-De seguro que es una señorita -exclamó Nina, la criada. -Mirad la ropa, que lleva puesta: terciopelo y encajes. Puede que sea hija de un almirante.

Joel movió la cabeza y su hermosa cara de soñador se iluminó con una sonrisa.

-¡Bah! -dijo, -la casa de Juan Plouhernó es grande... Y uno más, uno menos...

La Goulien tomó delicadamente a la niña dormida y se la llevó en brazos, sin notar que el perro la seguía paso a paso. Y cuando acostó a la niña en una camita de hierro de las que estaban destinadas a las nietas de los Goulien cuando iban a Pouldú, no pudo hacer que se alejase el buen animal que se echó al pie de la cama, en la alfombrita.

El noble perro de Terranova se quedó guardando al «angelito».

III

LOS BOSQUES Y EL MAR

La casa de Juan Plouhernó era una cabaña de tablas edificada en el corazón de la, selva de Carnoet.

Juan Plouhernó era almadreñero de oficio, tenía en aquel momento treinta y ocho años y se había quedado viudo con cuatro hijos, el mayor de los cuales era una niña, actualmente de quince años, llamada Ana.

Después de Ana habían nacido tres varones de los que no quedaban más que dos. Pedro, que tenía diez años, y Juan, que tenía ocho. Plouhernó era un trabajador encarnizado, pero hablador y melancólico como la mayor parte de sus compañeros, y amado y respetado de todos por su dulzura y por la austeridad de su vida. Además, todos decían de él: «Es un sabio» porque sabía leer y escribir, leía mucho y pasaba, los domingos herborizando o meditando en lo más espeso de los bosques. Los viejos del gremio añadían que Plouhernó era de los suyos y que había un secreto en el origen de aquel silencioso. Solamente Joel le Mat sabía que el padre de Juan, después de haber disipado su fortuna, había desaparecido dejando sin recursos a su mujer y a sus hijos. A poco, murió miserablemente, y Joel veló por el hijo y ayudó a la madre caritativamente.

Juan Plouhernó era un hércules. Cuando los jabalíes se acercaban demasiado a los rústicos campamentos y los hombres se veían obligados a defenderse, Plouhernó se ponía a la cabeza de todos. Dos o tres veces se le vio matar con una segur puesta en un largo mango de fresno, jabalíes de dos o tres años, y, en recompensa de su bravura, el Vizconde de Kervés, el amigo de los pobres, le había regalado una soberbia escopeta Lefauchaux, acompañada de cien cartuchos con balines de cobre.

Aquella escopeta, engrasada cuidadosamente, estaba colgada en la pieza principal de su rudimentario alojamiento, el cual constaba en

total de cuatro habitaciones: el taller, la cocina, un cuarto para Ana y otro para el padre y los dos muchachos.

Unas paredes de madera, un suelo de tierra apisonada y unos cuantos muebles esencialmente sencillos; tales eran los bienes y tal la fortuna de aquellos seres más sencillos todavía.. Pero la Naturaleza les había concedido el más precioso de los bienes, pues vivían libres de los prejuicios y de las convenciones sociales. El aire que alimentaba su aliento, era puro y hacía su sangre más generosa. Hoy aquí, mañana en otro sitio, según que explotaban un grupo de árboles que debían ir plantando al mismo tiempo, pues el Estado confiaba la repoblación de los bosques a los leñadores, no cambiaban de morada más que cada cinco años, cuando los arbolillos habían ya crecido bastante para abrigar sus hogares y ocultar la herida causada por el hacha en la verde cabellera de los bosques. Tomaban el agua de las rocas, que por todas partes dejan brotar los manantiales y hasta podía agenciarse una huerta y un cercado, donde criaba gallinas y otros animales de corral. Y en el invierno, cuando los árboles están desnudos, las ramas secas bastaban para caldear la casa y para cocer la frugal comida.

Dios, por otra parte, se ha mostrado clemente con esa región, a la que sus espesas arboledas y sus hondos valles preservan de los vientos del Norte, y que recibe del mar unos alientos que hacen el cielo más dulce para los hombres y para las plantas.

Una mañana de los últimos días de septiembre Joel condujo al humilde hogar de Plouhernó a la niña encontrada en la playa de Kernevenás.

Y la presentación fue muy sencilla, como es de uso entre los pobres que son hombres de bien.

Joel besó a los niños y estrechó la mano de Juan. Después dijo a éste:

-Plouhernó, Dios tuvo piedad de tu infancia. Te traigo una hija más que criar; haz por ella lo que otros hicieron por ti.

El almadrero cogió la mano del viejo y le respondió con la fe y con el valor de los sencillos:

-Joel, haré por esta niña lo que en otro tiempo hicieron por mí. Mi casa no es la de un hombre rico pero la pequeña encontrará en ella, pan y una cama. Se educará con los míos y, si un día encuentra a su familia, acaso seguirá queriendo la pobre gente que hoy le da un asilo.

El músico movió la blanca cabeza y dijo con lágrimas en los ojos:

-Bien hablado, hijo mío. Eres un verdadero bretón, y tu madre, Juana, está contenta de ti.

Entonces reunió gravemente toda la familia y le entregó a la abandonada y con estas palabras:

-Queredla mucho. Es una hermana más para vosotros. No sabe su nombre y yo la llamo Juana, en recuerdo de vuestra abuela.

Desde aquel día, Juana Sin Nombre, como le llamaron los almadreñeros, creció bajo el techo de la cabaña. Pero en aquella familia de adopción se le conservó el calificativo encantador que una madre cariñosa, sin duda, le había dado en la cuna y único que la niña recordaba. Angelito era la alegría de la casa. Dormía en el cuartito de Ana y repartía con ella el cuidado de la humilde morada. Hábil y despierta, tenía esa graciosa vivacidad que falta con frecuencia a las hijas de Bretaña y crecía en la libre Naturaleza de la selva respirando el aire salino que venía del Océano a través de las frondosas espesuras.

Sus hermanos la rodeaban de cuidados y de deferencias, y nunca la llamaban más que con el nombre agradable y original de Angelito.

Era una vida singular la que se hacía en aquella choza en el fondo de un bosque.

Los domingos toda la familia se ponía, los trajes de, los días de fiesta y, conducida por el padre, se encaminaba a Baye a oír la misa mayor, cantada, de las diez de la mañana. A la salida de la iglesia cambiaban algunas palabras con sus conocimientos. Ana, alta y hermosa muchacha, de facciones finas y delicadas y con ese tipo que se encuentra entre Quimperlé y Fonessant, causaba ya la admiración de

los mozos de la comarca que se disputaban la atención de la hija de Plouhernó.

Pero, Ana no era coqueta, y con sus hermosos ojos azules de santa, cuando salía de la iglesia, después de haber rezado como en éxtasis, respondía a las comadres que le preguntaban riendo:

-Y bien, Anita, ¿cuándo vas a elegir un novio?

-He encontrado ya a mi prometido. Está allí, en el convento de Quimperlé.

La joven mostraba el santuario, y las mujeres, viejas y jóvenes, se inclinaban ante su fisonomía seráfica, mientras las muchachas volvían la cabeza con grandes suspiros.

Entonces Ana tomaba de la mano al Angelito y se ponían en marcha: hacia el bosque. En la casa, el padre reunía a sus hijos, que todos sabían leer como él, y alternativamente leían los libros que Plouhernó compraba con sus modestas economías o que le daban el cura y el maestro de Baye.

Cuando acababa la lectura, Juana Sin Nombre se levantaba e iba a buscar a su cuarto una caja larga de cuero, de la que sacaba un violín que le había regalado el Vizconde de Kervés, el amigo de los pobres. Entonces Juan y Pedro salían discretamente de la cabaña e iban a avisar a las otras familias de almadreñeros. Todos acudían, hacían corro bajo la arboleda en un profundo silencio, y la pequeña que tenía entonces siete años, obtenía con su arco sonidos de ideal dulzura que hacían llenarse de lágrimas los ojos sencillos fijos en ella.

¡Era tan linda y justificaba, tan bien el nombre que se le había dado!

En pie, en el claro del bosque, y con sus hermosos cabellos rubios que se desbordaban por las alas de la toca bretona, Juana apoyaba el violín en el hombro y olvidaba por completo el mundo que la rodeaba. Parecía que su alma volaba a alguna región de ensueños, y bajo el impulso de sus débiles dedos, el arco hacía reír o llorar al instrumento. Se veía bien que la niña estaba inspirada, pues eran sus propias emociones las que traducía el violín, cuando la sonrisa iluminaba

su semblante de querubín o cuando gruesas lágrimas corrían por sus mejillas rosadas para caer como cálida lluvia en las cuerdas o en la madera sonora.

Entonces Ana, dulce prudente, intervenía; detenía el brazo y decía gravemente.

-No toques más, Angelito, porque te va a hacer daño. El señor Henán dice que eso te pone nerviosa.

Juana obedecía y dejaba el violín en su estuche de cuero. Lo más que se permitía era responder a la afectuosa solicitud de su hermana con una reflexión de lógica infantil:

-Pues el señor Joel ha tocado siempre el violín y eso no le ha impedido llegar a viejo y estar todavía muy fuerte.

Algunas veces la buena gente que se extasiaba con la destreza de la niña, exclamaba:

-Joel es tu maestro, pequeña, pero no toca tan bien como tú.

Entonces la niña protestaba con sincera indignación:

-¡Qué disparate! ¿Qué sabéis vosotros de música? Yo os digo que el señor Joel es un gran músico.

Realmente, era una extraña criatura aquella Juana Sin Nombre adoptada por Plouhernó y los almadreñeros de la selva de Carnoet.

Desde el día en que Joel la recogió en las algas no se había podido saber nada de su historia. Al día siguiente, el mar arrojó dos cadáveres en las arenas de Lomener. Los dos estaban casi desnudos y no había nada en ellos que pudiera indicar su origen. Poco después los vecinos de Grois habían encontrado el cuerpo desfigurado de un hombre con el cráneo deshecho y que tenía en el bolsillo del pantalón un papel en lengua española, en el que el agua, del mar había borrado su nombre y el del navío y dejado tan sólo el del país: Montevideo.

Goulien había enganchado su carricoche, lo había pasado en la barca y acompañado de Joel, había tomado el camino de Lorient para ir a las oficinas de la Inscripción Marítima, donde habían contado la historia y dejado indicaciones que los empleados anotaron en un libro. No habían podido obtener noticia alguna pero les habían dado el con-

sejo de hacer una solicitud a la Asistencia Pública, a no ser que prefiriesen encargarse ellos mismos de la niña. Ahora bien, la niña estaba ya confiada a Plouhernó, el cual la había hecho inscribir en Baye con el nombre de Juana le Mat, de su padre adoptivo. De este modo, aquel hombre sencillo no había querido privar a Joel del beneficio de su buena acción.

Tres años habían transcurrido de este modo.

Angelito había crecido y los recuerdos de sus primeros años, sin borrarse por completo, estaban envueltos en las brumas de la distancia. No había al lado suyo, para recordarle la catástrofe a que había sobrevivido, más que Plutón, que se había hecho un grande y hermoso perro en toda la fuerza de la juventud.

Plutón era el amigo fiel, casi el confidente de Juana.

No la dejaba nunca y jamás se veía al uno sin el otro. Plutón conocía todos los rincones y encrucijadas del bosque y la niña estaba en seguridad bajo su guarda. El noble perro confiado en su vigor y de, una audacia sin medida, no retrocedía ante ningún adversario. En muchas ocasiones había librado batallas con las culebras y las víboras que se escondían en las espesuras. Había también cazado conejos, liebres y zorros por su propia cuenta, pero como no era cazador, nunca hubiera pensado en hacer que la humilde familia se aprovechase de sus cacerías si Juana no hubiera estado a su lado para recoger la caza.

Aquella vida al aire libre había desarrollado considerablemente las fuerzas y la salud de la niña, que vivía un poco a lo salvaje, pero como el techo de los suyos abrigaba personas temerosas de Dios y que practicaban austeramente sus deberes, Juana aprendió de ellas el respeto y la obediencia.

Ana la había iniciado poco a poco en los trabajos de la casa y enseñándole los cuidados del interior. Ayudaba a la cocina manejaba la aguja, y el gancho con especial habilidad.

Plouhernó le había abierto los libros y enseñándole cómo se descifran los caracteres del alfabeto. A los siete años, y sin haber puesto los pies en la escuela, la niña sabía leer y escribir.

Pero no era hacia ese lado hacia donde la llevaban sus predilecciones.

Su verdadero maestro, su educador preferido era Joel. El viejo músico se había apoderado de aquella alma nueva y la poseía por entero. Una especie de paternidad mística le había entregado aquella niña el día en que el mar la devolvió a la tierra. Había recibido ese depósito misterioso y se creía obligado por él ante Dios y ante los hombres.

¡Vida singular la del viejo Joel, hoy rico con unas monedas de plata y mañana sin pan y sin hogar!

Se le verá recorrer las aldeas, recolectando los centavos de los campesinos sin pedir jamás limosna ni poner precio a su arte ni a su concurso. Parecía que era la suya una existencia especial y sobrenatural. El bosque y el mar lo conocían igualmente, y los buenos días para él eran aquellos en que se sentaba a la mesa del almadroneero o dormía en el almacén de maderas en un ruedo que Ana y Juana le acondicionaban con gran gusto. El resto del tiempo, y fuera de las posadas, siempre dispuestas a albergarlo, reclinaba su cabeza en verano, sobre la alfombra de musgo, y en invierno en alguna cueva abandonada por los aduaneros y en una cama de algas secas.

El músico ambulante no se separaba nunca de su violín y de su arco. ¡Cuántas veces, en las noches claras y ante las brisas del Océano, un sonido melodioso había volado para encantar a distancia las veladas de humildes hogares! Muchas personas sentían respecto de él una especie de temor supersticioso, y el respeto que le profesaban estaba mezclado de un sentimiento extraño en el que vivían las viejas leyendas que viven todavía en las cabezas bretonas. Cuando el viento les llevaba el armonioso murmullo de las cuerdas, los aldeanos decían:

-Es Joel le Mat, que lleva las ninfas al baile.

Y casi no se engañaban, pues el mismo el sostenía esa leyenda.

-Escuchad -decía algunas veces. -Todos sabéis que nunca he hecho daño a nadie. ¿Por qué he de, tener miedo a los fantasmas? Soy ya viejo y habitó más el otro mundo que éste. Por las noches, cuando me voy por los caminos, oigo unas voces que cantan en el cielo, debajo de

los grandes árboles y en el mar y que hablan al oído. Entonces pasan unos alientos por mi cara y mis caballos y unas manos tocan las mías. Y yo me digo: Joel, es preciso que tomes tu violín, porque el mar, la tierra y el cielo, quieren su música, y no hay nadie que sepa tocarlo más que tú.

Y Joel contaba esto cándidamente, como un inspirado, y los campesinos y los pescadores comentaban sus palabras a su modo y cambiaban entre ellos explicaciones amplificadas.

-Ya veis que conduce las hadas. Si no, ¿quién le habla al oído? ¿Quién le toca las manos?

Algunos que se las echaban de despreocupados, habían querido seguirlo y lo que habían visto los había aterrorizado.

Habían visto a Joel de pie sobre una roca, con sus blancos cabellos esparcidos por el viento, marcando el compás con el pie, mientras el violín, encantado, arrojaba al viento sus notas más vibrantes y las hierbas de alrededor se encontraban bajo unos pies invisibles.

Y, sin embargo, cuando iban a contar esas cosas al cura de Baye, o al de Clohars, los sacerdotes se echaban a reír y despedían a los timoratos, tranquilizándolos con una simple afirmación:

-Conocemos a Joel hace muchos años. Es el hombre más piadoso de la comarca y cuando muera, irá derecho al Cielo. Tenéis la cabeza demasiado dura para comprenderlo, o estabais algo chispos cuando fuisteis a espiarlo.

Angelito no tenía esos temores, y aquel viejo amigo era, como siempre, para ella un ser superior que tenía relaciones con los ángeles. Porque, para Juana, todos los ángeles hacían música. Así lo creía desde que un día Joel la llevó de la mano a Quimperlé y le hizo visitar la iglesia redonda de Santa Cruz. Todas las veces que, en el camino hacían un alto, durante el cual el músico se divertía tocando el violín, la niña le había escuchado y había acabado por exclamar:

-¡Oh! papá Joel, yo quisiera tocar como tú.

Desde aquel día Juana se convirtió en discípula del viejo.

La niña no se engañaba cuando decía a la gente de la selva que Joel era un verdadero músico. La ciencia de aquel hombre hubiera acaso dejado mucho que desear a los ojos de un profesor contemporáneo. Joel no se servía del cálculo para descubrir sus armonías, pero la Naturaleza había sido pródiga con él y le había concedido ese don de las almas sensibles que consiste en traducir sus propias impresiones en una lengua que ellos hacen inteligible en el momento en que, la hablan.

El violín se animaba bajo el arco del viejo, y el canto que de él se elevaba traducía todos los estados del espíritu del mismo: temor o alegría, esperanza o dolor. Al oírle cantar de aquel modo, había nacido y se había desarrollado la vocación de Juana.

La niña supo aprovechar prontamente las lecciones del maestro. Sus dedos, flexibles y ágiles, de epidermis tierna y rosada, apenas tenían fuerza para apoyarse en las cuerdas. Pero aquella criatura, era enérgica y tenaz, no se desanimaba por las dificultades, y al cabo de seis meses de práctica hacía funcionar el arco con la soltura y el entusiasmo de un viejo ejecutante.

Después, Joel sembró los primeros principios de la música en aquella inteligencia fresca y nueva, y como Juana tenía una maravillosa disposición, a los trece años consiguió, como Pascal, suplir las lagunas de la instrucción que le daba aquel profesor improvisado, y descubrió para su uso personal principios y prácticas que sólo conocen los grandes artistas.

Así había nacido la cándida superioridad de Juana, de tal modo que un día, después de hablar de la niña largamente con el señor de Kervés, Joel llevó a su discípula a casa del filántropo Vizconde, el cual, encantado al ver tales promesas en tan delicada criatura, trajo de París en su primer viaje un nuevo instrumento y se lo regaló a la muchacha.

La alegría de Juana no tuvo límites, y desde aquel momento se abandonó por completo a la pasión de su arte.

En las horas libres, que eran numerosas, tomaba su violín. Joel le llevaba en cada visita una nueva pieza que descifrar, y Juana se ponía en el acto a estudiarla con una especie de furor.

Y entonces venían largas soledades, durante las cuales la niña se entregaba a todos los estremecimientos de su ser y se embriagaba de música, como otros se embriagan de opio.

Desde aquel momento la vocación se arraigó en su alma, y mientras la, hija mayor de Plouhernó daba oídos a las solicitudes del claustro, lleno de calma, Juana obedecía al secreto impulso de su naturaleza y salía al encuentro de las hondas tristezas y de los goces embriagadores que la armonía da a la inteligencia y al corazón de los artistas.

La joven creció de este modo casi ignorante de la tierra, hasta el día en que un acontecimiento capital marcó en su vida la página de los primeros dolores. El suceso fue muy sencillo y de los que no hubieran tenido importancia alguna en el curso ordinario de otras existencias.

Pues en la ley de los destinos humanos las más pequeñas causas engendran con frecuencia los más grandes resultados.

IV

LA EXTRANJERA

El verano, que atrae a los viajeros, había congregado aquel año muchos extranjeros en Bretaña. Entre todos los lugares pintorescos de la península armoricana, Quimperlé excita más particularmente la curiosidad de los viajeros, por sus arrabales de Pont-Scorff y de Pouldú. Ingleses y americanos afluyen a los alrededores de la antigua ciudad, y el bosque de Carnoet ve todos los días pasar bajo sus árboles los coches llenos de excursionistas. Todos o casi todos son pintores o dicen que lo son, y vienen a bandadas o por familias, alquilan en comunidad una casa y se hacen ellos mismos la comida, alternativamente, a fin de que los emborrionadores y emborrionadoras puedan entregarse a su distracción en las costas, en los bosques y en las orillas encantadoras del Laita, del Isole y del Ellé, de las que traen a veces algún sólido croquis rodeado de innumerables borrones.

Pero los «artistas» no son solos para echar a perder aquel país. Se ven también viajeros más pacíficos y menos incómodos, que van a respirar el aire sano y a descansar de sus fatigas físicas morales. Y entonces, bajo el sol de julio y de agosto, se oyen sonar como fanfarrias voces de niños en los ecos de la playa y frescas risotadas, turbar el silencio de los bosques.

Aquel es también el tiempo de los buenos beneficios para los desgraciados de la región. Los ómnibus y los *breaks* de paseo se ven sitiados por verdaderas bandadas de muchachos harapientos que corren detrás de ellos. Sus manos tendidas y sus voces temblonas por la fatiga de la carrera dicen bien que es aquella, para ellos, una profesión momentánea. Aquellos muchachos son mendigos de ocasión, y a pesar de la prohibición de los curas y de los maestros, no renuncian a los beneficios que les procura aquella, mendicidad de circunstancias. Bueno, es decir, por otra, parte, que la culpa es de los mismos viajeros

que se complacen en animar a los chicos en aquella industria humillante.

Hasta entonces, los hermanos de Juana habían escapado al contagio del ejemplo. Pedro, alto y fuerte, muchacho serio y reflexivo, alimentaba en su alma extrañas ambiciones. El maestro, en Baye, había estado siempre contento de él, pues habla aprendido a leer, a escribir y a contar con una sorprendente facilidad, y sin olvidar la lengua céltica se había perfeccionado en el conocimiento del francés. Los domingos los pasaba entre, su padre y sus hermanas, rodeado de los libros que el filósofo almadreño devoraba para su propia instrucción.

Había como un sello de extraña predestinación en aquella familia de pobres. Un observador aficionado a las teorías etnológicas se hubiera detenido con asombro y admiración ante los signos de raza que se velan en la cara de Plouhernó y que continuaban en sus hijos. No era una, vana máscara que les había dado la Naturaleza. En el fondo de sus ojos se leían la nobleza del corazón y la dignidad de la vida. Siendo pobres, no envidiaban a los ricos; siendo humildes, se estimaban iguales a los soberbios. En las facciones de Ana Plouhernó se leían una inefable, dulzura y una gran bondad, mientras que en las de los hombres se encontraba la energía de los seres acostumbrados a la lucha y que, sin sublevarse contra la suerte, son susceptibles de las más heroicas abnegaciones.

En medio de aquella familia de tipo tan claramente característico, Juana aparecía enseguida como una extraña en la que no se veía ninguno de los caracteres de las razas bretonas. Tenía el cabello rubio y los ojos negros. Su blancura mate indicaba la influencia de una sangre extranjera, y cuando se coloraban sus mejillas a causa de una emoción, su adorable cara tomaba, un brillo deslumbrador; de tal modo que su belleza era célebre en la comarca y se había hecho proverbial, hasta las puertas mismas de Quimperlé, este dicho: «Bonita como la hija de Joel» El pueblo sabía la historia de la niña salvada de las aguas, y poco a poco, entre los muchachos del país que hablaban fran-

cés, fue conocida por un apodo un poco presuntuoso: «la pequeña Moisés».

De los dos hermanos adoptivos, el preferido de Juana era Juan, que, tenía, poco más o menos, su misma edad. Respecto de Pedro, la niña experimentaba una especie de admiración mezclada de temor, porque Pedro era para ella la, encarnación de la fuerza y de la bondad unidas, de la rectitud asociada a la sencillez. Pedro tenía la sonrisa tardía y la palabra breve; pero cuando reprendía a Juana dulcemente por alguna, viveza o alguna pequeña falta propia de su edad, la niña iba a esconderse en el último rincón de la casa y lloraba allí a veces largas horas. Con Juan era otra cosa, pues era ella la que lo dominaba y ejercía sobre él una asombrosa influencia, hasta el punto de que la naturaleza indomable del muchacho sólo se sometía a las observaciones sonrientes de la niña.

Juan tenía once años cumplidos, y tan refractario a los estudios como aficionado a ellos era Pedro, no se complacía más que en las carreras locas a través del bosque, en los juegos peligrosos y en los ejercicios violentos. ¡Cuántas veces había cerrado la noche sin que aquel mal sujeto hubiera vuelto a la casa de madera! Entonces nacía la inquietud. Plouhernó se levantaba silenciosamente y llamaba a su hijo Pedro. Este encendía una linterna, el padre tomaba una hacha y ambos salían en busca del retrasado. Generalmente, no tardaban en encontrarlo... ¡Pero en qué estado! La ropa hecha pedazos, la cara acardenalada o llena de sangre y las manos despellejadas, acusaban una loca escapatoria a través de las malezas espinosas, o furiosas batallas con los muchachos de la vecindad. Plouhernó se veía obligado a castigarlo; pero como conocía a su hijo y sabía las cualidades y los defectos de aquella naturaleza primitiva, se limitaba a una reprimenda, formulada en términos cuyo alcance sabía medir.

Cuando se verificaban estas expediciones crepusculares, Juana conseguía a fuerza de súplicas que la llevarsen, y entonces Pedro ofrecía a la niña la mano que le dejaba libre la linterna, y la huérfana se ponía muy orgullosa con aquel apoyo del hermano mayor, por los cui-

dados de que era objeto y por la solicitud casi paternal que tenía con ella.

Una tarde de agosto, los muchachos de Penhars tuvieron noticia, por los de Guernigny, de que un coche de viajeros había salido de Quimperlé.

En el coche no había más que dos mujeres: una señora joven y su doncella. La señora era una, pálida y delicada criatura, idealmente hermosa, pero cuyos magníficos ojos habían tomado esa tristeza, vaga y fija que infunden una lástima dolorosa en los que la contemplan. Aquella señora estaba loca, pero con una locura dulce, pacífica y llena de lágrimas, como si alguna inmensa desgracia, una catástrofe espantosa o inmerecida, hubiera obscurecido de repente su razón.

La doncella tenía más edad, y al verla, se adivinaba que desempeñaba con su ama una función de confianza. Aquella mujer velaba sobre la pobre criatura inconsciente, y desempeñaba esa misión con una ternura nunca desmentida. Acaso tenía para mostrar tal abnegación motivos más senos que los que impulsan de ordinario a los servidores pagados, que encuentran en el precio que se les da la equivalencia de sus servicios.

El vehículo llegaba a ese trote moderado que gusta a los cocheros y que algunas veces se transforma, como demostración de celo, en un galope loco conseguido a fuerza de latigazos al pobre caballo.

Cuando el coche salió del camino cubierto por los frondosos árboles para entrar en un terreno más llano en el que se veían diseminadas algunas cabañas de leñadores, un muchacho se lanzó a la polvorienta carretera, gritando:

-¡Un centavo, señora, un centavo, si usted gusta!

Las dos mujeres levantaron las cortinas y miraron al muchacho.

Pero pronto se le reunió otro más, y después otro y otro, hasta llegar a ser una, bandada que corría detrás del coche repitiendo la invariable frase, alternada por la diversidad de las voces y por la fatiga de la carrera:

-¡Un centavo, señora! ¡Un centavo!

En muchos rincones de Bretaña eso es lo único que saben en francés aquellos pequeños desheredados, que, aprenden a mendigar en una lengua que no es la suya y no conocen, acaso por eso, la, abyección de, lo que hacen. Por lo demás, ¿qué saben ellos de la civilización? París está lejos, y la ciudad más próxima no puede darles sino un reflejo muy atenuado de la inmensa capital.

Entre aquellas voces anhelantes y lloronas había una vibrante e imperiosa que procedía de un muchacho de once a doce años, de cabello negro y rizado y aspecto decidido. Al verlo, no se comprendía por qué aquel muchacho, lleno de precoz virilidad, consentía en ser mendigo, aunque no fuera más que de, ocasión.

Algunos centavos y hasta algunas monedas de plata habían ya caído de las manos enguantadas de la señora a las negras y sucias de los muchachos, los cuales, animados por el éxito, continuaban siguiendo el trote corto del caballo. La sirvienta arriesgó algunas censuras.

-Es vergonzoso ver en Francia cosas semejantes.

La señora respondió, dejando vagar por sus labios una pálida sonrisa:

-¿Por qué, Jenny? ¿Acaso la miseria es una vergüenza? Si lo es, es para los ricos que la dejan existir. Estos pobres niños no comprenden lo que, nosotros llamamos honor. ¡Quién sabe si en otras cuestiones podrían darnos alguna lección!

Sus ojos se llenaron repentinamente de lágrimas y la pobre mujer exclamó con angustia:

-¡Estos niños viven! ¡Están vivos y sanos y sus madres pueden abrazarlos!

La voz del muchacho más alto sonó clara y vibrante:

-¡Un centavo, señora! ¡Un centavo!

La joven dama se enjugó rápidamente los ojos y le arrojó diez centavos diciendo:

-Es verdad... Me había olvidado de éste...

El muchacho recogió la moneda de plata con una especie de alegría salvaje, la besó y gritó a la viajera:

-¡Gracias, señora! -No hay de qué darlas, gran holgazán... exclamó Jenny.

Y se calló porque se había producido un incidente que cambió la escena.

El coche iba al paso para subir una cuesta y el grupo numeroso de los muchachos había desaparecido en un recodo del camino. El joven de doce años se retiraba también después de dirigir la última mirada a su bienhechora.

De repente salió de la espesura una voz clara que apostrofaba al muchacho por su nombre:

-¡Juan!

Y apareció una joven muy alta para su edad, pero con las facciones y la expresión de una niña de ocho o nueve años. Al salir de la sombra que la ocultaba, se mostró con los pies descalzos, vestida de gruesa estameña y la cabeza cubierta con un gorrito de bridas flotantes por el que se deslizaban unos largos cabellos rubios, finos como la seda.

Con aquel atavío de pobreza la, niña estaba, tan limpia como si perteneciera a la clase más rica, y debajo del brazo izquierdo tenía un violín.

Al oír que lo llamaban, el muchacho se detuvo avergonzado y con torpe ademán trató de hacer desaparecer en su bolsillo la limosna miserablemente obtenida.

-Has corrido detrás del coche -dijo la niña con sincera indignación, -y ya sabes que el señor cura lo ha prohibido y que padre se enfada cuando cometes alguna falta. Es muy feo lo que has hecho.

Su voz temblaba y sus ojos brillaban con un fuego sombrío. Era visible que sentía, una viva emoción.

Juan bajó la cabeza, dominado por aquella influencia e inquieto por haber sido sorprendido en flagrante delito. ¿Qué podía decir para

defenderse? Lo más sencillo era confesar, y así lo hizo, sin arrepentimiento y torpemente.

-No lo dirás en casa, ¿verdad, Juana? No me darás esa pena...

-Sí, lo diré -replicó la niña con vehemencia. - Se lo diré todo a padre, a no ser que...

La última parte de su frase era una puerta abierta a la indulgencia.

-A no ser que devuelvas lo que te han dado -terminó Juana Sin Nombre.

El muchacho comprendió que no podía esperar el perdón si no se sometía a la reparación exigida, y sin decir una palabra, sin protestar, se aproximó al coche y dijo a la hermosa viajera:

-Tome usted, señora, le devuelvo su moneda. Mi hermana no quiere que me la guarde, porque dice, que no está bien. Gracias de todos modos.

El pobre Juan tenía una, gran pesadumbre. Aquellos diez centavos eran para él una fortuna. ¡Cuántos sueños de su infancia desnuda hubiera realizado con aquella suma! Había en las puertas de Quimperlé una buena vieja que iba todos los días a vender tortas en la estación, al paso de los trenes. Por dos centavos, Juan, que era goloso, hubiera comprado cinco y una más como añadidura. El pobre pensaba comprar una decena para que Juana participara de ellas... ¡Y la misma Juana era la que le privaba de ese gusto!

La señora tomó la moneda maquinalmente. Parecía que no oía ni veía nada de lo que la rodeaba, hasta tal punto sus ojos dilatados se habían fijado en aquella niña con espantosa intensidad. Al mismo tiempo salieron de sus labios estas extrañas palabras:

--¡Consuelo! ¡Consuelo mía! La pobre está en el Cielo con los ángeles...

Y por sus pálidas mejillas corrieron gruesas y pesadas lágrimas, al mismo tiempo que sus palabras se hacían más escasas. Ante aquella mirada llena de infinita ternura y de inmensa, desolación, Juana sentía una turbación desconocida, su corazón se oprimía atrozmente y su

mente se llenaba de incoherentes ideas. Extrañas imágenes atravesaban su pensamiento, como relámpagos, y Juana se sorprendía al encontrar en el fondo de su alma cosas que no había observado en la cabaña de Plouhernó, ni a la sombra de los grandes bosques, ni en la profunda paz de la iglesia de Baye. Esas cosas, ahora, se movían confusamente en ella ante la mirada de aquella hermosa dama que la contemplaba como si aquellos ojos tuvieran el poder de comunicarle su propia vida. Ciertas palabras olvidadas, dulces como caricias, subían a su corazón a sus labios, y Juana sentía, deseos de gritárselas a aquella señora que parecía tan triste.

Pero no se atrevía. La niña era hija del viejo Joel, y, como su hermana, Ana, no tenía ya madre. En las tinieblas de su pasado se escondía un misterio, y la niña no sabía cómo relacionar con el presente aquel lejano pasado. Acaso había visto aquellas cosas en sueños la primera vez, pero hoy tenía los ojos abiertos y no comprendía por qué se presentaban a su imaginación los mismos ensueños bajo la mirada persistente de aquella señora tan hermosa que lloraba al contemplarla.

Y Juana, con el alma oprimida y sin poder pronunciar una palabra, se echó también a llorar.

La doméstica, que más bien parecía una ama de gobierno, intervino con energía:

-Vamos, señora, es tiempo de que nos alejemos.

Pero la señora movió la cabeza negativamente e hizo seña al cochero para que parase completamente el carruaje.

-Quiero estar aquí -dijo. - Quiero ver... ¿Quién es esa niña?

Hizo señas a Juana para que se aproximase, y le dijo dulcemente, cuando la tuvo a su lado:

-¿Cómo te llamas?

La interpelada pensó que le preguntaban su nombre «formal». Y en vez de responder, como lo hizo cuatro años antes en casa de Goulien, «Angelito», contestó muy conmovida:

-Juana.

-¡Juana! -dijo la viajera. -Es un bonito nombre, Juana... ¿de qué? La niña vaciló. Sabía que era hija de Joel y al mismo tiempo de Plouhernó... Tenía, pues, dos padres... sin embargo, respondió:

-*Juana Sin Nombre.*

Pero lo dijo con el acento de Bretaña, que cambia las *a* en *o*, y la viajera no comprendió aquel nombre de familia, que, después de todo no le interesaba.

-¿Qué hace tu padre, hija mía? -preguntó.

-Es músico -respondió la niña.

En aquel momento pensaba en Joel, pero Juan intervino para rectificar la aserción.

-Nuestro padre, es almadreñero, señora -exclamó con volubilidad. -Si Juana dice que es músico es porque habla de Joel le Mat, que es quien le ha enseñado, a tocar el violín.

La explicación hubiera necesitado aclaraciones.

-La señora exhaló un suspiro y dijo con dulzura cambiando de conversación:

-Puesto que tocas el violín, hija mía, ¿quieres tocar un poco para que yo te oiga?

La niña hizo un signo afirmativo con la cabeza, porque las lágrimas de aquella señora la oprimían.

-Eso es -dijo Juan, -toca para esta señora.. Verás como le gusta...

Juana se colocó en pie, con sus piecitos desnudos en el polvo del camino, y el violín se puso a cantar.

Entonces ocurrió una escena conmovedora que enterneció hasta a los espectadores indiferentes. El cochero se volvió en el pescante, y la misma Jenny se dejó ganar por el interés del espectáculo.

La niña en el camino y la señora en el coche no apartaban la vista la una de la otra. Ambas lloraban y parecía que sus almas se confundían en aquellas lágrimas. La voz del violín no debía de ser más que el eco de los dos dolores unidos, porque era profundamente triste, como si hubiera tomado los acentos quejumbrosos de todo lo que llora en la Naturaleza; los árboles al impulso del viento, las rocas

al azote de las olas, las aguas que brotan gota a gota de los manantiales, las piedras que se estremecen, y los techos que gimen bajo el látigo del huracán...

La niña se abandonaba a la melodía, a medida de su inspiración, o, más bien, de su emoción. Todas las impresiones de su infancia, desolada por una catástrofe, renacían en aquellas quejas del instrumento encantado. Y mientras Juana tocaba, las lágrimas de la viajera corrían a torrentes por las manos y por el pañuelo, al mismo tiempo que la triste, dama profería frases entrecortadas e incoherentes:

-¡Consuelo! ¡Hija mía! ¡Cuatro años ya! ¡Dios mío! ¿Por qué me la has quitado?

-¡Vamos, señora! -repitió Jenny... -Vámonos de aquí... Estas escenas le hacen a usted daño...

Esta vez la señora no opuso resistencia y se dejó llevar. Pero antes se inclinó por la portezuela, llamó tiernamente a la niña y le dijo mostrándole el estribo:

-Sube... Quiero darte un beso.

Juana no se hizo rogar. Encaramada en el estribo, ofreció sus mejillas húmedas y sonrosadas a la pálida y hermosa desconocida, y las dos, con un extraño latido de sus corazones, cambiaron un largo y doloroso beso. La señora puso cuatro pesos en la mano de la niña y una pieza de cuarenta centavos en la de Juan.

-Esto es para ti, muchacho; bien lo has merecido, puesto que me has traído a la pequeña. Lleva a tu casa la moneda de oro -añadió mirando a la niña con aquellos ojos que querían devorarla.

Y después, tratando de sonreír, exclamó:

-¡Adiós!

El coche partió al trote, y Juana, inmóvil, con los párpados mojados por el llanto, vio que la extranjera seguía contemplándola hasta el momento en que, no viéndola ya, se dejó caer en el coche y se cubrió la cara con las manos.

V UN JUSTO

El Vizconde de Kervés habitaba en Gindel un viejo castillo rodeado de un inmenso parque, sobre una altura que dominaba a la vez el Océano, y la desembocadura del Laita. El castillo tenía el aspecto de esas antiguas casas de Bretaña que imponen respeto por el recuerdo de las virtudes que han abrigado. En aquella morada se habían sucedido varias generaciones de hombres valientes y mujeres piadosas y caritativas, hasta el día en que la raza se había terminado en las personas de Ives y Ademar de Kervés, oficiales de marina muertos gloriosamente al servicio de su país.

El Vizconde Ives de Kervés había sido casado, como su padre, su tío y sus abuelos. Su primo Pablo había hecho una vida muy diferente. Más joven que él, no había adoptado ninguna carrera, y había perdido su tiempo, disipado su patrimonio y desperdiciado su vida, que, por otra parte, no fue larga, pues el Vizconde murió a los treinta años de una caída del caballo.

El Vizconde Ives continuó sirviendo en la marina hasta los cincuenta años, edad en la que se retiró con el grado de capitán de fragata, y hacía quince años que vivía en sus tierras como un verdadero santo y repartía a manos llenas los beneficios en torno suyo.

Todo el mundo lo bendecía y lo veneraba en el país, donde su nombre era sinónimo de cordura y de caridad. Nunca se había, cerrado su puerta ante un sufrimiento. En una granja dependiente del castillo tenía siempre la mesa dispuesta para todos los mendigos de la comarca y tampoco eran rechazados los desconocidos que venían de lejos sin pan y sin hogar. El robusto viejo los llamaba y los interrogaba dulce y sumariamente. El interrogatorio terminaba siempre con estas palabras:

-Si estás en paz con los hombres, come y duerme bajo mi techo. Descansa dos días y se te dará al marcharte con qué seguir tu camino.

Si, por el contrario, temes la justicia de tus semejantes, retírate después de haber reparado tus fuerzas. Yo no tengo la misión de entregarte a tus jueces, pero tampoco tengo derecho de substraerte a las leyes.

Y estas sencillas palabras bastaban. El que era culpable se inclinaba ante aquel justo y sólo entraba en el castillo para comer una sopa, beber un vaso de sidra o de vino y dormir un momento en un haz de heno. El que no era más que pobre exhibía sus papeles y se le introducía en una larga sala donde estaba la mesa puesta y de la que salía para ocupar una cama muy limpia. Pasada la noche, si no quería disfrutar otro día de hospitalidad, continuaba su camino con las alforjas provistas de pan y una botella y el bolsillo guarnecido de algún dinero que le daba el generoso bienhechor.

Entre los protegidos ordinarios del Vizconde figuraban en primera línea Joel y Plouhernó.

Un día, a fines del verano, el músico franqueó el umbral del capitán de fragata, llamado por éste.

Joel fue introducido en el salón del castillo, pieza un poco sombría tendida de rojo y negro, en la que el viejo marino recibía a los visitantes dignos de su estimación, entre los cuales figuraba Le Mat.

Antes de entrar, Joel dejó los zuecos en la antecámara y se presentó con la boina en la mano.

-Buenos días, joven -dijo alegremente, el Vizconde ofreciéndole la mano.

-Servidor, señor Vizconde -contestó Joel con respeto.

Kervés le llamaba «joven» porque el músico tenía sesenta y cuatro años y él sesenta y seis.

También le llamaba frecuentemente «muchacho» en recuerdo del tiempo en que el músico sirvió a sus órdenes como contramaestre a bordo del intrépido.

-Ante todo ¿has almorzado, muchacho? -preguntó el oficial de marina.

Cuando Joel salió de Pont-Aven, donde había tocado el día antes en una boda, eran las once de la mañana y no había tenido tiempo de comer. Así tuvo, pues, que confesarlo con un gesto que quería ser una sonrisa.

-¡Imbécil! - exclamó el Vizconde. -Siempre has de hacer lo mismo. Hay que arrancarte las palabras de la boca.

Y empujando al viejo delante de él, le hizo entrar en el comedor, donde lo esperaba su propio almuerzo.

-Un cubierto para Joel, Mariana -mandó a la joven criada. -Y tú, muchacho, deja tu herramienta en cualquier parte, en una silla, donde quieras...

El Vizconde llamaba «herramienta» al violín de Joel, envuelto en el pañuelo que le servía de funda.

-¡Cómo! -dijo en tono gruñón, -¿no podrías, con tu dinerillo, comprar un estuche de cuero o de madera? ¿Se ha visto nunca un músico tan descuidado con su instrumento?

Joel confesó que, en efecto, sus cuidados no se referían a eso.

-Y, sin embargo, tengo economías -dijo, -pero son para algo mejor que para comprar un estuche.

Y confió al Vizconde que había conocido en Quimperlé, hacía dos años, a un parisiense que le había prometido procurarle un stradivarius el día en que pudiera disponer de cuarenta pesos, de los que ya tiene treinta y dos.

-¡Hum! -gruñó el capitán de fragata, -creo que tu parisiense es un farsante o que, al menos, quiere hacerse pagar su comisión. He oído decir que los stradivarius son difíciles de encontrar y que, en todo caso, cuestan unos precios fabulosos. Si quieres, me informaré en mi próximo viaje a París.

Joel dio las gracias de todo corazón al amable anciano, sabiendo que esos ofrecimientos suponían siempre un obsequio.

¿No había ya probado el Vizconde una generosidad considerable al regalar un violín a la niña expósita?

Precisamente se iba a hablar de ella y para eso lo había llamado el Vizconde.

Un momento después, los dos hombres continuaban su conversación debajo de una parra, cuyas hojas amarilleaban al lado de unos racimos casi maduros. El Vizconde estaba fumando en una verdadera pipa de marinero y la criada acababa de colocar en una mesita de madera dos vasos y un jarro de sidra.

-Vamos a ver -dijo Kervés, -tengo muchas cosas que decirte. Procedamos con orden. ¿Cómo están tus amigos del bosque?

-Plouhernó va bien -respondió amablemente Joel. -Su hija Ana sigue con la idea de entrar en un convento. Pedro tan serio y trabajador y Juan sin hacer gran cosa...

-Bueno. ¿Y la pequeña?

La cara de Joel se iluminó con una expresión de gozo.

-¿Angelito? ¡Oh! Esa sigue sola su camino.

La música es su vida.

-Tú tienes una debilidad por ella, muchacho; se ve claramente y se explica, puesto que es tu hija. Yo también quiero mucho a esa chiquilla, y justamente quiero hablarte de ella y hasta pedirte una cosa...

-Todo lo que usted quiera, señor Vizconde -dijo respetuosamente el viejo músico.

-Pues bien, escucha. Dentro de tres días tendré aquí a unos amigos a pasar la velada. ¿Quieres venir con tu pequeña a tocar unas piezas? Dormiréis y comeréis en casa y por la mañana serás libre de llevarte a la niña a casa de su padre. ¿Te conviene?

-Me conviene -respondió Joel, que bebió todavía un trago de sidra antes de marcharse.

Tres días después, el Vizconde recibió a su mesa a unos amigos y vecinos de los alrededores. Entre ellos se encontraba el señor Mirio, el riquísimo contratista de Gindel, el cual llevó consigo a su hijo Alberto, joven de unos veinte años que trabajaba en una gran casa de exportación de Nantes, de la que iba a ser socio. El señor Mirio tenía sesenta años y se había casado tardíamente, pues había querido hacer

una fortuna antes de elegir mujer. Su esposa, Leopoldina Tancarville, hija de un opulento constructor del Havre, llevó al matrimonio cien mil pesos de dote, transformados ya en dos millones, pues, siendo hija única, había heredado toda la fortuna de sus padres. Mirio, a su vez, había triplicado aquella gran fortuna.

El Vizconde de Kervés no profesaba gran afecto a aquella familia, que tenía unas opiniones y un modo de vivir que no eran las del caritativo aristócrata. La señora de Mirio pasaba por ser una criatura poco tratable y dura de corazón, para la cual toda generosidad era desconocida, y su marido, trabajador infatigable, no había jamás perdido el tiempo en cosas sentimentales.

Pero Kervés era ante todo un hombre de bien que tenía en cuenta las cualidades de las personas, por escasas que fueran, más que sus defectos, aunque fueran numerosos. Conocía, además, la humanidad, por haberla practicado, y sabía que hay personas que cierran su bolsa a los pobres sin apoyo y se la abren al hombre de mundo que solicita para su prójimo. La señora de Mirio era de ese número, y el Vizconde tenía a veces necesidad de sus limosnas para socorrer una miseria, y de la buena voluntad de su marido para colocar algunos desgraciados sin trabajo.

El Vizconde, pues, había reunido aquel día su mesa, al mismo tiempo que a los Mirio, a uno cuantos amigos.

Habían hecho una excelente comida. La noche estaba templada y hermosa, y el aire de los bosques, mezclado con los olores del mar, entraba por las puertas abiertas sin hacer vacilar demasiado las luces de las lámparas.

-Vamos a oír música -dijo a sus convidados el capitán de fragata, - y de la buena, que es más Todos esperaban, por consecuencia, alguna sor presa. Aquel Vizconde era tan original, que podía haber hecho venir de Lorient o de Quimper o acaso de más lejos algunos artistas de talento para obsequiar a sus invitados.

Pero esa esperanza se cambió pronto en estupefacción y pudo leerse el desengaño en todas las caras cuando se vio entrar en el salón

a Joel le Mat acompañado de la pequeña Juana y ambos con su violín debajo del brazo.

Aquellas personas conocían a Joel por haberlo visto por los caminos cuando iba de aldea en aldea para asistir a las ferias y a las reuniones populares. Ninguno le había oído tocar ni en otra ocasión que aquella hubiera consentido en oírle. Era preciso, verdaderamente, encontrarse en casa del Vizconde de Kervés para aceptar sin mal humor aquella broma de mal género.

A la pequeña no la conocía nadie. ¿Cómo habían de creer en el talento artístico de aquella chiquilla que no tenía nueve años y no sabía leer ni escribir?

La impresión general fue mala. Unos creyeron que el Vizconde se había querido burlar de ellos, y otros que no entendía una palabra de música y se había hecho ilusiones.

Todos se callaron, pero con el pensamiento de no ahorrar las burlas ni al empresario de aquella representación ni a sus humildes ejecutantes. ¿No tiene, después de todo, ese derecho un público de *aficionados*?

Kervés no parecía preocupado por el éxito de su sesión musical.

Estuvo muy familiar con los músicos y los hizo sentarse en medio de los convidados, lo que debió escandalizar a no pocos de éstos. Después atrajo hacia él a la pequeña Juana y la besó en las dos mejillas, como un padre a su hija. Enseguida tomó una bandeja de dulces y la presentó a la niña.

La pequeña rehusó al principio y se puso muy encarnada; pero el Vizconde le presentaba la bandeja con tal sencillez y una expresión tan benévola, que la violinista se dejó seducir y tomó con la punta, de los dedos una pasta, que se llevó delicadamente a la boca.

Estaba tan linda con sus mejillas enrojecidas, sus párpados bajos y la tímida sonrisa de su fresca boca, que los concurrentes se dejaron ganar por un poco de simpatía y se dispusieron a escucharla con más favor que a Joel le Mat.

Había llegado para los músicos el momento de mostrar su habilidad.

Inútil, es decir, que siendo aquella una escena improvisada, no estaba el salón preparado para una audición clásica y no había en él ningún atril, por lo que fue preciso improvisarlos con libros.

Joel se adelantó el primero y, puesto en posición, comenzó una pieza, relativamente nueva, precisamente por ser muy vieja é ignorada de la concurrencia, en la que había, muchas señoras y señoritas aficionadas rabiosas a tocar en el piano las partituras de moda en los salones.

Y, a fe mía, aquello fue una verdadera sorpresa. Era la primera vez que Joel tocaba delante de una concurrencia, tan brillante, y esta circunstancia le servía de estímulo y hacía que su mano, un poco febril, resii ltase más ligera.

El músico se excedió a sí mismo, y el auditorio no le regateó los aplausos más sinceros. El viejo se conmovió hasta llorar y como no encontraba palabras, se limitó a saludar muchas veces alrededor.

Y entonces llegó la vez a Juana Sin Nombre.

La niña se adelantó sin cortedad y menos intimidada de lo que hubiera podido creer. Tomó su violín, lo sujetó debajo de la barbilla y, con los ojos fijos en el papel que tenía delante, se puso a acompañar su maestro.

La pieza era solamente un dúo, en el que no se podía apreciar la personalidad del artista, y, sin embargo, los bravos redoblaron mezclados con exclamaciones laudatorias que partían de todos lados.

El Vizconde resumió las opiniones de todos y las tradujo en unas frases llenas de calor.

-Muy bien, muy bien los dos. Sois unos excelentes músicos. Ahora, pequeña, toca tú sola alguna, cosa. Después del maestro, la discípula.

Juana, que no esperaba esa petición, dirigió a Joel una mirada de terror.

¡Tocar sola! La cosa no podía ciertamente asustarla. ¡Cuántas veces, lejos de toda mirada, en la sombra de los bosques, se había, abandonado a la inspiración del momento! Y en la cabaña de Plouhernó, ante su auditorio habitual de campesinos, ¿no lograba ella sola regocijar los oídos y los corazones de aquella buena gente?

Allí podía, sin duda, tocar sola. ¡Pero aquí, delante de esos señores y de esas hermosas damas...

Juana miraba con ansia a su maestro, esperando de su boca una palabra de excusa ante la concurrencia. La niña esperaba que Joel la protegería y la defendería, de todas aquellas curiosidades un poco indiscretas, y diría que era todavía muy joven y poco experta.

Pero no fue así. Lejos de defenderla, Joel la animó con la sonrisa y el ademán y se limitó a decirle:

-Anda, Juanita, puesto que te lo piden, y así complacerás a todo el mundo, toca alguna cosa.

La niña sintió entonces que su corazón se oprimía y sus ojos se llenaron de lágrimas, que corrían por sus mejillas; pero, como era orgullosa, no quiso que la lástima de los espectadores les hiciese retirar la petición que tanto la afligía, y tomó el violín para empezar a tocar.

Para el artista es el arte la más poderosa y la más activa de las pasiones, y el genio había elegido domicilio en el alma de Juana Sin Nombre.

La pequeña abandonada, víctima precoz de la suerte, debía, acaso, bendecir el accidente que había herido su juventud. Sola en la tierra, recogida por personas sencillas y buenas, Sin recibir otra educación que la de la Naturaleza y la de un anciano a quien también la Naturaleza inspiraba, Juana había crecido bajo la égida de las virtudes simples y fuertes que dejan al corazón y a la inteligencia toda su expansión natural. Su instinto de la belleza no había sido deformado y había orientado la tendencia de su ser hacia un fin grande y noble. Sólo faltaba un cultivo apropiado para perfeccionar esas disposiciones

naturales. Unas cuantas lecciones dadas con sagacidad podían convertir aquella niña, tan ricamente dotada, en una artista incomparable.

Esto es lo que debieron pensar todos los espectadores a las primeras notas del violín de Juana y lo que se reveló al juicio seguro del Vizconde de Kervés, maravillado como todo el mundo, pero mejor preparado que los demás para fundar su pronóstico sobre la vida artística de la niña.

La discípula de Joel estuvo, en efecto, asombrosa.

¿A qué sentimiento obedecía? Nadie hubiera podido decirlo, y ella menos que nadie.

Pero en cuanto se vio sola delante de todos aquellos ojos que la miraban; cuando se creyó obligada por la orden de Joel, orden que sólo era un estímulo, se abandonó a la influencia cuya Naturaleza ignoraba ella misma. Juana también sentía pasar por sí la invisible presencia de que hablaba tan cándidamente el músico a la gente supersticiosa de la costa. Unas veces cantaban a su oído, unos alientos la acariciaban, impalpables manos rozaban su piel, y transportada de repente a la misteriosa región de los sueños, olvidó la realidad que la rodeaba. Quiso poner el instrumento que tenía en la mano al unísono con el canto sentido por su alma, y el violín se puso a cantar bajo sus dedos, con acentos indecibles, melodías inefables. El alma de la artista pasó al violín encantado.

Cuando la escena dio fin, todos los presentes renovaron sus parabienes a los dos músicos, y, esta vez aquellas felicitaciones fueron absolutamente sinceras, sin reticencias ni restricciones.

Numerosos comentarios siguieron a la retirada del anciano y de la niña, pues Joel, aprovechando el permiso que previamente le había dado el Vizconde, pretextó la edad de su pequeña compañera y a las diez reclamó para ésta el derecho de irse a dormir. Todo el mundo quiso besar a Juana, y aunque la pequeña no había tocado más que para complacer al Vizconde, todos tuvieron la idea de que era preciso contribuir a aumentar las larguezas de éste. Joel se llevó lo menos cinco pesos de aquella soberbia reunión.

A la mañana siguiente, cuando Joel y Juana bajaron a despedirse de su generoso protector, éste, que los estaba esperando, los retuvo un instante, puso su ancha mano en la cabecita rubia de la niña y dijo seriamente al músico:

-Escucha, Joel. ¿Sabes lo que todo el mundo ha pensado anoche, y yo como todo el mundo? Pues, amigo mío, la opinión unánime fue que tu discípula es un prodigio y que su talento merece otras lecciones que las que tú puedes darle a ratos perdidos. Por consecuencia, hemos decidido por unanimidad asignar una pensión a esa niña y enviarla al Conservatorio de París.

VI LO DESCONOCIDO

Cuatro días habían transcurrido desde que el Vizconde de Kervés dijo a Joel que era preciso enviar a Juana al Conservatorio, y el músico no había todavía sacudido la impresión de terror y de pena que le produjo aquella frase benévola. ¡El Conservatorio! ¡París!

El viejo Joel era sin duda muy primitivo, un hombre sencillo prendado de lo bello y enamorado de la Naturaleza, pero no era un cándido.

Conocía la vida por haberla practicado y sobre todo por sus miserias. Sabía que el mal está repartido por toda la superficie de la tierra, pero sabía también que hay lugares en que el mal produce más estragos y donde establece el sitio de sus complacencias. Sabía que el campo no ofrece en ese concepto el mismo peligro que las ciudades, y que entre las ciudades, las más populosas y las más ricas son las más peligrosas.

Ahora bien, entre todas las ciudades peligrosas la más temible que se podía afrontar era París, la capital, la reina de las maravillas, el abismo lleno de vértigos atrayentes, París, que Joel no conocía, pero del que había oído contar horribles historias. ¡Y era, a París, adonde se les quería enviar, a él, un viejo en el ocaso, y a ella, una niña en la aurora!

Porque a Joel no le cabía en la cabeza que el Vizconde hubiera pensado separar a la hija y al padre.

Donde fuera Juana Sin Nombre, iría él también, él que la había encontrado en la playa de Kernevenás, que la había criado en cierto modo, que le había inculcado los primeros rudimentos del arte y había despertado en ella el sentido de la música.

Por otra parte, ¿era posible separarlos? ¿Qué sería de Juana sin él? ¿Cómo había de vivir? A pesar de su inteligencia y del conocimiento que tenía de ciertas ciudades, como Lorient, Quimper y Ren-

nes, Joel se formaba una idea muy inexacta de la enorme población a la que el terror prodiga tantas injurias y hacia la cual, sin embargo, vuelan tantas esperanzas. Su imaginación no podía concebir la masa gigantesca de esa aglomeración prodigiosa. Y lo desconocido lo aterraba a lo lejos.

Era preciso, sin embargo, acostumbrarse a esa idea y prepararse a afrontar el peligro, por grande que fuera.

El músico hizo varias visitas al Vizconde para hablar con él de este asunto.

A principios de septiembre Kervés cumplió su promesa y se marchó a París, de donde volvió a los ocho días con el violín prometido a Joel y todas las noticias necesarias para la próxima instalación de Juana y su entrada en el Conservatorio.

-Puesto que estás decidido a acompañarla -dijo, -oye lo que podéis hacer los dos. Mientras la pequeña siga los cursos de solfeo indispensables, tú tratarás de ocuparte todo lo posible. Para que no muráis de hambre, os enviaremos lo más que podamos. Desgraciadamente no será mucho. Apenas unos veinte pesos al mes. Tendréis que arreglaros con eso, a menos que tú no logres ganar algo con tus propios medios.

¡Veinte pesos fijos al mes! La cantidad le parecía a Joel una fortuna. El infeliz no conocía las terribles exigencias de la vida civilizada.

Kervés tuvo que iniciarlo en unas cuantas palabras. El noble Vizconde había pensado en todo. Hasta, se ocupó en buscarles un alojamiento y lo encontró, casi por milagro, en el sexto piso de una casa situada en la calle de Hauteville, cerca de la iglesia de San Vicente de Paul. Así situados, los dos bretones no estarían lejos del Conservatorio y no alterarían sus prácticas religiosas.

Joel se fue suspirando a la cabaña de los Plouhernó. Su destino estaba fijado.

Bajo el techo del almadreñero aquella separación había ya hecho verter muchas lágrimas.

Juana Sin Nombre había conquistado en la familia una consideración importante. Jamás un niño ejerció tanto imperio sobre las personas de su casa. Todos la tenían por una criatura de esencia superior, desde el padre, aquel filósofo resignado cuyo pensamiento se replegaba en profundas meditaciones, hasta Juan, el muchachuelo indomable, prendado de la independencia y, de la vida al aire libre.

Juana había llegado poco a poco a ser el alma de la casa.

Así, pues, la triste noticia llevada por Joel fue acogida con lágrimas. Ana, la grave y seria joven de miradas ya fascinadas por las aspiraciones a la vida religiosa, bajó los ojos llenos de reflejos del Cielo y se vio brotar de ellos una lágrima.

Aquella lágrima de la hermana mayor fue la señal de los llantos. Pedro, reflexivo como su hermana, lloró silenciosamente. Juan, más joven y expansivo, prorrumpió en gritos y en sollozos, de tal modo que Juana se hizo también de la partida y su desesperación no fue la menos conmovedora. ¡La pobre niña se echó en los brazos de todos, se colgó a su cuello y multiplicó sus caricias y sus ruegos con esta frase que surgía invariablemente de su llanto:

-¡No quiero, no quiero marcharme!

Los vecinos acudieron y unieron su pena a la de la afligida familia.

-Después de todo ¿para qué hacer marcharse a la pobre muchacha puesto que ella no quiere?

El hecho era incomprensible para aquellos entendimientos vulgares y gozaban así ante la pena de Juana.

Pero Plouhernó dijo la última palabra en aquel terrible debate.

-Vamos allá, Juana, querida hija, valor. Yo sufro más que tú, y, sin embargo, no lo digo. Hay que soportar ese beneficio del señor de Kervés, que es un santo y que no puede ofrecérselo sino para bien de nuestra querida niña.

Al oír esas palabras, Joel, que también se había dejado enternecer, tuvo la energía de hacer proyectos para la próxima vuelta, a fin de animar a todo el mundo. Se haría todo lo posible para verse muy

pronto. Joel trabajaría de firme, y puesto que el señor de Kervés, decía que el viejo tenía talento, conseguiría ganar algún dinero. Y después, veinte pesos eran una buena suma. ¡Cuántas economías se podían hacer! Y entonces, si Juana estaba retenida en París por sus estudios, su familia bretona, o al menos una parte de ella, iría a hacerle una visita.

-Ya serás una verdadera parisiense, Juanilla, cuando vayamos a verte -exclamó alegremente Juan, dichoso ante la idea de volver a ver a su hermana.

-¡Una señorita de la ciudad! -exclamó Ana con un dejo de tristeza. -Cuando estés en aquel París, no te olvides del bosque.

Y la dulce joven pronunció «aquel París» con tal acento, que Juana, toda conmovida, se arrojó en sus brazos sollozando más que nunca.

-¡Oh! Anita, Anita... ¿Yo una señorita?... ¿Yo una parisiense? Ya sabéis que sólo os quiero a vosotros, que soy muy desgraciada por marcharme y que no tendré más alegría que la de pensar siempre en vosotros. Detesto a París y quisiera ya dejarlo antes de conocerlo.

Y aquella niña de nueve años encontraba en su desesperación frases tan conmovedoras y acentos tan acerbos, que Ana se arrepintió de sus palabras, y, enjugando a besos las lágrimas de la pequeña, trató de calmar su alma agitada y de hacer que apareciera en sus labios la sonrisa.

La resignación acabó por reinar, en todos los, corazones y hubo que ocuparse sin tardanza en los preparativos del viaje.

Kervés, cuya caridad era inagotable, habló un día con Joel y con toda delicadeza le hizo aceptar una modesta suma para los gastos del viaje, y del equipo de los dos desterrados.

La trabajadora Ana cortó y cosió un traje completo para Joel, a fin de que, junto con el que tenía para los domingos, pudiera tirar algún tiempo sin necesitar composturas. Pero, como había que preverlo todo y en París no había nadie para cuidar los efectos del viejo, Ana creyó prudente iniciar desde luego a Juana en los misterios de la costura.

Juana Sin Nombre pasó, pues, los últimos días de su residencia en Breñaña, sentada al lado de su hermana, tirando animosamente de una aguja enhebrada con un hilo muy largo; una hebra de perzosa, como decía Ana sonriendo. Las primeras puntadas fueron un poco irregulares, pero como Juana era diestra por naturaleza y sus afilados dedos tenían una ligereza excepcional, llegó prontamente a coser no sólo bien, sino deprisa, lo que era una buena cualidad para una futura ama de casa.

Ana se encontró río solamente tranquila respecto del porvenir, sino bien ayudada en el presente, pues Juana fue una auxiliar preciosa para los preparativos de la partida. El Vizconde metía prisa para el viaje alegando la próxima apertura del curso y también temiendo que aquella dolorosa situación se prolongara y se debilitaran las buenas resoluciones.

Juana Sin Nombre, que se había presentado hasta entonces con cierta decencia gracias a los constantes cuidados de Ana, carecía absolutamente de todo para emprender un viaje como el de Quimper a París, donde iba a estar separada de su hermana. La joven se puso un día en camino para Quimperlé y trajo unos metros de lienzo para confeccionar a Juana un pequeño equipo, y un poco, de paño con el que cortó dos trajes bretones como los que usan las niñas de la costa.

Esos trajes están lejos de parecerse a los, que llevan las elegantes criaturas de las ciudades. En primer lugar su color es uniforme; todos son negros, altos de talle, falda larga hasta los tobillos y mangas anchas, abiertas por los puños; para dejar ver unos manguitos blancos ceñidos al brazo. Y a pesar de esa forma, enteramente desprovista de todo lo que puede realzar la gracia de una niña, las pequeñas bretonas, con su tez tostada, su pequeña pañoleta que cruza en el pecho y su cofia de inmaculada blancura que ocupa los bules de sus cabellos presentan un conjunto agradable a la vista.

Ana veía con desesperación que la labor adelantaba bajo los dedos ágiles de Juana y casi se arrepentía de haberla puesto a la tarea, ahora que esa labor era el último lazo que retenía a la pequeña en el

nido de la familia. El segundo traje fue interminable, pues Ana aprovechaba todos los pretextos para retardar acabarlo, pero, a pesar de todos los esfuerzos, llegó un momento en que ya no fue posible alegar que era preciso acabar una falda o planchar unas cofias. Todo estaba pronto para la maldita partida.

La noche que siguió a ese momento fue triste para la familia Plouhernó. El padre, estoico y conteniendo las lágrimas, que consideraba como una debilidad, imploró el favor del Cielo para la niña desconocida a la que quería como a su propia hija. Ana, que dormía en la misma cama que Juana Sin Nombre, tuvo que hacer heroicos esfuerzos para ocultar a la niña su inmensa pena. Pero, cuando la pequeña dormía ese pesado sueño propio de su edad, su hermana no fue ya dueña de sí misma. Con el codo apoyado en la almohada de algas marinas y la cara vuelta hacia la pared, Ana no se cansaba de contemplar a la adorable criatura que dormía descuidada al lado suyo, y de sus pupilas corrían gruesas lágrimas, una de, las cuales fue a caer en el mórbido bracito de la niña. A ese contacto, Juana se despertó, y, al ver inclinada hacia ella la cara ansiosa de su hermana, su mirada tomó una expresión de susto y sus labios murmuraron:

-¿Qué sucede, Ana? ... Tengo miedo...

Pero la joven la abrazó, le cerró los ojos con un beso, y acunándola como una madre entre sus brazos, le dijo:

-Duerme, querida. No ocurre nada que pueda darte miedo. ¿Qué puede sucederte a mi lado?

No hacía falta tanto para tranquilizar a la niña, que se durmió antes de la terminación de la frase, apoyando cariñosamente la cabeza en un hombro de su hermana. La joven la besó de nuevo, y, vencida ella también por el cansancio, se abandonó al sueño. Los dos muchachos pasaron también tristemente la noche; Pedro suspirando y llorando, y Juan dando sollozos y mordiendo con furor las sábanas para ahogar los gemidos que lo sofocaban.

Por fin salió el sol o iluminó brillantemente la cabaña, por lo que se atrajo la animadversión de Juan, que no le perdonaba el presentar-

se tan alegre en un día tan negro para toda la familia. Juana pensó que más valía que hiciese buen tiempo, pues tenía que despedirse de todos sus conocidos. La niña salió muy temprano con Juan n jugado por última vez las playas en que habían jugado juntos, e ir a Bouldú para abrazar a los Goulien, muy conmovidos a la idea de aquella separación. Los honrados esposos entregaron a Juana una cesta con provisiones para el viaje, y se separaron de ella llorando. Los dos niños, que habían salido de la casa tan alegremente, volvieron con la cabeza baja y el corazón oprimido al pensar que si todavía estaban juntos, dentro de pocas horas Regaría su vez de darse el último abrazo.

Por todo el camino Juana Sin Nombre recibió despedidas cariñosas y sinceras. Y es que todo el mundo estimaba a Plouhernó y a su familia y, sobre todo, a aquella niña desconocida, cuya distinción natural les subyugaba y cuyo talento los tenía encantados.

Juana, Sin Nombre, en efecto, no escaseaba su música. ¡Cuántas veces había tocado para que bailasen los mozos y mozas en las fiestas, para calmar y distraer a algún niño enfermo o para encantar el oído atento de algún viejo! Así es que a todos aquellos bretones tenían por ella una especie de adoración y todos, viejos y jóvenes, habían querido ofrecerle algún recuerdo.

Juana volvió cargada con todos aquellos objetos, mucho más apreciados por su corazón que un rico juguete que le hubiera ofrecido una persona indiferente.

Cuando Juan y su hermana volvieron a casa eran ya más de las doce, la sopa humeaba en marmita y Plouhernó, Joel y Pedro, estaban sentados a la mesa esperando a los ausentes. Ana estaba terminando los preparativos a fin de que todos pasasen el día sin que nadie los molestase. Ya reunida la familia y sentada a la mesa la hermana mayor, se sirvió la comida, pero nadie tuvo valor para terminar su ración, que en los días ordinarios era devorada con hermoso apetito. Acabada la comida y bien arreglada la vajilla, la familia se sentó delante de la cabaña, debajo de los frondosos árboles, para gozar de los momentos que les quedaban de estar todos juntos. Nadie fue a turbar aquella in-

timidad de familia. Los bretones son tímidos y discretos y por nada del mundo hubieran querido importunar a los Plouhernó en aquellas tristes circunstancias.

Hablando en voz baja, la familia dejó pasar el tiempo hasta que dieron las cuatro y Ana hizo observar que pronto sería tiempo de ponerse en camino. En esto vieron aparecer al Vizconde de Kervés que iba también a estrechar la mano al viejo Joel y a dar un beso a la pequeña. Su llegada sirvió de distracción. El Vizconde se puso a hablar del Conservatorio, dio nuevas indicaciones al violinista, y, por último, pidió a Juana Sin Nombre que tocara algo en el violín.

La niña, muy contenta al complacer a su bienhechor, abrió el estuche en que estaba encerrado su instrumento, y después de reflexionar un momento, dio las primeras notas de un cántico bretón. Tratabase en él de destierro y sufrimiento, y la niña, adaptando aquellas ideas a su propia situación, hizo oír un profundo lamento que conmovió el alma del auditorio. Pero pronto se abandonó a su inspiración como era su costumbre, y a la triste melodía sucedió el canto de fiesta de una vuelta triunfal, que terminó con un enérgico acorde de alegría. La pequeña artista había comprendido que debía reanimar el valor de los que la rodeaban, y supo hacerlo tan bien con su violín, que todos comprendieron su pensamiento. Juana había logrado su objeto y restablecido la armonía en aquellas naturalezas sencillas y cariñosas, que no sentían ya la pena de la separación, para pensar tan sólo en la próxima vuelta. Después de un último beso, de un cordial apretón de manos y de una suprema expresión de agradecimiento, el Vizconde se despidió y se fue conmovido por lo que, acababa de oír, preguntándose ya con vago espanto si había hecho bien al enviar a los dos pobres músicos a aquel monstruoso París, minotauro de Francia.

Mientras el noble Vizconde, absorto en sus pensamientos, se encaminaba lentamente a su casa, un grupo de seis personas recorría el camino de Quimperlé, y en el aspecto triste de sus caras se adivinaba fácilmente que se iba a realizar alguna separación. A medida que se aproximaba la hora fatal, la influencia mágica del violín se disipaba

para convertirse en una especie de aturdimiento desesperado. Iban andando de tres en tres. Delante Ana, Juana Sin Nombre y Juan; detrás, Plouhernó, Joel y Pedro. Todos tenían la cabeza inclinada y estaban silenciosos por miedo de que la alteración de la voz revelase el estado de su alma.

Por fin llegaron a Quimperlé, donde todavía se despidieron de algunas personas, y después el grupo subió hacia la estación.

-Llegamos con media hora de anticipación -dijo Juan. -Tanto mejor, porque es un tiempo de estar juntos con el que no contaba.

Joel y todos los demás se sentaron en un banco mientras Plouhernó tomaba los billetes.

Poco a poco empezaron a afluir los viajeros, y los empleados, ocupados en facturar los equipajes, se pusieron a circular dando órdenes ruidosas. Los muchachos, que nunca habían visto aquel alboroto de una estación, estuvieron muy divertidos durante un momento.

Enseguida se abrieron las puertas de la sala de espera y toda la familia se apresuró a entrar. La hora se aproximaba, y como Plouhernó temía que no le dejarían entrar en el andén, trató de serenar la voz consiguió murmurar:

-Y bien, hijos míos, creo que tenemos que despedirnos. El tren no puede ya tardar.

Pero aquellas palabras se quedaron sin respuesta. Nadie se atrevía a dar la señal de los últimos besos. Plouhernó fue quien, con los ojos secos pero la garganta llena de sollozos, atrajo hacia él a la pequeña, la estrechó en sus brazos y le dijo muy bajito:

-Valor, Juanilla querida; día vendrá en que nos volvamos a ver. Mientras tanto, trabaja, hija mía, y sigue siendo, como hasta aquí, una niña buena y piadosa. Quiere mucho a Joel y cuídalo bien. No olvides nunca el sacrificio que hoy hace por ti al dejar su país y todas sus costumbres.

-Sí, padre, sí -respondió Juana sollozando.

De los brazos de Plouhernó pasó la niña a los de Pedro, que no tuvo fuerza más que para besarla, ahogado como estaba por las lágrimas.

mas. Enseguida le llegó la vez a Juan, que fue el más valeroso de todos. El muchacho estrechó a Juana en sus brazos y le dijo tratando de consolarla:

-No llores, Juana, te lo ruego. Ya ves qué sereno estoy yo... Además, si eres desgraciada en el tal París, yo iré a buscarte... Vamos, Juana, Si sigues llorando así, vas a hacer que -yo también llore...

Y el muchacho, que sentía los ojos inundados de lágrimas, pero que se había propuesto no aumentar la pena de su hermana con el espectáculo de la propia, empujó bruscamente a la viajera hacia los brazos de Ana y se Volvió vivamente mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

Ana abrazó a su vez a la pequeña, y gracias a un violento esfuerzo consiguió decirle:

-Reza mucho por mí, hermana querida. No sé si te volveré a ver en este mundo, pero nunca, nunca me olvidará de ti...

Un agudo silbido interrumpió a la joven y al Mismo tiempo resonaron por todas partes los gritos de «¡Viajeros al tren! ¡Viajeros al tren! ... »

Después del último beso de todos para Juana y Joel, ambos se instalaron en un modesto vagón de tercera clase, conducidos por un empleado a quien había conmovido su pena, y asomados a la ventanilla empezaron a hacer señales de despedida, con los pañuelos mojados, a las cuatro personas que los miraban desde, la sala de espera.

Otro silbido; la caldera sopla con violencia y el tren se pone en marcha. Se acabó. Juana Sin Nombre había desaparecido, y Juan pudo ya dar rienda suelta a sus sollozos.

VII EN PARIS

El tren se deslizaba con velocidad y aquella carrera vertiginosa, tan nueva para los dos desterrados, conseguía distraer sus pensamientos del horrible dolor de la separación. Era la primera vez que uno y otro viajaban de aquel modo, y el ferrocarril estaba para ellos lleno de sorpresas. Juana se había colocado junto a la ventanilla y se distraía en mirar el paisaje y en contar los alambres telegráficos que se acercaban o se separaban por un efecto de óptica del que la niña no, se daba cuenta.

Pero aquella diversión no podía durar mucho. El tren había salido de Quimperlé a las cinco de la tarde y la noche llega pronto en aquella época del año. Es verdad que la continua trepidación de la marcha no tardó en producir su efecto, y la niña, cediendo al cansancio tanto como a las exigencias de la Naturaleza, se durmió con la cabeza apoyada en el brazo de su compañero.

Joel no pudo pegar los ojos. Estaba en una edad en la que el sueño es más difícil y muy corto. Bajo la escasa luz de la lámpara de aceite que alumbraba el vagón, el músico permaneció toda la noche con los ojos abiertos y con las pupilas llenas del recuerdo de la patria querida de que se iba alejando. Cuando rayó el alba, tardía en aquella estación, el anciano no había pronunciado, ni una sola palabra. Sus miradas estaban fijas en la ventanilla y recorrían las llanuras sin fin de la Beauce, ese fecundo desierto que precede a los campos frondosos del occidente de París.

Amaneció, por fin, un hermoso día dorado por el sol de fin de septiembre. El tren se aproximaba a la capital, y todo el mundo se sacudía, se estiraba y se abandonaba a los bostezos del despertar; al contacto de la fresca penetrante de la mañana, Juana se despertó también con un ligero calofrío.

Al principio no se dio cuenta de donde estaba. Sus sueños de niña la habían reconducido al bosque de Carnoet y a la pobre cabaña en la que todos los que habían quedado debían llorar en aquel momento la ausencia de la pequeña desaparecida.

En aquel vagón de tercera había personas de todas clases y entre ellas dos marineros bretones que iban de paso a París para abrazar a sus familias antes de embarcarse en Tolón. Aquellos marineros eran dos buenos mozos; el uno serio, grave y casi triste; el otro alegre y jovial.

Este último trabó conversación con el taciturno Joel después de observar los dos violines que llevaban el viejo y la muchacha.

-Diga usted, amigo; ¿lleva usted esos útiles a París para tocar allí canciones bretonas?

El viejo movió tristemente la cabeza y respondió con melancolía:

-No, joven; no pienso tocarlas hasta que vuelva a mi país con la pequeña.

-¿Tardará usted mucho en volver?

-Tú acabarás el tiempo de tu enganche antes que nosotros. La muchacha no volverá hasta que termine sus estudios en el Conservatorio.

¡El Conservatorio! Ese nombre resonó con asombroso prestigio en los oídos de las buenas personas amontonadas en aquel cajón ambulante. Seguramente, los dos marineros no sabían que era eso, pero, con todo, sufrieron la influencia de aquel nombre así pronunciado.

El que estaba de buen humor preguntó un poco cándidamente:

-¿Pero esta pequeña va a tener como oficio tocar el violín?

Y, sin esperar respuesta, añadió con voz más dulce y más respetuosa:

-Si esta joven fuera tan amable que tocara alguna cosa, nos daría a todos un placer.

Joel se volvió hacia la niña y con voz cariñosa le repitió el ruego de los viajeros:

-Si quieres, Juanita, eso complacerá a estos señores... Son de nuestro país... bretones.

Juana era complaciente y buena y todo su gusto consistía en agrandar a todo el mundo. Así pues, tomó el estuche nuevo que el señor de Kervés le había regalado el día anterior y sacó el violín.

Y una vez más se abandonó a su inspiración del momento y a la tristeza de sus recuerdos. Su alma lloró en el arco y sus deditos arrancaron notas plañideras a las cuerdas del instrumento.

En el vagón todas las cabezas se levantaron con curiosidad para mirar a la pequeña artista y oír mejor la música que el ruido del tren en marcha no lograba apagar y la hacía más poética y más dulce al compás con la trepidación.

La niña tuvo una ovación. Su humilde auditorio se mostró tan entusiasta como siempre lo había sido el de los bosques bretones. Todos aplaudieron y, cosa notable, los pasajeros observaron que el mari-nero jovial tenía los ojos llenos de lágrimas.

Pero aquella emoción general no se prolongó, mucho tiempo. El tren había pasado las fortificaciones y la marcha más lenta y el estrépito de los discos giratorios anunciaban que estaba entrando en la estación Saint-Lazare. Hubo una parada seguida de un brusco movimiento de retroceso y por fin se paró el tren definitivamente. Todo el mundo se precipitó a tomar los sombreros y mil paquetes de todas especies; se cambiaron saludos y apretones de manos entre los compañeros de viaje y la multitud se dispersó en todos sentidos como un torbellino de hojas impulsadas por el viento.

Juana, todavía aturrida, bajó detrás de Joel contenta de salir al fin de aquella jaula de madera y poder estirar un poco las piernas. Y los dos se quedaron inmóviles en el andén, sin saber adonde ir.

-¿Qué hacen ustedes ahí? -preguntó bruscamente un empleado.

En el aspecto de los dos viajeros, en la cofia de Juana y en el sombrero redondo de Joel, había conocido que aquellos dos viajeros bretones estaban absolutamente desorientados. Los empleados del fe-

rrocarril son todos muy serviciales y aquél se aproximó a la pareja y repitió la pregunta más amablemente.

-No pueden ustedes permanecer aquí... ¿Adónde van ustedes?

-Calle de Hauteville, 89 -respondió Joel.

-No está muy cerca... ¿Es la primera vez que vienen ustedes a París?

-Sí -dijo el músico.

-¿Tienen ustedes equipaje?

-NO; no tenemos más que éste.

Y enseñó una pequeña maleta, suficiente para contener un pobre vestuario.

-Entonces -respondió el empleado, -no hay necesidad de coche. Pueden ustedes ir a pie, pero como no conocen el camino, más vale que tomen el ómnibus.

Y viendo la expresión de susto de los viajeros, añadió riendo:

-Esperen ustedes un poco... Voy a llamar a alguien que los guíe.

Llamó a uno de los compañeros, que estaba sentado en un banco sin hacer nada, y le dijo:

Oye, Gadie, aquí tienes dos paisanos tuyos, dos *nanigousse*. Acompáñalos hasta la plaza, hazles tomar el ómnibus de la estación del Éste, y recomiéndalos al conductor para que les haga apearse donde sea preciso.

El bretón sonrió y se puso enseguida a la disposición de sus compatriotas. Joel dio las gracias al empleado.

-No hay por qué, amigo -respondió éste cambiando con el músico un apretón de manos.

Los recién llegados atravesaron la estación con su guía, que los desembarazó de sus bultos y les condujo a la próxima estación de ómnibus. Precisamente pasaba uno de la línea Trocadero-Este, que no llevaba mucha gente por ser muy temprano. El conductor, a quien fueron recomendados y que era también buena persona, les hizo subir a la imperial para que no tuvieran que pagar más que tres centavos cada uno, y diez minutos después vino a advertirles que habían llega-

do. En efecto, el ómnibus acababa de parar delante de San Vicente de Paul.

Juana y Joel bajaron y no tuvieron que hacer más que atravesar la plaza para llegar al número 89 de la calle de Hauteville.

Todo aquel movimiento, el trayecto en ómnibus y aquellas sacudidas físicas y mentales, habían aturdido a los dos bretones.

La enorme ciudad se parecía tan poco a todo lo que habían visto hasta entonces y de tal modo excedía de los límites de sus concepciones anteriores, que los dos viajeros se preguntaban si serían víctimas de algún ensueño extraño y fantástico.

Joel era el más aturdido. El sentimiento que experimentaba, era una mezcla de maravilla y terror.

Sí, era una cosa así lo que su imaginación había concebido de París, un abismo, un caos, una inmensidad que la vista no podía abarcar y en la que el oído percibía al mismo tiempo todos los ruidos discordantes y diversos. Pero no lo había previsto tan hermoso, tan esplendente, y aquella belleza y aquel esplendor de la ciudad de los maleficios desarmaban el odio de que el viajero se había provisto en Quimperlé en previsión de las futuras tentaciones. Se sentía vencido, y, lo que era más, conquistado.

Para Juana Sin Nombre las cosas no podían ser las mismas.

La niña llegaba sin ninguna predisposición de desconfianza ni de admiración. Estaba en esa edad en que no se asombra uno de nada, en que todo se juzga bueno *a priori* y en que gusta todo lo que no se conoce. En estas condiciones, y fuera del dolor que producía en su alma la ausencia de las personas a quienes acababa de dejar, nada podía conmoverla más que la sorpresa de un sitio nuevo, y tanto su pensamiento como su vista estaban llenos de la multitud y de la variedad de los objetos que había visto al paso.

Ahora bien, esos objetos eran muchos y muy diversos. Todas aquellas casas de seis pisos, aquellas calles repletas de gente, aquellas iglesias de estilos compuestos, aquellas largas perspectivas de calles en las que la multitud parecía un hormiguero, aquellos coches innu-

merables, entre los cuales mil ómnibus multicolores y, sobre todo esto, el rumor ensordecedor de ruedas, voces y silbatos de carruajes y tranvías, aturdían a Juana Sin Nombre y la sumían en sensaciones desconocidas, demasiado precipitadas para que tuviera conciencia de ellas. Jamás un alma de niño fue tan inopinada y violentamente invadida por la multiplicidad de influencias externas.

En aquel estado de indecisión llegaron nuestros viajeros al número 89.

La portera, una joven de aspecto agradable, los recibió bien.

-Los esperaba a ustedes -les dijo sonriendo. -Recibimos ayer un telegrama del señor que alquiló el cuarto para ustedes.

Mientras hablaba desembarazó a Juana de su caja de violín y a Joel de su maleta.

-Voy a conducir a ustedes a su cuartito. Es un poco alto, pero hay que acostumbrarse a tener paciencia. En cambio, no es caro y tendrán ustedes buen aire, lo que es muy importante, sobre todo para la pequeña.

Y echó a andar por la escalera seguida de los dos bretones.

Decididamente, Joel sentía que sus prevenciones contra París se debilitaban prodigiosamente. Se encontraba más a sus anchas bajo aquel techo que en el tumulto de las calles, y le sonreía la idea de descansar un poco de aquel viaje de dieciséis horas. El mismo vio, pues con alegría abrirse la puerta del humilde alojamiento que se lo, aseguraba en el seno de la enorme ciudad y que le pareció soberbio.

A Juana le hizo el efecto de un verdadero palacio.

El Vizconde había hecho bien las cosas y las circunstancias lo habían favorecido. Casi sin buscar, había encontrado, por un alquiler de ochenta pesos anuales, un departamento de tres piezas, compuesto de dos cuartos de dormir y una cocina. Previsor y generoso, el Vizconde había amueblado la casita muy sencillamente, es verdad, con esos muebles de pacotilla que se compran tan baratos en París. Kervés, además, había convenido con la portera que ésta se ocupase de los efectos Ido la niña y del anciano y les hiciese la comida, mediante una

cantidad fija que había sido discutida entre la humilde mujer y el buen aristócrata.

Plutón debía tener su puesto en casa de sus dueños. Juzgando con razón que el perro les hubiera estorbado durante el viaje y al llegar a una gran ciudad desconocida, el Vizconde encargó su conducción a un muchacho, hijo de uno de sus arrendatarios, que, al dejar el servicio militar con el grado de sargento, iba a París a ocupar el empleo de mayordomo en casa de un sobrino del señor Mirio, rico comerciante retirado de los negocios.

Joel y Juana, una vez instalados en su domicilio, que daba a un patio, no tuvieron en el primer momento cuidado ninguno, y hasta llegaron a pensar que, si toda su vida en París, debía deslizarse del mismo modo, no tendrían por qué quejarse.

La casita era realmente agradable, salvo la triste perspectiva de las ahumadas paredes del patio.

La habitación de Joel, la más grande, estaba empapelada de gris, y la ventana daba entrada a la luz lo bastante para leer o descifrar música hasta las siete en verano y hasta las cuatro en invierno. La de Juana tenía un papel claro con grandes ramos de rosas, y, gracias a su orientación al Sudoeste y al gran claro que presentaba la plaza detrás de San Vicente de Paul, los rayos oblicuos del sol podían penetrar en ella.

La cocina estaba oscura a todas horas y en todas las estaciones.

La camita de hierro y cobre arrancó gritos de alegría a la niña, y después de haber inspeccionado todos los muebles, desde el armario de Joel hasta el aparador de madera pintada que adornaba la cocina, Juana se dedicó a colgar en las paredes las estampas piadosas y el crucifijo que había traído de Quimperlé.

Esta tarea la ocupó todo el día y parte del siguiente, pues a media tarde el cansancio del viaje produjo su efecto, y, seducida por la perspectiva de su linda camita, Juana Sin Nombre se echó en ella y se durmió a pierna, suelta hasta las seis de la tarde.

Los dos viajeros hicieron después su primera comida en la mesa de la cocina. Aquella portera que se había comprometido a servirlos, era verdaderamente una buena mujer. Sus talentos culinarios no eran ni profundos ni variados, y claro está que los dos bretones fueron iniciados desde, el primer día en los encantos de los «callos a la moda de Caen» en los «pies de carnero *pouletté*» y en la «cabeza de ternera con aceite y vinagre» platos preferidos de los parisienses.

Al caer la tarde, Juana se despertó muy repuesta y volvió a sus ocupaciones de la instalación. Ana había empaquetado cuidadosamente una virgen de porcelana sosteniendo una pila de agua bendita, y, previsoramente, había puesto en el paquete unos cuantos clavos y hasta un martillo para que Juana colocase la imagen en cuanto llegase a fin de atraer enseguida, las bendiciones de Dios sobre la casa.

Aquel fue un verdadero trabajo para Juana Sin Nombre, que tuvo que encaramarse en una silla. Después empuñó el martillo, y, no sin martillarse de vez en cuando los dedos, puso el clavo en la pared y colgó en él la pila.

Pero entonces surgió una nueva dificultad, que la niña no había previsto.

Una pila está destinada a contener agua bendita, y ésta lo está a que se mojen en ella los dedos al santiguarse.

Ahora bien, ocurrió que, una vez suspendido, el objeto resultó colocado más de medio metro, más alto que la cabeza de Juana Sin Nombre, de tal modo que apenas podía tocarle con la punta de los dedos.

Juana sintió un vivo despecho. Había que volver a empezar.

Pero era casi de noche y hubo que dejar la tarea para el día siguiente. Juana no era muy laboriosa para tales trabajos y se concedió ese plazo.

Por otra parte, su mente, estimulada por el fastidio de haber trabajado inútilmente, formuló un razonamiento concluyente y típico.

La pila estaba, sin duda, demasiado alta, pero no lo estaría siempre. Juana debía crecer y entonces se pondría a la altura del objeto sagrado. No había, pues, que preocuparse sobre este asunto.

Juana iba recordando poco a poco las recomendaciones de Ana, quien había pensado en todo, tanto en lo físico como en lo moral. Había tomado la precaución de poner en orden toda la ropa de la niña, y ésta sabía que su primer deber era colocarla lo más simétricamente posible en el mueble destinado a ese fin. En vez del baúl bretón, Juana encontraba un armario moderno provisto de tablas, y para alcanzar a la más alta de ellas, necesitaba también el empleo de una silla.

Juana, sin embargo, muy contenta por tener un deber serio que cumplir, lo hizo con toda puntualidad.

¿No estaba destinada a llenar las funciones de ama de casa? Ese pensamiento la llenaba de orgullo. Era preciso que no viviera para ella sola sino también para el viejo Joel, pues había oído decir muchas veces que los hombres no sirven para poner en orden ni para administrar una casa.

Los vasares fueron pronto guarnecidos, lo que no fue, en verdad, ni largo ni trabajoso. Las ropas y los efectos de ambos fueron cómodamente colocados en el armario, lo que no dejó de cansar a la pequeña, la cual se encontraba, al dar las ocho, muy fatigada y provista de un, magnífico apetito, cuando la señora Basroul, la portera, llevó la cena.

A las nueve estaba Juana Sin Nombre en la cama, y esta vez por toda la noche.

La siesta que había dormido no le quitó el sueño de la noche, y Juana soñó que toda su familia había ido a París, que ella les hacía los honores en su palacio de Hauteville y que los Plouhernó, seducidos por las magnificencias de la casa, no querían volverse a la Bretaña. Y Juana, encantada, daba palmadas y gritos de alegría, que despertaron varias veces a Joel, dominado ya por una vaga nostalgia.

VIII

VIDA NUEVA

Después de aquella noche de descanso en su nuevo alojamiento, Joel y Juana hicieron un ligero almuerzo con los restos de las provisiones de viaje y de la comida del día anterior. Y la pequeña se puso después a hacer las dos camas, a barrer las habitaciones y a ponerlo todo en orden.

Enseguida, muy alegre al ver el sol que entraba por las ventanas y daba a la modesta casita un reflejo de bienestar, Juana dijo a su padre adoptivo, después de, darle un sonoro beso:

-¿Quieres que trabajemos un poco para festejar nuestra llegada?

El viejo, que nunca se hacia rogar cuando se trataba de la música, fue, por toda respuesta, a descolgar los dos violines y entregó a la niña su querido instrumento.

Para empezar tocaron ejercicios y estudios, y después llegaron progresivamente a las piezas más difíciles, con tal entusiasmo que no echaron de, ver el tiempo que pasaban ni oyeron a la portera que se detuvo, encantada, en el umbral de la puerta.

La buena mujer extrañó el silencio de los recién llegados, pero comprendiendo que después de una noche de viaje y de un día de fatiga debían de querer dormir, lo menos hasta las once, esperó a las once y media para ocuparse del almuerzo y de la limpieza de la casa. Grande fue, pues, su sorpresa al entrar cuando vio que una manita se había anticipado y que los músicos tenían trazas de estar levantados hacía mucho tiempo.

La portera se quedó, pues, en la puerta sin atreverse a hacer ningún movimiento, sin saber cómo anunciar su presencia, por miedo de que se interrumpiera la melodía.

Joel fue el primero que la vio y la saludó afectuosamente con su acento bretón.

-Buenos días, señor Joel; buenos días, hija mía -respondió la joven mientras se bajaba para besar a Juana.-¿ Han dormido bien ustedes?

-Sí, señora, gracias --dijo la niña amablemente y poniéndose muy encarnada.

-Me alegro... De modo, señor le Mat, que le gusta a usted París...

Y viendo una afirmación en los ojos del viejo, añadió sin esperar más respuesta:

-¿ Sabe usted que tiene aquí una excelente, ama de casa? ¡Qué limpio y qué bien arreglado está todo! No lo hubiera hecho yo mejor...

Los ojos de la niña brillaron de alegría y su con razón agradecido concibió enseguida un gran afecto hacia la buena portera.

Mientras hablaban, el almuerzo se iba preparando poco a poco y pronto se vio en la mesa, sobre un mantel immaculado, dos cubiertos, un trozo de pan tierno, dos huevos pasados por agua, un pedazo de queso y un plato de fruta. El almuerzo era frugal, pero había que hacer economías. Por lo demás, el anciano era muy sobrio, y Juana comía como si fuera bizcocho aquel pan blanco al que no estaba acostumbrada.

Acabado el almuerzo y cuidadosamente arreglada la vajilla, Juana preguntó a Joel si no querría dar una vuelta por París.

-Vamos allá -contestó tranquilamente el viejo.

Y tomó el sombrero mientras la pequeña se ponía sobre la cabellera una cofia guarnecida de puntillas y se ajustaba la pañoleta y el delantal. Enseguida, bajaron de la mano la oscura y estrecha escalera.

La portera, que les vio pasar, les gritó:

-¡Cuidado con perderse!

Pero, tranquilizada por una sonrisa de confianza, volvió a entrar en su portería.

Ambos se encontraron, pues, de nuevo, en aquel hormiguero, y, como en el día anterior, aturdidos por el ruido y por el ir y venir de los carruajes, echaron a andar maquinalmente y al azar, hasta que, de

repente, se encontraron delante de un monumento cuya forma revelaba una iglesia. Era San Vicente de, Paul. Muy contentos con esta circunstancia, subieron una de las cuestas de asfalto que conducen al pórtico, y, graves y recogidos, entraron en el templo.

Las vidrieras de colores les parecieron soberbias y la penumbra que reinaba en la iglesia, convino a su carácter soñador y melancólico.

Desde entonces no pasó ya ni un solo día sin que fueran a visitar su nueva parroquia, donde acabaron por ser conocidos y por crearse, nuevas simpatías entre los sacerdotes que habían observado su piadosa asiduidad.

Al salir, como no conocían todavía el barrio, dieron muchas vueltas sin alejarse por miedo de, no saber volver. Joel quiso asegurarse, y viendo a un joven que estaba con la cabeza descubierta en la, puerta de una tienda, la dijo:

-Dispense usted... ¿La calle de Hauteville?

-¡La calle de Hauteville! -exclamó en tono zumbón el dependiente... Bien se ve que viene usted de un agujero de la Bretaña y que no sabe leer. Allí la tiene, usted, la calle de Hauteville.

-Muchas gracias -respondió el viejo con alguna tristeza. -Sé leer, pero no había visto el letrado.

Y conduciendo dulcemente a la huerfanita, los dos se volvieron a su modesto nido, donde todo estaba ya preparado para la comida. Cansados por haber andado por un piso al que no estaban acostumbrados, apenas tocaron la comida, y cada cual se metió en su cuarto y no, tardó en dormirse.

Aquel empleo del día se reprodujo después con frecuencia, de modo que a los quince días sabían ya orientarse bastante bien para dar los pasos necesarios a fin de que Juana Sin Nombre fuese admitida en el Conservatorio.

En aquellos días recibieron una carta del Vizconde, de Kervés hablándole de todas las personas de su tierra, lo que les produjo gran alegría. El Vizconde les enviaba también una recomendación para uno de los primeros profesores de violín, y Joel decidió ir a visitarlo al día

siguiente. Por la mañana vio que hacía un día alegre y, brillante que, al inundar de sol la pobre morada, iluminó al mismo tiempo el alma supe del bretón.

Así pues, el viejo Joel, lleno de esperanza, recomendó a Juana que se pusiese guapa, y él también cuidó un poco su propio atavío. ¿No iban a conocer a uno de los príncipes de su arte? Para el cándido violinista aquella presentación tenía la misma importancia que hubiera tenido para un señor del siglo XVIII el ser presentado en la corte de Luis XIV.

¡Qué estupor el del artista cuando el criado le anunció la presencia de Juana y Joel!

-¿Dice, usted que, unos bretones? Serán unos mendigos. ¿Qué quiere usted que haga con ellos? Déles cualquier cosa y que me dejen en paz.

-No, señor, no son mendigos. Aseguran que tienen que, hablar al señor, y me han dado esta carta.

El profesor leyó atentamente la esquila del Vizconde, e interesado de repente, salió al encuentro de los visitantes.

-Señor le Mat, señorita Juana -dijo amablemente, -ya ven ustedes que los conozco...

Y atrayendo hacia sí a la pequeña, le dijo:

-¿Es usted, hija mía, la que quiere perfeccionarse, en el violín?

-Sí, señor -respondió Juana haciendo un esfuerzo.

-Pues bien, entonces va usted a hacernos ver lo que sabe ¿verdad?

Y descolgando de la pared un soberbio instrumento, lo puso en las manos de la huérfana.

Juana Sin Nombre, echó a Joel una mirada desesperada, y el viejo, que comprendió su expresión, dijo volviéndose hacia el artista:

La pequeña es muy tímida, y para empezar, desea que yo la acompañe...

-Perfectamente, amigo mío.

Y sacando de su estuche, otro violín, se lo dio al anciano.

Entonces el maestro y la discípula ejecutaron uno de aquellos bellos dúos que tenían el don de entusiasmar a los que los oían.

Desde los primeros golpes de arco, el artista, entusiasmado, reconoció un maestro, y se arrellanó voluptuosamente en una butaca, con los ojos medio cerrados, para no perder ni una nota de aquella armonía encantadora.

Cuando terminaron los últimos acordes, el violinista parisiense, no contuvo ya su admiración, y con los ojos húmedos, se levantó y tendió las dos manos al humilde campesino. Y después del cordial apretón que unió a aquellos dos hombres separados por tantos prejuicios pero unidos por un talento común, llegó la vez a Juana Sin Nombre. El artista la tomó en brazos y dijo besándola frenéticamente.

-Haremos de ti una gran artista, una estrella idolatrada por todo París.

La niña, que no comprendía aquellas frases ampulosas, sonrió, sin embargo, y con su viva inteligencia vio que en adelante podía contar con un protector y con un maestro más. Después, animada ya por las caricias, consintió en tocar sola, y aquella nueva prueba hizo elevarse hasta el más alto grado la admiración del profesor.

-Veo -dijo alegremente, -que el señor de Kervés no se había engañado, pues ambos son ustedes unos verdaderos artistas. A usted, señor le Mat, le falta un poco de dulzura tocando, pero tiene usted una gran fuerza de arco. En cuanto a la pequeña, no tiene más que, seguir practicando mientras sigue los cursos de solfeo en el Conservatorio. Voy a recomendarla eficazmente a los profesores que le darán lección. Pero -añadió dando, amistosas palmaditas en las mejillas de Juana, -no olvides que tienes a tu lado a un excelente maestro y sigue trabajando con él.

Joel comprendió que la recepción del gran músico había terminado y se levantó. El señor Delsalle, el ilustre violinista, lo despidió con estas amables palabras:

-A propósito, señor le Mat, usted debe de conocer una multitud de aires bretones antiguos y originales...

-Sin duda -respondió el anciano, -pero eso no puede gustar más que a personas como nosotros.

-¡Bah! Cuando se es un músico como usted, esos aires deben agradar a todo el mundo. ¿Quiere usted traérmelos?

El viejo se rascó la frente, visiblemente embarazado.

-Sí, señor -dijo -bien quisiera, pero hay una, pequeña dificultad.

-¿Cuál puede, ser?

-Pues se la dirá a usted. Yo toco esos aires de memoria, pero no están escritos en ninguna parte.

Delsalle respondió con verdadero entusiasmo:

-Mejor, mejor... No podía usted decirme nada más agradable. De ese modo, al menos, todo es inédito y nadie lo conoce. ¡Verá usted qué éxito tenemos con esos aires!

El violinista era al mismo tiempo un sin par hombre de negocios, y cuando su generosidad tomaba el primer impulso, siempre el sentido práctico hacia valer sus derechos. Desde el primer momento vio todo el partido que se podía sacar de aquellas melodías inéditas y creyó que, no hacía daño alguno a aquel hombre, tomándole unos aires que él no sabía aprovechar. Joel prometió a Delsalle, venir a tocar aquellos aires bretones, y los dos músicos se citaron para la semana siguiente. Y se separaron; el violinista encantado con su negocio y el viejo y la niña muy agradecidos por las maneras cordiales y paternales del artista.

Poco tiempo después, Juana fue admitida en la, clase de solfeo del Conservatorio, y conquistó los corazones de todos por su talento extraordinario y por la gracia y la dulzura de toda s u persona.

Todo iba, pues, ocurriendo, a gusto de los dos bretones, que cada vez se reconciliaban más con la gran ciudad, considerada en su país como tan temible. Fuera de dos o tres malas razones recibidas en la calle, no habían encontrado más que personas amables y dispuestas a servirlos. Empezaban a ser conocidos en el barrio y no había, en él más que simpatías para los dos forasteros. Y no era que, Joel y Juana tratasen de entrar en relaciones con sus vecinos. Todo lo contrario;

apenas respondían a la iniciativa de los demás. Pero aquella brusquedad no les hacía daño. El carácter taciturno de los bretones es tan proverbial como su obstinación, y los parisienses se sentían interesados por aquellos forasteros tan plenamente opuestos a sus costumbres de vecindad. Al principio intentaron atraerlos. Los hombres habían propuesto a Joel algunas partidas de bolos que el anciano rehusó siempre, no sin pena, pues es un juego muy usado en Bretaña; pero lo contenía su timidez natural. Los niños y las mujeres habían sonreído a Juana y le habían ofrecido juguetes. La niña, como su padre adoptivo, había respondido con una larga mirada llena de gratitud y con una señal hecha con la mano; pero sin aventurarse más. Y los vecinos, lejos de guardarles rencor, los apreciaban más por eso mismo. Además, los desarmaba verlos siempre corteses y ajenos a toda arrogancia.

Por fin llegó el día de la cita con el señor Delsalle, y Joel, acompañado de Juana, tomó con gran alegría el camino que conducía a la casa del gran violinista. Este no les hizo esperar mucho tiempo. Desde la primera entrevista el músico había visto materiales para una ópera en aquellas bellas melodías, y cuando le anunciaron la llegada de los bretones, dio un suspiro de satisfacción.

-Buenos días, señor le Mat -dijo amablemente. -Vamos, pues, a poner manos a la obra. ¡Canalla! -dijo al ver a Juana Sin Nombre, -¿ha traído usted a la pequeña?

-Sí, señor -respondió tranquilamente el bretón. -La niña puede ser a usted de mucha utilidad, porque a mí me falta a veces la memoria. Me voy haciendo viejo.

--¡Bah! No se dice eso cuando se está fuerte, como un roble y se tiene todavía todo el cabello. Mire usted qué calvo estoy yo... y no me quejo. ¿De modo, hija mía, que vas a ayudarnos?

Juana hizo con la cabeza un signo afirmativo. Delsalle, entregó un violín al viejo y otro a la pequeña, y mientras los afinaban aproximó una mesita y puso en ella papel de música y recado de escribir, para hacerlo bajo el dictado de su visitantes.

-Cuando usted quiera, señor Delsalle -dijo Joel.

-Puede, usted empezar amigo mío -respondió el violinista; -estoy pronto.

Y mientras Juana, se acomodaba en un sillón con los ojos fijos en el violinista y el oído atento, Joel, en pie y con la mirada inspirada, tocó un de esos aires llenos de poesía de su país natal Delsalle escribía al mismo tiempo vivamente, con tanta seguridad como si Joel le hubiera dicho una por una todas las notas de su melodía. De, pronto, el viejo se calló y dijo, sentándose al lado de la niña:

-No recuerdo bien el resto. Si usted quiere, la pequeña va a continuar.

-Como usted quiera, amigo mío. No tenemos prisa y Juana puede, empezar cuando quiera.

Pero la niña estaba ya en pie, con el violín en una mano y el arco en la otra.

-¡Enhorabuena! -exclamó el artista; -eres un valiente. ¿Es la continuación de lo que usted ha tocado, señor Joel?

-Sí, señor.

Y el anciano indicó en bretón a la pequeña desde donde debía continuar.

Juana Sin Nombre respondió con una de esas largas miradas de las que ella tenía el secreto, y empezó a su vez. Joel le pagó con una atención tan completa como la que ella había tenido para él momentos antes.

Entre aquellos dos seres que se amaban tan tiernamente, había un cambio mudo de admiración.

Mientras el señor Delsalle seguía escribiendo, y durante las dos horas que duró la sesión, el dictado musical sólo se interrumpió para el cambio de músicos, que se reemplazaban alternativamente.

El profesor dio por fin la señal de la separación. No convenía abusar de aquel anciano ni de aquella niña. Así, pues, les hizo servir una excelente merienda y tomando de la mano a Juana, la introdujo con Joel en un comedor maravillosamente amueblado y se dedicó a hacer los honores de su mesa.

El viejo no aceptó más que por cortesía, avergonzado al encontrarse en una casa tan lujosa, y sólo tocó con los labios los manjares a que no estaba acostumbrado. Juana, por el contrario, se sintió enseñada a sus anchas y como si toda su vida no se hubiera servido más que, de vajilla fina, y de, cubiertos de precio, comió con todos los refinamientos que da la costumbre del lujo. Joel la miraba, sorprendido, mondar delicadamente la fruta y beber a pequeños sorbos como un catador. El viejo no volvía de su asombro y se afirmaba más y más en la idea de que la niña debía de haber nacido rica.

El artista, más en situación de apreciar esos detalles, estaba más asombrado todavía.

-¿Sabes, Juanita -dijo a la niña, -que te portas como una verdadera señorita? ¿Quién te ha enseñado todo eso?

-Mamá -respondió tranquilamente la pequeña, mientras sus miradas se perdían en una vaga contemplación.

-¡Mamá! ¿Qué estás diciendo, Juana? -interrumpió el viejo. -Ya sabes que no la tienes. Juana Sin Nombre se estremeció como una persona que, vuelve en sí al salir de un sueño... Miró a Joel y luego al violinista, y prorrumpiendo en una carcajada infantil clara y vibrante, lo que no entraba todavía en sus costumbres, dijo a los dos hombres asombrados:

-Es verdad... Algunas veces me ocurren ideas así... Y me parece que estoy en una hermosa casa, muy lejos, y que tengo bonitas cosas... Además, hay una mamá... una verdadera mamá... y una nodriza.

Y la niña se echó a reír otra vez, como si lo que acababa de decir fuese sólo efecto de su imaginación, y aquella alegría tranquilizó a los dos hombres que habían ambos comprendido que se trataba de una reminiscencia de lo pasado y que lo que la niña creía una ficción, había, en efecto, existido.

Y mientras Juana jugaba en el fondo de la pieza con un magnífico gato de Angora que pertenecía al artista, éste preguntó a Joel cuál era la explicación de aquella escena. Joel lo puso, en pocas palabras, al corriente de los sucesos y Delsalle, vivamente interesado, sintió que

aumentaba la simpatía que desde el primer momento le había inspirado la huérfana. El violinista instó a Joel a que provocase en la niña un vivo recuerdo de todo aquello por si un día podía descubrirse su familia si todos sus miembros no habían perecido en el naufragio.

-Lo hemos intentado muchas veces -respondió tristemente el bretón, -pero nunca ha hablado más claro que hoy. No recuerda nada. ¡Era entonces tan pequeña! ¡Tenía cuatro años!

Y el viejo pronunció estas palabras con tal acento de ternura, que el alma compasiva del artista sintió una fuerte emoción.

Joel se levantó para despedirse del dueño de la casa, y Juana, un poco cansada de sus juegos con el gato, hizo lo que Joel. El viejo, enseguida, con una sobriedad de palabras que hacía honor a un verdadero bretón, pero con la distinción natural que vienen todos en aquella vieja Armórica, dio las gracias al señor Delsalle. Este le estrechó la mano, dio un beso a la niña, y todos se separaron después de haberse puesto de acuerdo para una nueva sesión. Joel y Juana, tomaron el camino de su casa, asidos de la mano como siempre, y el artista, por su parte, corrió al salón a examinar la música escrita aquella tarde, la volvió a copiar cuidadosamente y se puso a ejecutarla. Sí, era aquello, su oído no lo había engañado.

-¡Bien! Debo estar agradecido a ese buen Vizconde, si, gracias a él, fabrico una ópera. Ha hecho una, gran cosa al enviarme esos compatriotas suyos. Los tales bretones son interesantes y aun preciosos.

Decididamente, aparecía en él el hombre de negocios, sin perjudicar al generoso artista que se había mostrado momentos antes.

Cuando nuestros amigos llegaron a su casa, la comida los estaba esperando. Joel, que nada había comido en casa de Delsalle, sentía apetito. Juana se encontró dispuesta a comer, a pesar de que había hecho una comida formal en casa del artista. ¡De qué milagros no es capaz un estómago de su edad

Los dos se acostaron contentos de aquel día y llenos de esperanzas para el porvenir. Y, en realidad, todo les sonreía, hasta entonces y su camino parecía allanado por una mano bienhechora.

Desde aquel día, su vida se deslizó pacífica entre las clases del Conservatorio, los estudios en casa y las sesiones en la de Delsalle, con el cual trabajaban siempre dos horas, como la primera vez, hasta que llegaba el momento de la merienda. Juana Sin Nombre no había vuelto a hablar de lo pasado, como si su memoria, despierta un instante, se hubiera vuelto a dormir. En vano trató el violinista, con un decorado más lujoso y con preguntas habilidosas, de obtener algún indicio sobre el país de origen de la niña. Juana, no respondía y el incidente se terminaba sin resultado. Joel estaba tranquilo. Muchas veces, en efecto, le había ocurrido la terrible, idea de que Juana pudiera encontrar un día u otro a la familia de la que el mar la había separado, y su corazón se oprimía de angustia al pensar que se vería obligado a separarse, de aquella niña a la que no hubiera querido más si hubiera sido su hija. No era hombre, sin embargo, de descuidar la felicidad de Juana para asegurar la suya. No, Joel no era un egoísta, ni mentía cuando decía a Delsalle que había tratado de saber algo de Juana, pero no decía las angustias que había pasado al esperar una respuesta que fuera demasiado explícita, ni qué satisfacción había dilatado su alma al ver el persistente silencio de la huérfana.

Joel había soñado con hacer de ella una artista, una verdadera, y gran artista, que sólo debiera su talento y su fortuna a él, el pobre músico ambulante de Quimperlé. Y su sueño estaba en vías de realizarse.

IX ANOS DICHOSOS

Quince días llevaba en París Juana Sin Nombre cuando tuvo una gran alegría. El Vizconde de Kervés anunció en una de sus cartas la llegada de su criado con Plutón.

Juana saltó de alegría al recibir aquella buenanoticia, y Joel y ella decidieron enseguida ir a esperar el buen animal a la estación. El tren que debía llevarlo a París era, el mismo que dos semanas antes, había depositado en el asfalto parisiense a los dos bretones de Quimperlé. La hora era, pues, a propósito y nada se oponía a que el encuentro de los dos amigos se realizase lo más pronto posible.

Un cuarto de hora antes de la llegada del tren, Joel y Juana entraron en tina de las salas de espera de la estación de Saint-Lazare, y al ver la inquietud de la niña, sus idas y venidas y su impaciencia, hubiérase pensado que esperaba la llegada de algún pariente querido. ¡Cuál fue, pues, la sorpresa de las demás personas que esperaban la llegada de viajeros, al ver el espectáculo que se ofreció a sus ojos! La puerta-vidriera del andén acababa de abrirse como empujada por la ola de los recién llegados; las personas se reunían y se abrazaban cruzando mil preguntas, y, sin embargo, todas las conversaciones se interrumpieron y todo el mundo se puso a mirar con enternecimiento a un gran perro que prodigaba entusiastas caricias a una niña arrodillada, delante de él y que lo abrazaba con efusión. En cuanto entró en la sala de espera, Plutón, que iba sujeto con una cadena, olfateó la huella de su ama y de un tirón hizo soltar la cadena a su guardián y saltó en dirección de Juana. Entonces fue cuando ésta, con los ojos húmedos, se arrodilló en el suelo y atrajo hacia sí la gruesa cabeza del animal. Juana, le hablaba, y lo abrazaba frenéticamente hasta hacer desaparecer su linda carita entre el pelo sedoso del animal. Este colocó las dos manos en los hombros de la niña y se puso a lamerle la cara. Niña y perro formaban el más delicioso cuadro de género que un pintor pu-

diera soñar. Así fue que se formó un corro alrededor de ellos, en el que se cruzaban las exclamaciones, sin turbar por eso a ninguno de los dos actores de la escena.

-¡Oh! ¡Qué linda niña! Es una bretona... Mirad la cofia...

-¡Hermoso perro! ¡Cómo la acaricia!

Joel estaba hablando a cierta distancia con el criado del señor de Kervés y después de estrecharle la mano, lo despidió y fue a buscar a la niña.

Cuando volvieron a la calle de Hauteville portera, que conocía la llegada del nuevo inquilino, le había preparado en el patio una perretera, a pesar de la desesperación de la niña que hubiera querido tener el perro en su mismo cuarto.

Para la niña fue un disgusto el verse obligada a atar a su compañero, a dejarlo solo a pesar de sus ladridos desesperados. Si no hubiera dependido más que de ella, le hubiera hecho subir para que el pobre Plutón no se aburriera en el patio y así se lo explicó para excusarse, convencida, de que el animal lo comprendía. Cuando al día siguiente se vio aparecer en el barrio a la niña con aquel perrazo, los vecinos se quedaron asombrados y su simpatía aumentó cuando, gracias a la charla de la portera, supieron la historia del perro. Desde entonces todos, a porfía, le llevaron huevos y restos de todas clases, que Plutón devoraba tranquilamente como si aquello fuera un tributo debido.

Pero no fue el perro la única alegría que entró en la casa.

El criado que condujo el perro, trajo también una carta que Joel abrió temblando. Estaba escrita por Ana, y he aquí lo que decía la joven a los dos desterrados:

«Mi buen Joel y mi querida Juana:

«Hoy hace quince días que nos habéis dejado»y a todos nos parece que hace quince años. El tiempo nos resulta largo y penoso desde que no tenemos a nuestro violinista para distraernos, ni a nuestra hermanita para participar de nuestra vida. Después que os marchasteis ha habido una boda y todo el mundo os ha echado de menos. Nadie se acostumbra aquí a teneros lejos, ni nuestro padre, que era tan feliz

cuando estábamos reunidos en familia, ni Juan, que abandona sus juegos para venir a hablarme de vosotros. ¿Qué os diré de Pedro, que trabaja más que nunca para consolarse, ni de mí, que recuerdo a todas horas la dicha de otros tiempos? No quiero, sin embargo, desanimaros. Esperemos que una vez todavía nos encontraremos juntos, pues debo deciros que todavía, no entraré este año en el convento. Y ¿quién sabe? Puede que vengáis en las próximas vacaciones y tengamos la alegría de reunirnos. Seguían mil detalles sobre todos los seres y casas del bosque, y Ana terminaba así aquella carta, en la que había puesto toda la ternura de su corazón y toda la melancolía de su naturaleza bretona:

«Ahora, mi buen Joel, déjeme usted enviarle un beso. Que su talento lo consuele y le haga París menos triste. Que su música, con la que tanto nos ha encantado, le recuerde con sus melodías a nuestra querida Bretaña. Y tú, Juanita adorada, ya sabes que todos los deseos de tu hermana se dirigen a tu felicidad. Eres aún una niña, pero tienes un alma accesible a todos los buenos y hermosos sentimientos. Quiere mucho a Joel, que se sacrifica por ti. Cuidalo, consuélalo y piensa, que nunca podrás pagarle su abnegación y su bondad. Sé su consuelo y su alegría como él ha sido tu providencia y tu sostén. Y, ahora, perdona este pequeño sermón a tu Anita, que te envía todos los besos que quisiera poder darte en tus sonrosadas mejillas»

El artista lloró al leer esta carta conmovedora y, por primera vez después de su llegada, una amarga pena le mordió el corazón al encontrarse solo, a pesar de todo, en aquella inmensa, ciudad y al pensar en la cabaña, de Plouhernó, tan pequeña, pero en la que, él se sentía tan a sus anchas, rodeado de afecciones sinceras y desinteresadas. Pero al oír los pasos de Juana, secó sus lágrimas de viejo, tan prontas en brotar y en desaparecer como las de los niños.

-Ven aquí, hija, mía -dijo con voz todavía temblorosa, por la emoción; -hay una carta para ti...

-¿Para mi sola? -preguntó vivamente la pequeña.

-¡Miren la egoísta! -replicó el músico, riendo esta vez de buena gana. -La carta, es para los dos. Está escrita por Ana.

Y dio el papel a Juana, que prorrumpió en un «¡Ah!» de contrariedad. ¡Le hubiera gustado tanto recibir una carta para ella! Pero no por eso dejó de leer las frases de su hermana con profundo interés. Solamente, se propuso contestarle que, en lo sucesivo, escribiera separadamente a Joel y a ella. Además, debían escribirle sus hermanos y Plouhernó, lo que le haría una verdadera correspondencia de la que se prometía gran placer. ¡Cuántas aventuras tendría que contarles! ¡Les diría las bonitas cosas que se ven en París y que, se engañaban al creerlo tan feo. Pero, con todo, Juana prefería el bosque de Carnoet y las playas en que tanto había jugado. ¡Oh! Sí, debía decirles esto, no fueran a creer que prefería a los parisienses.

Con exquisito tacto la niña había comprendido que sería duro para aquella familia oír ponderar la causa de su separación.

Aquella carta de Ana fue la primera de una nutrida correspondencia, muy útil para los progresos de la niña en la escritura.

Sí, Juana Sin Nombre tenía razón cuando decía que le gustaba más su Bretaña que la gran ciudad que los había atraído, y así lo probó claramente en una circunstancia.

Ocho días antes de su entrada en el Conservatorio, la portera intentó demostrar a Juana que no podía presentarse con aquel traje delante de los profesores. La niña palideció un poco al oírlo, pero muy bien criada para contradecir a una persona mayor, y demasiado tímida para aventurar una opinión, no respondió a la portera. «Quien calla, otorga» dijo ésta, e inmediatamente pensó en salir para comprar todo lo que creía absolutamente necesario para la niña. Juana, en tanto, corrió a advertir a Joel y le contó, muy indignada, la proposición que le acababan de hacer.

El viejo, que encontraba a Juana muy linda con su traje, fue al principio de su opinión, pero poco a poco llegó a creer que acaso tenía razón la portera, la cual, como parisiense, debía, entender mejor que ellos de esas cosas.

En vano Juana Sin Nombre, en desacuerdo con el viejo por primera vez, protestó contra aquel cambio de traje como si fuera una profanación. Joel, con la obstinación de los ancianos, mantuvo su opinión, y Juana no tuvo más remedio que ceder, devorando su pena en el fondo del corazón.

Al día siguiente se vio obligada a salir con la portera a comprar los efectos que ella encontró horrorosos. Cuando volvió los guardó sin mirarlos y se hizo la sorda cuando la portera, encantada con sus compras, quiso enseñárselos a Joel.

El día que debían consumarse el triunfo de la portera y el sacrificio de Juana, día impacientemente esperado por aquélla y temido por ésta, llegó por fin, y a las angustias del examen se unió en la niña el horror que inspiraba a su instinto femenino el traje que debía ponerse. Momentos antes de salir, Juana tuvo por fin que empezar su atavío, y cuando apareció delante de Joel, éste no pudo contener un grito de sorpresa que fue derecho al corazón de la niña, en el que vibró dolorosamente la coquetería de su sexo. La pequeña no pudo retener las lágrimas.

-¡Oh! papá Joel... papá Joel... ¡Qué fea estoy! ¿Por qué no quieres que me ponga mi cofia?

Aquella pena conmovió al viejo, que vio que había hecho mal, y, queriendo reparar su falta, dio un beso, a la niña y le dijo amablemente:

-Vamos a ver, no tengas pena. Ya te pondrás tu cofia, puesto que tienes tanto empeño.

Pero una reflexión le hizo interrumpirse.

-¿Qué dirá la portera?

¡La portera!... ¡Bastante le importaba a Juana la portera! ¿No era ella la causa de todo el mal?

Pero como el viejo no quería ofenderla, Juana tuvo una idea y exclamó muy alegre al pensar que ya no se pondría aquellos trapos:

-Para no ofender a la portera, saldré vestida con todo esto y después, me meteré en un portal y me quitaré el sombrero y el abrigo para ponerme la pañoleta y la cofia.

Y la niña pronunció las palabras «sombrero y abrigo» con un desdén indescriptible.

-Buena idea -dijo Joel; -hazlo así, pero no hay que tomarse disgustos por los trajes.

-Es verdad, papá Joel -respondió Juana en tono transigente, pero está permitido no ponerse fea, -añadió haciendo un gesto gracioso.

-Esa idea, no es propia de tu edad -respondió el viejo sentenciosamente, no sintiéndose con fuerzas para emprender semejante, discusión.

Era hora de marcharse, y Joel tomó el sombrero mientras Juana hacía cuidadosamente un paquete con todo lo que necesitaba. Cuando salieron, la portera, que los estaba esperando, se manifestó maravillada, y, en verdad la buena mujer tenía razón. Si el traje que Juana había juzgado horrible, carecía, en efecto de toda elegancia y formaba un desgraciado conjunto, no conseguía afear a la niña como ella había supuesto. El sombrero de paja negra, guarnecido de un modo extraño, hacía resaltar el oro de sus cabellos y encuadraba maravillosamente el óvalo de su cara. El abrigo, de un color de los más vistosos, ceñía con gracia el talle de la niña.

-¡Qué preciosa criatura! -exclamó la portera.

-Vamos a ver, señor Joel, ¿qué dice usted de mis compras? Parece que todo lo han hecho para ella...

La charla de la buena mujer dispensó al viejo de contestar y, como se hacía tarde, los dos se marcharon apresuradamente.

Pero en cuanto doblaron la, primera, esquina se metieron en un portal y Juana se cambió de ropa.

-La niña, obtuvo un verdadero triunfo en el Conservatorio. El encanto y la dulzura de toda su persona y la viva inteligencia que iluminaba sus miradas, le conquistaron inmediatamente las simpatías de sus nuevos profesores y el entusiasmo de sus condiscípulas. Todas

abrazaban a porfía a la pequeña bretona y multiplicaban las preguntas y las muestras de interés.

Desde aquel día Juana fue agasajada por los maestros y por las discípulas. Los primeros veían en ella una alumna verdaderamente extraordinaria, y las segundas no sentían envidia, por sus facultades maravillosas, teniendo en cuenta su extremada juventud. Además, no se envidia a los prodigios.

El año pasa tranquilamente en medio del afecto de todos y Joel se fue reconciliando con la capital.

No podía quejarse en realidad. Las reuniones semanales en casa de Delsalle le habían procurado algunas relaciones útiles, y, entre ellas, varios aficionados de mérito y dos o tres señoras del gran mundo apasionadas por la música, y pianistas y cantantes notables. Todas esas personas los invitaban a magníficas reuniones en las que se afirmaban al mismo tiempo el talento y la modestia de los bretones.

Hasta tal punto, que Delsalle llegó a alarmarse, un poco, y un día dijo de, repente a Joel:

-Pero, querido, si va usted llevando sus melodías por todos los salones, ¿qué va a quedar para nuestra, ópera?

El gran artista decía «nuestra», pues no había pensado todavía en privar a Joel de su parte de colaboración.

El viejo bretón se turbó mucho por aquella especie de sermón y respondió a Delsalle que, en lo sucesivo no aceptaría más invitaciones.

-Tanto como eso, no -dijo el violinista. Acepte usted cuantas quiera, pero reserve, las buenas melodías para nosotros.

Por fin llegaron los exámenes de fin de curso, pero Juana no concurrió por no tener edad suficiente y por que no llevaba todavía más que un año de solfeo y no sabía bastante a juicio de los profesores.

Cuando llegaron los calores de julio, fue para nuestros amigos una alegría prepararse para las vacaciones.

El Vizconde de Kervés, siempre generoso, envió a los dos desterrados la suma necesaria para dejar París durante los meses de agosto

y septiembre, pues era indispensable que volvieran en octubre, época de la reapertura del curso.

Aquel fue para, los dos bretones un placer intenso, como jamás lo habían experimentado.

Los viajes tienen la ventaja de hacer la vuelta más dulce. Nada hace amar más la patria que las tristezas de un largo destierro. A medida que se aproximaba la hora de volverse a ver las cartas se hacían más cariñosas de una y otra parte.

Tenían tantas cosas que decirse, que anticipaban las conversaciones de las próximas veladas y la pluma se interrumpía bruscamente en medio de un relato o de una confidencia, para dejar escapar exclamaciones de impaciencia.

-¡Oh! Qué gana tengo de volverte a ver y de darte un beso...
¿Cuándo llegará ese día?

Ese día llegó. Una vez terminados los concursos, distribuidos los premios y publicados los nombres de los premiados, París se quedó enteramente vacío. Hacía ya dos meses que el Gran Premio de las carreras de caballos había sido la señal de la dispersión del gran mundo y llegaba el turno de las familias a quienes la Sorbona, los institutos y las escuelas, devuelven sus hijos por dos meses.

Juana hizo con ardor febril los preparativos de su partida, que por fortuna no fueron largos. Gracias a la protección de Delsalle, Joel había ganado cincuenta o sesenta pesos tocando en algunas reuniones, y esa suma era, más que suficiente para asegurar la vida del anciano y de la niña durante los dos meses que iban a pasar en Quimperlé.

El día tan deseado llegó por fin, y para esperar que viniese la noche, Joel y Juana pasaron el día corriendo por París, escoltados por Plutón, a fin de llevar a sus amigos algunos regalillos de la capital. Aunque su bolsillo no estaba muy repleto, consiguieron, sin embargo, satisfacer todos los gustos. Joel compró para Plouhernó y para Pedro el paño suficiente, para que pudieran hacerse trajes nuevos. Y todavía, quedaba tela para hacer una chaqueta a Juan, para el cual, por añadi-

dura, compró Juana Sin Nombre un bonito cortaplumas de cuatro hojas, que le costó un peso.

Ana iba a ser monja, nunca había sido coqueta, y, además, se hacía ella misma todos los trajes. Así pues, Joel y Juana estuvieron pronto de acuerdo para comprarle una *Imitación de Jesucristo*, muy bien impresa y encuadernada, con cantos dorados y estampas iluminadas.

A las nueve de la noche Plutón entró en la perrera, muy a pesar suyo, y los dos bretones se instalaron por quince horas en un vagón de tercera clase. Poco después volaban en busca de la dicha.

X PRIMERAS CONTRARIEDADES

De este modo pasaron dos años, en cuyas vacaciones Joel y Juana, fueron siempre a visitar a su buena familia, de Bretaña. Se anunció la tercera primavera y llegó el mes de mayo. Juana Sin Nombre iba a comulgar por primera vez dentro de tres días, cuando una mañana la portera subió un voluminoso paquete dirigido a la pequeña. Juana, muy extrañada, se apresuró a cortar los bramantes y el papel en que estaba envuelto el bulto, y apareció ante sus ojos encantados un lindo traje de primera comunión. Nada, faltaba, ni los elegantes zapatitos blancos ni el velo de tenue muselina. Tras de la primera alegría vino la curiosidad. ¿Quién había tenido aquella delicada atención? La portera dijo que el paquete le había, sido entregado por un empleado de un gran almacén. Por fin Juana, al doblar cuidadosamente todas aquellas galas, encontró un sobre en que había, un papel escrito:

«A nuestra querida Juana. Recuerdo de cariño de sur, compañeras del Conservatorio, que le piden en cambio una oración»

Aquella era la clave del enigma. Cada una de las condiscípulas de Juana tenía el proyecto de hacerle un pequeño regalo con motivo de su primera comunión, y por iniciativa de una de ellas hicieron una colecta que produjo lo suficiente para el vestido completo. Al día siguiente todas esperaban con impaciencia la llegada de Juana para saber cuál había sido su impresión y para gozar de su felicidad.

-No viene... ¡Qué retrasada está!...

Pero se abrió la puerta y apareció Juana Sin Nombre, la cual corrió al grupo y, con una mirada llena de agradecimiento y de ternura infantil, exclamó muy bajito:

-¡Os doy las gracias de todo corazón!.. . Y papá Joel también... Sois muy buenas conmigo...

Sus ojos se humedecieron y su voz tembló de emoción. Las condiscípulas no la dejaron acabar y la abrazaron con efusión todas a un tiempo.

Cuando se calmó la primera emoción, Juana se desprendió de sus amigas y dijo con expresión triunfante:

-Yo también os voy a dar una sorpresa...

Y desapareció prontamente para ir al vestíbulo donde se había separado de Joel. Poco después volvió a la clase con la caja del violín en la mano, lo que produjo en el auditorio cierta desilusión, pues nadie conocía su talento maravilloso y esperaban oírle tocar alguna pieccecita de niño, aprendida a fuerza de ensayos.

Su asombro fue grande y tal el efecto de aquella música, ardiente y dulce como el carácter de la niña, que nadie, notó que la puerta se entreabría y que el profesor se detenía, en el umbral, sorprendido ante aquel espectáculo inusitado.

Acabada la melodía, todas prorrumpieron en frenéticos bravos y Juana fue de nuevo rodeada, acariciada y felicitada. La pequeña, se dejaba querer, muy contenta por haber proporcionado a sus compañeras algún placer, cuando de pronto se la vio palidecer y dar muestras de confusión. Todas las miradas siguieron a la suya y todas se dieron cuenta de la causa de aquel desasosiego. El profesor entraba en la clase y se disponía a interrogar a la nueva artista. Juana, un poco repuesta, respondió con su aturdimiento, le respondió con su amabilidad acostumbrada y prometió volver a tocar después de la clase. La lección fue un poco más breve, con gran contentamiento de las discípulas, y Juana tomó de nuevo el violín. Si no lo hubiera impedido la presencia del profesor, las alumnas hubieran hecho a la niña, una ovación, da tal modo se excedió a sí misma. El profesor, entusiasmado también, la felicitó calurosamente y le prometió su recomendación para en su día, a fin de que continuase con seriedad sus estudios musicales.

Al día siguiente empezó Juana su preparación para el acto religioso, acompañada por Joel, y si el buen bretón se mostró encantado por los sermones, no le pasó lo mismo con los cánticos y las piezas de

música. Su oído de músico fue con frecuencia sometido a duras pruebas, así fue que un día se decidió y fue a ofrecer sus servicios al cura párroco, el cual, visto el aspecto del bretón, se encontró en un verdadero embarazo para responderle. Joel leyó en su cara la desconfianza.

-Veo, señor cura, que no se fía usted de mí. Después de todo, nunca, me ha oído usted tocar y no es frecuente que los pobres hombres como yo sepan hacerlo. Voy, pues, a tocar cualquier cosa para que usted me juzgue.

Y sin esperar la respuesta del sacerdote, empezó las notas de un soberbio *O salutaris*.

El cura, maravillado, aceptó en el acto el ofrecimiento de Joel y se separó encantado por aquella adquisición, de la que se prometía excelentes ratos en el porvenir.

Llegó por fin el día de la, primera comunión y Juana se colocó en el sitio de la iglesia que le había señalado el vicario encargado de presidir el acto. Absorta, en su recogimiento, no observó que en el puesto destinado a las familias había una persona inesperada. ¿Quién había de estar allí por ella si todos sus parientes de adopción se habían quedado en Quimperlé?

En el momento de la consagración, un sonido de infinita dulzura llenó el ámbito del templo o hizo conmovirse todas las almas. Y el mismo fenómeno, se repitió cuando Juana Sin Nombre se levantó de su sitio, con las manos juntas y la cabeza piadosamente inclinada para ir a arrodillarse, delante del altar. Aquel arco, divinamente inspirado, arrancaba a las cuerdas un canto de admirable poesía, en el que la fe y la, esperanza expresaban sus votos y sus consuelos. Los concurrentes, encantados por aquella música angélica, no oyeron los sollozos de una joven aldeana bretona que, con la cara entre las manos, se esforzaba en vano por comprimir su emoción.

¡Cuál fue la alegría de la huérfana cuando, al salir de la iglesia, encontró a aquella, misma aldeana, todavía con los ojos húmedos, hablando con Joel!

-¡Ana! -exclamó, arrojándose en los brazos de su hermana.

Sí, era Ana, que había hecho el viaje para asistir a la primera comunión de Juana Sin Nombre. En aquella pura alegría, muy corta, por desgracia, se veía la mano del señor de Kervés, el cual había pagado a la aldeana un billete de ida y vuelta por ocho días y advertido a Joel, encargándole el secreto para que la sorpresa de la niña fuese más viva.

¡Oh! ¡Qué semana tan corta y tan bien aprovechada! ¡Cuántos besos se cambiaron y cuántos proyectos para el porvenir! Pero por más que hicieron Juana y Joel no lograron reconciliar a Ana con la capital. Encontró, sí, a París muy hermoso y lleno de encantos, pero esto mismo aumentó sus aprensiones y le hizo más precisa y más palpable la noción del peligro que, según ella, corren allí las almas. La única pena que tuvo al huir de «aquel lugar de perdición» fue no poder llevarse con ella a aquellos seres tan queridos.

Aquella fue la última dicha de los dos desterrados. Durante más de dos años habían conocido las sonrisas del destino o iban ahora a conocer las tristezas.

La prueba empezó durante las vacaciones siguientes y la adversidad fue cruel desde el primer golpe que les asestó.

Quince días después de haber llegado a Quimperlé y en el momento en que Plouhernó estaba haciendo los honores de la nueva casa de madera que ocupaba en los alrededores de Kerquilven, una terrible enfermedad postró sin remisión al almadreño.

El infeliz vio venir la muerte y queriendo prepararse para ella, llamó a Joel.

-Siempre has sido amigo y consejero de los míos -le dijo, -y cuento con tu abnegación para con ellos. Ana no me necesita, puesto que se va a meter monja, pero Pedro puede llegar a ser un hombre de mérito, y Juan, con su mala cabeza, puede encontrar mil dificultades. La pequeña tiene mucha influencia sobre él y entre los dos lo guardaréis mejor.

Después llamó a sus hijos uno a uno y les habló como un hombre prudente para el que la vida ha sido dura, pero que he sido recompensado por su conciencia.

No dijo a Ana más que pocas palabras para recordarle, que, desde el claustro, no olvidase a la niña que la suerte le había dado como hermana y compañera.

Con Pedro estuvo el moribundo más grave todavía. Le tomó la mano mientras le colocaba una de las suyas sobre la cabeza, y mirándole fijamente le dirigió palabras que, parecían una profecía.

-Eres el hermano mayor, y el hombre que va a morir tiene la vista más perspicaz que los demás. Has sido un buen hijo y serás un hombre honrado. Veo revivir en ti los destinos de una raza. Acuérdate de tu padre, que no habrá sido más que el lazo de unión obscuro entre tú y tus orígenes. Trabaja como lo has hecho hasta aquí y que Dios bendiga en ti los esfuerzos de una sangre regenerada.

Aquellas, palabras eran un enigma que Pedro no trató de descifrar. La pena, por otra parte, le embargaba la razón.

Los adioses a Juan estuvieron mezclados de lágrimas. El moribundo abrazó varias veces al muchacho y le prodigó las más dulces recomendaciones.

Y por fin, atrayendo hacia él a Juana, que estaba llorando en un rincón de la humilde morada, le dijo:

-Y tú, que viniste a esta familia como un ángel bueno, sigue siendo lo que eres, el consuelo y la alegría de los que tanto te quieren, el guía, y la esperanza de tus hermanos, y el sostén del anciano que todo lo ha sacrificado por ti... No eres de mi sangre, pero ¿quién puede decir que mi sangre no se mezclará con la tuya?

Estas fueron las últimas palabras del almadreñero. Aquel hombre extraño que había vivido siempre como un santo y con una inteligencia, superior a su condición, conservó hasta el último momento la calma y la lucidez de su espíritu y murió sin agonía y con la sonrisa en los labios, a la hora en que el bosque se despertaba bajo las lágrimas del alba a las primeras caricias del sol.

Aquel fue el primer luto de Juana y con él empezó para ella la serie de los sufrimientos.

La muerte de Plouhernó fue, en efecto, la señal de la dispersión de la familia. Ana entró inmediatamente en el convento, donde hacía tanto tiempo la esperaban. Pedro, que, poco a poco, había reunido un pequeño peculio de unos cuarenta pesos, quiso marcharse a Brest para entregarse allí a estudios especiales, pues quería ser marino por una irresistible vocación y tenía ya quince años, límite de la edad para entrar en la carrera.

Solamente Juan prefirió vivir en el bosque. No era ambicioso y la independencia un poco salvaje de su carácter se acomodaba mejor con la libertad de las selvas, con el aire libre y con la existencia agreste de aquel semidesierto. Ya tendría que ir a las poblaciones cuando entrase en quinta.

La niña fue a hacer la última visita, acompañada de Plutón, a los lugares queridos de su infancia. Desde que habitaba París, las exigencias de su nueva vida le habían hecho adoptar el traje de la ciudad y lo llevaba con el desembarazo y la gracia de una verdadera señorita.

Pero en aquella ocasión quiso ponerse su antigua ropa de bretona. Las faldas y los cuerpos de otro tiempo se le habían quedado cortos, pero conservaba la cofia y la pañoleta de encaja y se las pulso muy contenta.

Fue aquel un largo paseo y entre sus visitas figuraba en primera línea la, de los Goulien, que festejaron a aquellos amigos a punto de hacerse célebres.

También los honrados posaderos habían prosperado. Al lado de, la modesta morada, que el buen matrimonio seguía habitando, se elevaba entonces una hermosa casa blanca edificada con arreglo al modelo de las ciudades. La Goulien hubiera querido que Juana y Joel se quedasen a comer y a dormir aquella noche, pero los dos viajeros no pudieron aceptar y se despidieron de sus amigos. Ya no se trataba de la despedida temporal de los años anteriores. ¿Era posible que supie-

ran si volverían a verse? La huérfana, presa de una invencible tristeza; no pudo contener las lágrimas al separarse de sus antiguos amigos.

Al salir de Pouldú, los viajeros siguieron la costa para ir a Kernevenás, y al pasar por la playa rodeada de rocas, Plutón, que iba delante, se detuvo de pronto, extendió el cuello hacia el mar y prorrumpió en un largo aullido que resonó tristemente en las montañas.

Juana se estremeció. ¿Dónde, había oído aquel grito lúgubre? Nunca el fiel animal había aullado de aquel modo... Y entonces la memoria representó a Juana una escena terrible, allá, en el horizonte, entre aquellas olas llenas de sombríos pliegues. Con la mano extendida hacia el abismo, la vista dilatada y el cuerpo agitado por un horrible espanto, la niña refirió con voz entrecortada el espantoso drama. Veía una barca abandonada; veía a la nodriza levantarse desgredada y medio desnuda y danzar cantando con lúgubre acento mientras unos hombres hambrientos se acercaban a ella con un cuchillo en la mano... Después percibió, en el silencio, una queja ronca y desgarradora, y el perro, como si tuviera conciencia de lo que pasaba en ella, volvió a hacer resonar el triste aullido que había hecho revivir esos atroces recuerdos.

Y aquello fue ya demasiado. Juana Sin Nombre, quebrantada por las emociones, cerró los ojos, vaciló y fue a caer en los brazos del anciano. Joel, poseído también por los recuerdos, la sostuvo, pero inconsciente de lo que pasaba y absorto en su propia visión, murmuró:

-¡Sí!... ¡Aquí la encontré!... ¡En estas mismas algas!... ¡Oh! ¡Gracias, Dios mío por haberme, dado una hija!

Su voz reanimó a la huérfana, que repitió abrazando cariñosamente el cuello del anciano.

-Sí... Aquí fue donde Dios me dio un padre.

Y la adorable niña pronunció esa frase con tal acento, que el viejo se sintió pagado de todos sus sacrificios. Su alma se inundó de alegría. Era la primera vez que. Juana lo daba aquel nombre y así

continuó llamando a aquel anciano que había tenido por ella, la más grande ternura y la más completa abnegación.

Pero se hacía tarde y no tenían ya tiempo más que para, pasar por el cementerio y marcharse a dormir por última vez bajo el techo de Plouhernó.

Llamaron a Plutón y se pusieron en camino hacia el cementerio en que reposaban los restos del almadreñero.

Después de haber confiado el perro a un campesino, entraron en el cementerio y se dirigieron a la tumba reciente, que estaba cubierta de flores.

Joel, con los ojos fijos en la cruz, invocaba la memoria de Plouhernó y le pedía su intercesión para conseguir una muerte tan dulce como la suya... Juana, con la cara oculta entre las manos, lloró al padre perdido y la intimidad de la familia desaparecida para siempre.

Joel se levantó el primero y abrió el estuche del violín. Juana, un poco asombrada al principio, comprendió y lo imitó sin vacilar. Y ambos artistas, sin cruzar una palabra, preludiaron una melodía preferida por el hombre querido que dormía para siempre. Y resultó un espectáculo extraño el de aquel viejo y aquella niña en pie al borde de una tumba y tocando para un muerto, en medio de un cementerio desolado.

La noche fue cayendo poco a poco y envolvió los árboles y las cruces de sombras fantásticas. El viento arrancaba a las hojas una queja monótona. Y los violines seguían sonando con acento de extremada melancolía, como si una voz misteriosa y santa inspirase aquellas melodías maravillosas.

Los dos artistas se excedieron a sí mismos y Plouhernó debió de estremecerse en la tumba durante la audición de su música preferida.

Joel y Juana lloraron después silenciosamente. Su próxima partida era terrible porque era para siempre. En el país sólo quedaban para ellos dos tumbas; la, de Plouhernó y el convento en donde Ana iba a sepultarse. Pedro se iba lejos, y si quedaba Juan, este muchacho no

tenía edad para conservar un hogar. El adiós que iban a dar a la Bre-
taña era definitivo.

SEGUNDA PARTE

I

UNA FAMILIA MODERNA

El señor Mirio, gran contratista y proveedor del arsenal de Lorient, se había retirado a Guidel después de realizar una fortuna. ¡Y qué fortuna! La opinión pública le atribuía diez millones, pero en realidad, había que reducir esa cifra a la mitad.

Mirio no era bretón más que por el nombre y por la obstinación. Su corazón le venía de ascendientes de los cuatro rincones de Francia y especialmente de la Normandía. Quería a su manera, pero, con toda clase de precauciones y de astucia, y ciertamente con mucho egoísmo.

Su mujer, Leopoldina Tancarville, la señora de Mirio, como él le llamaba cuando hablaba de ella, era también normanda de las más auténticas. No tenía realmente, ninguna maldad, pero quería de tal modo a su dinero, que todo el mundo le atribuía una sórdida avaricia. Ahora bien, aquella mujer avara era la más pródiga de las madres respecto al más gastador de los hijos. Alberto Mirio, en efecto, se parecía a aquellos nobles del siglo dieciocho que se arruinaron en el juego y acabaron en la calle de Quincampois, en las oficinas del célebre banquero Law. El muchacho era, capaz de comerse en poco tiempo toda la fortuna paterna, lo que le había valido ya no pocas reprimendas del contratista retirado y numerosas complacencias ocultas por parte, de su madre.

Era él tal bastante buen mozo, pero no brillaba por ninguna cualidad moral. Alberto vivía la mayor parte del tiempo en París y allí gastaba casi toda su pensión, bajo pretexto de unos estudios de derecho que no habían ido del todo mal hasta la licenciatura, pero que eran eternos en la preparación del doctorado.

El padre, que había sido un honrado y duro trabajador, no comprendía la vida de pereza que llevaba su hijo en la capital, y sus principios rigoristas se expresaban en una fórmula, invariable:

-No hay que extender los pies más allá de la manta. ¿Por qué se obstina ese muchacho en conquistar un diploma que no ha de servirle para nada, mientras yo me encargo de establecerlo aquí cuando y como quiera, dándole la continuación de mis negocios? ¿Acaso el nombre de Mirio necesita pergaminos para ser ventajosamente conocido?

Cada vez que llegaban unas vacaciones, aquel ocioso muy ocupado oía el mismo lenguaje. Pero él tenía un modo especial de acoger la lección paternal. El muchacho sacaba elegantemente del bolsillo una petaca de piel de cocodrilo y se apresuraba a ofrecer a aquel hombre, que nunca había fumado más que en pipa, unas «conchas» y unos «imperiales» cuyo perfume era una garantía. Y guiñando el ojo izquierdo, lo que le permitía producir por el derecho un destello de fina burla, respondía con voz blanda y meliflua:

-Pero, papá, vamos a ver; ¿tú bromeas, verdad? Tu opinión de mi persona me halaga vivamente y estoy por decir que me llega a las fibras más íntimas de mi cariño filial y de mi legítima vanidad. Pero, en conciencia, ¿de dónde, sacas que yo tenga aptitudes para el noble trabajo a que me destinás? Mira mis pies y mis manos. Calzo el 39, mi digno papá, y mis guantes son diminutos. Qué voy a hacer yo con unos zuecos y con las manos expuestas al frío y al viento del mar? Compara, un poco tu constitución de atleta con mi pobre esqueleto «fin de siglo» y dime si seré capaz de continuar la noble, pero ruda tarea a que debes tu fortuna. No, papá mío; tú no puedes querer contradecir a las leyes de la Naturaleza ni a los proverbios, que son el fruto de la sabiduría. Esas leyes quieren que por una degeneración que es un progreso, cuanto más robusto y macizo sea el árbol, más menudos y sabrosos sean los frutos. Yo soy el fruto esencialmente sabroso del árbol de los Mirio. Y en cuanto al proverbio, ¿no has oído decir que a padre avaro, hijo pródigo?»

Leopoldina se reía a carcajadas de esas declaraciones verdaderamente graciosas, pero el padre, no tomaba la cosa del mismo modo.

-Entonces, canalla, ¿no he tenido yo más misión en este mundo que reunir dinero para que tú lo comas?

Pero el fruto sabroso del árbol de los Mirio estaba lejos de ser un tonto y desarmaba enseguida la cólera de su padre con algunas reflexiones impregnadas de gran sentido práctico.

-¿Que yo me como las rentas que me has asegurado? Es posible y está muy en el orden. Pero no hay peligro de que toque siquiera al capital. Y si reconozco la omnipotencia de las leyes de la Naturaleza, no admito la infalibilidad de los refranes y niego en redondo el que, acabo de formular. Por otra, parte, hay muchas maneras de ganar dinero y me propongo demostrarte que la mía vale tanto o más que la, tuya.

-¿Cómo es eso, mala persona?

Y entonces el vividor explicaba a su padre los ingeniosos medios que pensaba emplear para aumentar su fortuna.

-¿No vivimos en un tiempo en que el hombre inteligente no necesita trabajar para vivir, puesto que el dinero trabaja por él? ¿Hay algo más sencillo que hacer producir al capital lo que puede dar de sí? ¿No consiste el gran problema social en asegurará unos cuantos lo superfluo, dejando a las masas lo estrictamente necesario?

El viejo contratista escuchaba con desconfianza las teorías de su hijo y contestaba moviendo la cabeza:

-Todo eso que dices será acaso muy profundo, pero me parece muy complicado, y sobre todo muy poco limpio.

Pero su claro entendimiento de advenedizo laborioso recibía, sin embargo, las luces de aquel genio astuto y su honradez natural acababa por acomodarse a aquellos principios extraños, pues Alberto empleaba argumentos de una incontestable potencia sobre el entendimiento de Mirio.

-Compréndeme bien, papá. Tú has trabajado en hierros y aceros, en cobres y en maderas, que son valores materiales. Yo me propongo

trabajar en oro y en plata y hasta en papel, que resume las dos cosas. El dinero, después de todo, no es más que una mercancía, como otra cualquiera, que obedece a la ley de la oferta y la demanda. ¿No es así? La ley del comercio es la concurrencia y no hay concurrencia posible si se tienen escrúpulos.

El joven entraba después en los detalles de esas operaciones de banca y de agio, y Mirio, padre, cobraba confianza y se quedaba maravillado al ver con qué desenvoltura, se movía aquel «chicuelo» en el seno de los más difíciles problemas de bolsa.

La mujer de Mirio manifestaba, abiertamente, sus simpatías. Alberto, para ella, no era solamente un «caballero» por la ropa, sino por su manera de vivir y por la facilidad con que trataba, unas cuestiones que ella, antigua campesina, no entendía. Para decir verdad, Leopoldina había recibido lo que se ha dado en llamar una excelente educación. En el colegio de París en que fue iniciada en los usos y costumbres de la «buena sociedad», se había tratado con muchas importantes herederas, pero de un grado superior al suyo. El roce de la civilización moderna había desbastado a aquellas señoritas desde su nacimiento y muchas de ellas, por el solo hecho de haber nacido en París, tenían ese refinamiento que da a las parisienses tanto ingenio, tanta elegancia y tanta distinción.

Pero Leopoldina, no tomó de aquella educación más que cierto exterior de buenas maneras.

Desgraciadamente, su natural predominó y la falsa señorita se despojó del barniz moral de su educación. Con la edad vinieron la grosería de costumbres y la pesadez de facciones y de talle, y la norma, gruesa, colorada, de hablar insolente y risa, ruidosa, no sabía vestirse más que de un modo chillón, se llenaba de cadenas, de brazaletes y sortijas y no podía ponerse, unos guantes sin hacerles estallar.

Pero tenía, bastante inteligencia para comprender que nadie se engañaba sobre la vulgaridad de su origen. Por eso afectaba tenerlo a mucha honra y ser de los «que se hacen ellos mismos» y tienen derecho al respeto de los pobres, porque «más vale inspirar envidia que

lástima» Había visto con gran alegría que con Alberto la raza había, subido muchos grados en la escala, del perfeccionamiento social, y seducida por ese progreso mal entendido, se enorgullecía por el reflejo que podía proyectarse sobre ella, sin echar de ver que, lo que tomaba por un mejoramiento de la raza no era más que una decadencia.

Si la mujer de Mirio no había amado, había, en cambio, odiado mucho.

Su marido, en efecto, tenía una sobrina, hija de una, hermana mayor que había sido para él una madre. Aquella hermana, casada con un literato que murió muy joven, no había casi contado para vivir más que con los socorros de su hermano agradecido, que había hecho bien las cosas y llamado a su lado a su hermana y a su sobrina, llamada Berta. La viuda de Claudón gozó, pues, de una vida cómoda y casi lujosa, y hubiera podido bendecir su viudez si no hubiese sido una de esas personas de una sensibilidad enfermiza y cuya alma no se cura jamás, una vez herida. Ahora bien; su marido, Claudón, escritor sin talento, pero no sin vicios, la había hecho horriblemente desgraciada, lo que no había impedido a aquella mujer adorar al esposo indigno, ni llorarlo hasta el punto de ir a reunirse con él a los tres años de viudez. Y de este modo Berta Claudón, de edad entonces de seis años, quedó a cargo de su tío.

La pequeña Berta era una, niña adorable. Morena, con grandes ojos, negros y cutis mate de criolla, indicaba un origen español, olvidado sin duda. Los atractivos de su cara no eran más que el reflejo de las cualidades de su corazón y de su inteligencia. Puesta en un colegio por su tío, hizo rápidos progresos en todas las materias y llegó a ser, a los quince años, una encantadora joven tan buena como linda y tan instruida como buena. Mirio la quería como si fuese su hija.

Desgraciadamente, cuando Berta tenía diez años, Mirio se casó con Leopoldina, a la que ya conocemos, y entre aquellas dos criaturas tan perfectamente desemejante era fatal el disentimiento.

La especie de horror que Leopoldina sentía por los niños, se aumentó con la antipatía que, necesariamente debía inspirarle una linda

muchacha distinguida, por su carácter, por sus gustos y por su educación. Mientras Berta, estuvo en el colegio dedicada a sus estudios, el conflicto no llegó al estado agudo.

Pero en cuanto la joven, entre los dieciséis y los dieciocho años, obtuvo sus dos diplomas de instrucción y entró en casa de su tío con el triple prestigio de su belleza delicada y fina, de sus maneras de gran señora, y de su inteligencia cultivada, Leopoldina se sintió inmediatamente celosa.

Y estos celos se hicieron pronto tan terribles, que la vida de Berta se convirtió en un infierno.

Había en aquella época en Lorient, un muchacho joven y guapo, llamado Raveaux, empleado en las oficinas del arsenal. Era el joven tan laborioso como pobre, lo que no es poco decir, y trabajaba concienzudamente, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, por el sueldo ridículo de treinta, pesos al mes. Raveaux se había enamorado perdidamente de, Berta un día en que la, vio ir con su familia a tomar el vapor que conduce desde la, rada a Port-Louis. Y desde entonces no cesó de buscar a la joven hasta que la encontró en Guidel.

Berta, por su parte, había, también reparado en aquel guapo mozo de franca, mirada a pesar de cierto encogimiento debido a su excesiva timidez.

Y esto bastó para que Leopoldina concibiese el proyecto de unir a la sobrina de su marido con el joven Raveaux.

La boda se verificó. Mirio dio dos mil pesos de dote a Berta, y Leopoldina, encantada por librarse de ella, dedicó cuatrocientos pesos de, su bolsillo particular a regalarle un equipo.

Pero no habían pasado seis meses, cuando ocurrió un suceso enteramente, imprevisto.

Claudón tenía también un tío por parte de su madre, un verdadero tío en América. Unos cuarenta o cincuenta años antes, un vasco, llamado Iribarne, se expatrió para fundar en las pampas del Plata uno de esos establecimientos de ganadería que son allí tina riqueza. Olvidado de los suyos, el vasco se acordó de ellos en la hora de la muerte.

Se enteró de la familia que le quedaba y, vuelto a Francia con una fortuna de tres millones, sin más parientes que su sobrina Berta, hizo que le escribiera el cura de Biarritz, llamándola a su cabecera para recoger su sucesión.

Berta se marchó, acompañada de su marido, y el joven matrimonio recibió las bendiciones del viejo ganadero al mismo tiempo que los títulos de renta y la recomendación de ir a Buenos Aires para continuar, o al menos liquidar sus negocios que había dejado muy prósperos. Raveaux y su mujer cerraron los ojos de aquel pariente al que no conocían más que por sus beneficios, y no tardaron en emprender el viaje.

Mirio y su mujer supieron pronto lo que había sido de sus sobrinos, con furiosa envidia de Leopoldina.

Raveaux empleó siete arios en liquidar la situación y obtuvo siete millones más, lo que hizo subir a diez millones su fortuna, es decir, el doble que la de los Mirio.

Y Unos nueve años después de su partida, el matrimonio Raveaux volvió a Francia.

Pero ¡qué cambiados el uno y el otro! Jorge, Raveaux, que no tenía más que treinta y cinco años, representaba cuarenta y cinco. Berta, de una asombrosa belleza, estaba poseída de una tristeza mortal y había momentos en que su razón se oscurecía. Solamente alguna catástrofe horrorosa había podido extender aquel velo de luto en las facciones de dos seres jóvenes, hermosos, ricos y honrados, a quienes no faltaba nada de lo que, asegura la dicha en la tierra.

Los Raveaux recorrieron toda Francia antes de ir a Lorient, donde se establecieron a una legua de la población, en el camino de Hennebout. Jorge adoraba a su mujer como en los primeros días de su unión, y, queriendo satisfacer el deseo insensato de la pobre demente, la había llevado por todas partes en busca del milagro que la desdichada esperaba. Se trataba, en efecto, de encontrar a la niña perdida tres años antes en plena mar, en plena tormenta, cuando los pasajeros, llenos de alegría, veían próximas las costas de Francia.

Tanto como Leopoldina había odiado a Berta en otro tiempo, cuando era pobre, le dedicaba hoy, que era más rica que ella, las mayores muestras de ternura. Pero Berta, dominada, por su pena, no hacía caso alguno de las atenciones de su tía, la cual tenía un hijo que frisaba en los dieciocho años. Jorge Raveaux había ya adquirido bastante conocimiento del mundo para saber a qué atenerse, sobre el amor de la normanda, en la que veía claro el propósito de que el joven Alberto Mirio fuese admitido como presunto heredero de aquel matrimonio de cuarenta años, pero bajo cuyo techo, dada la intermitente locura de la esposa, no debía florecer la maternidad.

Para evitar un trato demasiado frecuente con aquellos parientes, los esposos Raveaux pasaban en París los seis meses del invierno.

II

LA MUERTE DE UN JUSTO

Dos años después de la muerte de Plouhernó Ana estaba a punto de pronunciar los votos definitivos y profesar como religiosa.

Pedro seguía trabajando en Brest, y Juan vivía independiente en el bosque que, le había visto nacer.

Joel y su hija adoptiva eran en París todo lo felices que les era posible estando separados de los que amaban y desterrados en la populosa ciudad que les había sido, sin embargo, tan hospitalaria. Juana había obtenido el primer premio de solfeo y estaba ya en la clase de violín, donde sus éxitos excedían las esperanzas más atrevidas del viejo músico y hacían que todo el mundo, en el Conservatorio, se interesase por aquella joven.

Su existencia se deslizaba tranquilamente entre el estudio, los paseos y la música, que los dos hacían juntos, y que seguía siendo su distracción preferida.

La portera y su familia subían con frecuencia por las noches a casa de Joel, mientras una vecina complaciente guardaba la portería, y la buena mujer y los suyos escuchaban con respetuoso silencio aquellas melancólicas y dulces melodías bretonas y aquellos aires alegres y juguetones. Una noche de concierto, como decía pomposamente la portera, ésta entregó a Joel una carta que venía de Quimperlé. El viejo, muy mirado en punto a la etiqueta, pasó a leer la misiva en la pieza inmediata mientras Juana hacía, amablemente los honores de su casa.

De repente apareció Joel en la puerta y con voz alterada llamó a la huérfana, que, presintiendo una nueva desgracia, se apresuró a acudir. El viejo, sentado en la cama y con la cara entre las manos, ofrecía el espectáculo del mayor dolor.

Juana se precipitó hacia él.

-Papá, te lo ruego, díme lo que hay. ¿Ha ocurrido algo a Juan o a Pedro?

Y al pronunciar este último nombre, todo su cuerpo se estremeció.

-No, no, hija mía -logró articular Joel. -No ha ocurrido nada a Juan ni a Pedro. La carta es del señor de Kervés.

Y entregó a la joven, ya medio tranquila, la carta que tanto la había alterado. He aquí lo que decían aquellas líneas temblonas que indicaban a primera vista la mano de un enfermo:

«Mi pobre amigo Joel: se aproxima el momento en que voy a dejar el mundo. La muerte, no me asusta; a mi edad se la espera, hace mucho tiempo. Pero me preocupan muchas cuestiones. Es absolutamente preciso que te vea, antes del desenlace fatal, que no está lejos. En cuanto recibas esta carta, toma el primer tren para Quimperlé. Adjunta encontrarás una libranza para pagar los gastos. No traigas a Juana, puesto que me has dicho que, en caso de necesidad, puedes dejarla al cuidado de la portera. La vista de la muerte no es para una niña y por nada del mundo debemos interrumpir sus estudios. ¿Quién sabe si, dentro de poco, su talento le será de gran utilidad? Dale un beso de mi parte. Todavía es la atención de un vivo, pero cuando vuelvas será el mensaje de un muerto. Despáchate, mi buen Joel. El tiempo apremia y no morirá tranquilo si no te he visto. Hasta muy pronto»

Por la cara de la joven corrían ahora, las lágrimas, cálidas y presurosas, y los dos se quedaron suspensos, olvidando a sus invitados y sin pensar más que en él protector que iban a perder. Juana volvió la primera a la noción del lugar y del momento y corrió a prevenir a la portera y a su familia, pero aquella buena gente, con rara discreción, se había marchado sin ruido, comprendiendo que estaban de más y que un nuevo duelo acababa de herir a sus amigos. Juana volvió al lado del anciano, que seguía postrado en su pena, y comprendiendo que no debía dejarlo de aquel modo, le dijo para animarlo, con acento de dulce autoridad:

-Papá, hay que partir...

Joel se levantó bruscamente, miró a la joven con expresión extraviada y respondió estremeciéndose:

-Tienes razón; debo marcharme. Todavía tengo el tren de esta noche. Tú te quedas. Voy a ponerme de acuerdo con la portera.

Terminados algunos preparativos, Joel y Juana bajaron y explicaron la situación a la buena mujer, la cual prometió velar por Juana Sin Nombre como por sus propios hijos.

Y ya tranquilo el músico abrazó a la joven, muy conmovido por esta primera separación, y corrió a la estación Saint-Lazare. Juana lo siguió mucho tiempo con la mirada y después, vencida a su vez por la pena, subió precipitadamente a su casa, donde por primera vez se encontraba sola, se arrojó en la cama y rompió a sollozar hasta que el sueño se apoderó de ella y puso término a la desesperación.

Joel, entretanto, sentado en el vagón, veía huir el camino y aproximarse, el momento de ver al Vizconde, de Kervés, y temblaba pensando que acaso en aquel momento, el desgraciado lo llamaba luchando con las ansias de la agonía. Presentía que lo que el Vizconde, tenía, que decirle debía de ser de, la mayor importancia, y se sentía, impotente para adelantar ni un minuto el momento de su entrevista.

El anciano pasó una noche de angustias, pues él no contaba ni con la edad de Juana ni con la buena cama en que la joven dormía en una graciosa postura. Los párpados de Joel no se cerraron en toda la noche.

-¡Quimperlé! -dijo por fin la voz sonora de un empleado.

Joel se levantó rápidamente, bajó del vagón, y una vez más se encontró en aquel andén que no había creído volver a ver.

El anciano sintió una íntima satisfacción, pero reprochándose ese, sentimiento que era, sin embargo, muy natural, tomó el camino del castillo y atravesó rápidamente la, bonita población. Su llegada fue un acontecimiento.

-Seguramente -decía todo el mundo, -el señor de Kervés debe de estar muy malo para haber hecho venir a Joel sin la pequeña. Y la noticia fue conocida rápidamente en toda la comarca.

El anciano, sin embargo, se tranquilizó al entrar en la antigua morada.

Nada había cambiado en sus costumbres y hasta se veía cierto aspecto de alegría en todas las caras Joel fue recibido con satisfacción, pues el Vizconde lo esperaba impaciente. Cuando preguntó noticias suyas, le dijeron que el señor de Kervés estaba bien, que había sentido un ligero malestar un poco alarmante en ciertos momentos, pero que el médico acababa de tranquilizar a todo el mundo. Joel, muy contento con esta respuesta, aunque un poco despechado por las inquietudes de la noche, siguió al criado, que lo introdujo en la habitación del Vizconde.

Pero la confianza de Joel se disipó de pronto. ¿Estaban ciegos aquellos hombres, que no veían los síntomas aterradores de la muerte?

Kervés leyó enseguida la impresión que había producido. Conocía su estado y salió al encuentro de Joel sonriendo y con las manos extendidas.

-Me encuentras cambiado, amigo mío, y ha debido asombrarte la tranquilidad que tiene aquí todo el mundo...

Y al ver que el músico iniciaba un gesto de negación, no encontrándose con fuerzas para hablar, el Vizconde prosiguió con una franca risa:

-¡Vamos allá! ¿Tú también? Pero no sabes mentir y has visto más claro. Puedo contar las horas que me quedan de vida y entre nosotros no debe haber subterfugios. Antes de hablar de cuestiones graves, dime algo de Juana. Esto descansa... ¿Cómo la has dejado?

Joel le contó en pocas palabras su vida y su separación y le habló de la pena de la niña, lo que enterneció a aquel hombre excelente.

-Juana será tu consuelo y tu recompensa - dijo al violinista, -pero es todavía muy joven. Tú, mi pobre amigo, tienes ya mucha edad y tiemblo al dejaros solos en la vía en que yo os he hecho entrar. Sí -continuó haciendo un esfuerzo, -acaso hubiera hecho mejor dejándoos aquí. Pero, no sé por qué, creo que Juana encontrará la dicha en su

talento. En fin, sea lo que Dios quiera. Yo he hecho lo posible para satisfacerle. Toma...

Se levantó, cogió de su escritorio un rollo y se lo entregó a Joel.

-Toma. Esto es para el año próximo. Yo no viviré ya, pero quiero que tengáis delante de vosotros un año de tranquilidad.

Y añadió, viendo que Joel vacilaba en aceptar:

-No perjudico a nadie, amigo mío. Mis herederos son parientes lejanos que no necesitan mi modesta fortuna, Este es pues, un asunto arreglado. Vamos ahora, a otra cuestión.

Se incorporó con esfuerzo, como si lo que iba a decir le costara trabajo.

Y con voz débil murmuró:

-El padre de Plouhernó era primo mío. Hace apenas unos días que he descubierto el secreto de su nacimiento. Una carta que su padre me escribió en otro tiempo y que yo no recibí, la carta de un moribundo, me lo ha revelado todo. Lo que no pude hacer por el padre, me será permitido hacerlo por los hijos. Ana está en el convento y no me inquieta su porvenir. Pedro quiere, ser marino; que siga él también su vocación.

El señor de Kervés, se levantó otra vez penosamente de su butaca, fue hasta su mesa y entregó a Joel un pliego lacrado. Después dijo:

-Te confío el cuidado de entregar este sobre a Pedro, pero no lo harás hasta que haya cumplido veinticinco años, y solamente si su vida es la de un hombre de honor. Quiero que mi nombre sea llevado dignamente -añadió revelando así sus intenciones al anciano. -He entregado al notario un papel idéntico, en el que he añadido ciertas instrucciones respecto a Juan.

El moribundo pronunció estas frases rápidamente, como si temiera no poder acabar.

Y, después de decir las, su cara tomó un aspecto de serenidad y de confianza, mientras de su pecho surgía, un suspiro de descanso.

Un silencio profundo, apenas turbado por la débil respiración del Vizconde, sucedió a este diálogo conmovedor.

-Joel -dijo por fin el enfermo con voz tan alterada que el anciano se estremeció, -tú eres el único que cree en la gravedad del momento. Te lo ruego, vete, a buscar al sacerdote. Quiero verlo una vez más antes de morir.

Su acento era tan suplicante, que Joel, sin decir una palabra, tomó el sombrero y salió de la habitación. Todos, abajo, lo asaltaron con preguntas.

-Y bien, ¿cómo lo encuentra usted? ¿No es verdad que no está tan enfermo como él dice?

-Amigos míos -respondió gravemente el músico, -voy a buscar al cura. El señor de Kervés no saldrá del día.

A estas palabras siguió una consternación general. Nadie dudaba ya, y en pocos instantes se propagó la triste noticia, por aquella casa tan alegre minutos antes y ahora triste y desolada. Todos quisieron llamar de nuevo al médico, pero el Vizconde no lo permitió.

-No muero de enfermedad -dijo, -sino porque ha llegado mi hora. Nadie podrá oponerse a la voluntad de Dios. Estoy pronto.

No, había pasado una hora cuando volvió Joel acompañado del sacerdote.

El fin del hombre -virtuoso, dicen los libros santos, se parece al anochecer de un hermoso día.

Y nunca la comparación fue más exacta que en este caso. El Vizconde de Kervés había sido un hombre virtuoso. Sus setenta y cinco años fueron un hermoso día. Su anochecer tenía que ser sereno.

Para complacer a sus criados, que él había, convertido en sus amigos, consintió por fin en llamar al médico.

Corrieron, pues a Quimperlé y trajeron al doctor Pirce, un antiguo amigo que había conocido al Vizconde en la marina.

El enfermo lo acogió con una sonrisa que demostraba la sinceridad de su alma.

-Los socorros de usted son inútiles, amigo mío. La pericarditis ha acabado su obra. Voy a morir; no hay que hacerse ilusiones.

El médico hizo un gesto evasivo muy fácil de traducir, y, después de haber estrechado la mano del viejo marino, se retiró prometiendo volver.

Pero no debía verlo más. Como el enfermo lo había creído y sospechado Joel, el Vizconde no terminó el día.

Cuando conoció que el momento supremo había llegado y comprendió que no podía ya contar por horas ni por minutos, Kervés hizo acercar su sillón a la ventana abierta.

Aquella ventana daba a un campo verde y frondoso. Los prados y las laderas se inclinaban en dulce pendiente hacia el gracioso río Isole, que serpenteaba entre una alfombra de terciopelo y de esmeraldas. Era el principio de la primavera y las hojas conservaban aún esos frescos y tiernos matices que un sol más alto y más vertical hace pronto tomar tintes más sombríos. Al murmullo continuo de las hojas acompañaba el gorjeo de los pájaros y un vago susurro de invisibles élitros indicaba no interrumpidos impulsos de vida en las profundidades de la vega y. bajo la techumbre de las jóvenes arboledas.

Todo en la Naturaleza, era calma y reposo, y aquella paz de las cosas estaba llena de esperanzas sublimes y de consuelos inefables.

El hombre que había acabado sus días se absorbió en aquel espectáculo, queriendo, acaso, llevarse su imagen a las perspectivas del más allá.

Y, una vez más, volvió la cabeza y contempló las caras ansiosas que lo rodeaban.

-Todos nos volveremos a ver -dijo afectuosamente.

Y estrechando la mano de Joel, que estaba sentado en una silla a su lado, lo dijo con gravedad:

-No olvides nada de lo que te he recomendado ¿eh? De ello depende la dicha de todos.

-No lo olvidaré -respondió el músico, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

A eso de las cinco cuando el astro oblicuo empolvaba de oro las copas frondosas y tamizaba sus rayos a través de las ramas, el Vizconde de Kervés dejó la tierra para volar hacia la patria eterna.

Y una palabra misteriosa salió de sus labios como mística, lección al mundo que dejaba.

-¡No se muere!...

Sus ojos se cerraron y se quedaron inmóviles.

Un suspiro bastó para libertar su espíritu.

El drama se había consumado. Un justo acababa de dejar la tierra, mansión de pruebas y de lágrimas.

Joel permaneció mucho tiempo al lado del cuerpo, que había sido depositado en la cama después del supremo atavío de la muerte, y dolorosos pensamientos lo asaltaron, que traían a su mente crueles reminiscencias y abrían la llaga mal cicatrizada de su corazón.

Aquel hombre de bien que desaparecía era el último representante de una familia gloriosa. ¿Por qué ley singular del destino se había extinguido esa familia en dos hombres tan diferentes como el Vizconde y su primo, ambos procedentes del mismo origen?

El uno, aquel cuyo despojo mortal yacía allí, embellecido por la suprema majestad de la muerte, había sido el hombre por excelencia justo y bueno, con el corazón lleno de rectitud y las manos siempre abiertas para las angustias de sus hermanos, tratando de aliviar hasta las miserias que podían serle indiferentes y encontrando el medio, con una modesta fortuna, de producir la dicha alrededor de él.

El otro había dado rienda suelta a sus pasiones sin mirar si hería a su paso las afecciones más santas, y como una criatura funesta, había llevado con o1 la desesperación y la ruina.

Joel se inclinó ante el misterio de los impenetrables designios de Dios. Después besó las manos del cadáver y se arrodilló al lado de la cama.

-¡Duerme en paz, hombre santo! Has hecho más que repartir el bien: has borrado el mal.

III

LA LUCHA POR LA VIDA

Cuando Joel volvió a París no habían transcurrido más que cinco días desde su partida.

Juana había vivido sola y aquellos cinco días le habían parecido interminables. Nunca la joven había conocido la soledad absoluta, y al hacer la primera prueba, su alma se había aterrado al pensar que el hecho pudiera renovarse.

Por eso recibió a Joel con los más vivos transportes de alegría.

Pero enseguida vio el luto en su frente y dejó escapar un grito de angustia,.

-¡Oh! papá... Ya comprendo... el señor de Kervés ha muerto.

-Joel la atrajo a sus brazos, y, llorando, la estrechó contra su pecho.

-Sí, lo has adivinado, Juana mía. El señor de Kervés ha ido a recibir allá arriba su recompensa. Ya no veremos más a nuestro viejo amigo.

Y el anciano refirió a la joven los últimos momentos de aquel hombre honrado.

Juana lloró abundantemente. Aquella desgracia era continuación de las demás que había ya sufrido. Las separaciones continuaban; ¿cuándo se detendrían? ¡Ah! ¡Con qué razón la vida ha sido comparada a un viaje! Cada día trae consigo una nueva despedida.

Y de repente un gran calofrío se apoderó de ella. Juana Sin Nombre se puso muy pálida y sus ojos se fijaron en Joel con una expresión de terror indefinible. Un pensamiento horroroso acababa de pasar por su mente y la había petrificado.

¡También él era viejo y estaba próximo a la muerte! ¿Sería también preciso despedirse de él muy pronto? La imaginación de la joven había sido herida de pronto por las imágenes de duelo y por los recuerdos del gran dolor sufrido allá, en la cabaña del bosque. Juana

veía a Joel extendido en su cama, como había visto a Plouhernó. Puesto que éste había muerto siendo mucho más joven, ¡cuánto más amenazador era el peligro para su viejo amigo!

El músico leyó esa terrible pregunta en los ojos dilatados de Juana.

-Estás pensando en mí, Juana querida, y te estás diciendo: «Mi papá Joel es también muy viejo. Tiene el pelo blanco y su hora de desaparecer está muy próxima» ¿Verdad que piensas eso?

-Sí -dijo la joven, -eso pienso. Pero no quiero pensarlo.

-Nada importa que lo pienses, hija mía, aunque la desgracia viene sola, sin que la llamemos. Pero tengo la idea de que Dios no me llame todavía. Tú tienes necesidad de mí y yo no tengo aún setenta años. Ya ves que es preciso que viva para verte grande y al cabo de tu carrera.

Y añadió con sonrisa más triste todavía.

-Con tanto más motivo, que te faltan todavía de estudios y no tenemos para hacerle frente más que los recursos de un solo año que el señor de Kervés nos ha regalado. Pero cuando se acabó el rollo -y enseñó la donación del muerto querido -tendremos que trabajar para bastarnos a nosotros mismos.

Juana, que había dominado sus negros pensamientos, se abrazó al cuello del anciano.

-Y bien, papá, trabajaremos exclamó con la espontaneidad y el candor de sus pocos años.

Pero, llena de respetuosa ternura, rectificó enseguida:

-¡Trabajaré!

El corazón del anciano latía con violencia.

Aquel rasgo de abnegación lo había conmovido hasta hacerle llorar.

-No - dijo con voz temblorosa, - no tendrás que trabajar, hija mía. El único trabajo que debes hacer es para el porvenir. Tienes que conquistar tu primer premio de violín.

Entonces la interrogó sobre su modo de pasar el tiempo durante aquellos cinco días.

Juana le respondió candorosamente. Sus costumbres no habían cambiado en nada. Había continuado levantándose muy de mañana, haciéndose el café o el chocolate del desayuno y arreglando la casa. Y después de dar las siete en el viejo reloj de cuadro enviado por Ana al entrar en el convento, había tornado, como siempre, el camino del Conservatorio.

-¿Quién te acompañaba?

-Me parece, papá, que soy bastante grande para ir sola.

Joel la miró. Era verdad que era bastante grande. Lo era hasta demasiado, de tal modo estaba desarrollada para su edad.

Y la frente, de Joel se ensombreció y sus ojos se oscurecieron al pensar en la multitud de malos sujetos que pueblan las calles y que tan fácilmente pueden decir alguna insolencia a una joven sola que va modestamente a su trabajo.

-Con todo -dijo, -no está bien que salgas así, sin nadie.

-Pero si he ido acompañada... ¿Olvidás a Plutón, papá?

Sí, Joel había olvidado a Plutón, pero Plutón no lo había olvidado a él.

El valiente perro lo había acogido a su vuelta con los mayores transportes de alegría, pero el anciano volvía tan preocupado por su dolor que no había respondido a las caricias del noble animal.

Ahora sí, se acordaba de él al verlo allí sentado a sus pies, fijando en él sus ojos brillantes, llenos de inteligencia y alargando sobre sus rodillas el hocico blanco y manchas negras, con tal cariño, que el anciano le abrió los brazos como a Juana.

Plutón no se hizo de rogar para arrojarse en ellos. Y mientras Juana, ya tranquila, se reía a carcajadas, el viejo pasaba mil trabajos para moderar los ímpetus afectuosos del animal al verse tratado como él deseaba.

-¡Poco a poco, mi buen Plutón, mi buen perro! Me vas a tirar al suelo con butaca y todo.

Pero el perro se hacía cada vez más atrevido y Juana reía más fuerte, hasta el punto de que su hilaridad acabó por contagiarse al músico.

-¿Sabes que eres tan grande como un oso y que no tienes ya la edad en que te subías en lo rodillas?

¡Oh! ciertamente, aquellos tres compañeros que el azar había hecho encontrarse años antes en la playa de Kernevenás, se querían bien. No se habían separado desde entonces sino durante breves espacios de tiempo y los tres habían siempre sufrido por esas separaciones momentáneas, pero nunca, más cruelmente, que en aquellos días.

-¿Ves, pequeña? -dijo sonriendo Joel; -todo esto quiere decir que no debemos ya vivir los unos sin los otros.

-¡Oh! no papá -respondió Juana colgándose del pecho del anciano.

Plutón participó, sin duda, de aquel buen pensamiento, pues hizo oír como un gemido e introdujo su gruesa cabeza en el abrazo de los dos amigos, lamiendo alternativamente la barba blanca de Joel y las sonrosadas mejillas de Juana.

Los tres se cumplieron la palabra y nunca ya se les vio separados en sus excursiones por las calles de París.

El año se les hizo un poco largo pero muy corto, en cambio, en cuanto a sus recursos para el porvenir.

Pasaron las vacaciones en su pequeño alojamiento de París. Hacía tres años que Juana no había visto la Bretaña y su corazón se oprimía al recuerdo de los humildes goces del bosque y de los días, ya lejanos, de su infancia. Como era piadosa, recordaba con lágrimas esta frase profundamente terrible del Evangelio:

-«Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas» Alimentaba, sin embargo, la esperanza de volver a ver su país, y su mente estaba llena de benditas ilusiones. Necesitaban tan poco para vivir, que aun encontrarían medio de economizar lo necesario para una estancia de dos meses en Quimperlé.

Otras veces se afligía y el candor de su confianza era turbado por amargos pensamientos.

¿Para qué ese viaje? ¿Qué tenían que hacer en su tierra? No encontrarían en ella a nadie...

Un día llegó una carta de Ana con la gran noticia. Después de tres años de noviciado, la hija de Plouhernó había tomado el velo. Ana seguía queriendo a los suyos y a través de las descripciones que hacía a Juana de la felicidad del claustro, se veía el deseo de atraer a él a su hermana.

«Tú, que tienes tanto talento le decía, qué mérito sería el tuyo al consagrarte al Redentor de nuestras almas...»

Pero la piadosa joven se refrenaba enseguida, viendo que su consejo suponía cierto egoísmo recordaba a Juana todo el cariño y todo el respeto que debía a su padre Joel.

Aquella carta causó a Juana mucho placer

Ana había entrado en el convento con el pesar de no ser más que conversa pues su instrucción era insuficiente y hubiera necesitado una dote para compensarla. Pero esa contrariedad ya no existía. El notario de Baye había ido a ver a la superiora y la había entregado por legado del señor de Kervés, los seiscientos pesos necesarios para completar la instrucción religiosa de Ana.

De vez en cuando el correo traía también de Juan, bien de Juan, bien de Pedro.

El primero se había hecho almadreñero, como su padre, a fin de no perder su independencia emprendiendo otra vía, y aunque no tenía más que dieciséis años, suspiraba ya, pensando en el servicio militar, que lo alejaría durante cinco años de su querido bosque.

El segundo llegaba al término de sus estudios, y dentro de un año iba a sufrir el examen necesario para entrar en el *Borda*.

Pero en las cartas de este bravo muchacho se transparentaban las lágrimas.

Pedro no decía las causas o las dejaba sólo adivinar con palabras embozadas. Pero la causa era visible: la vida de privaciones y de tra-

bajo asiduo a que se había obligado para llegar a su noble fin, y el miedo de no lograrlo por falta de ese elemento de dicha, el dinero, que algunos privilegiados disfrutaban a manos llenas, pero que falta a la mayor parte de los humanos, o no les llega sino a costa de los más penosos esfuerzos.

Juana estaba ya bastante madura por la experiencia para darse cuenta de esas reticencias crueles.

Adivinaba lo que el joven trataba de ocultarle y su corazón se llenaba de pena. Mil proyectos surgían entonces en su mente y la joven hubiera querido estar ya en pleno trabajo, a fin de poder ayudar a los suyos, y ahorrarles las angustias ordinarias de la vida.

¡Ay! La pobre niña se iba a ver pronto reducida a no pensar más que en sí misma.

Su último año de estudios fue fecundo en resultados, desde el punto de vista musical, pero lo fue más en apuros de todo género, pues el rollo del señor de Kervés, a pesar de la parsimonia con que se hizo uso de él, no tardó en agotarse, y desde entonces no hubo que contar más que con ellos mismos.

Joel estuvo a la altura de las circunstancias. Había previsto las dificultades mucho tiempo antes y las afrontó valerosamente.

Hacía cuatro años que vivía en París y se había habituado poco a poco a todos los detalles de ese medio en el que los artistas se mueven cada vez más penosamente, a medida que la industria material multiplica lo que ha convenido, y aumenta el bienestar en beneficio solamente de algunos privilegiados.

Para los demás, para las masas, ese bienestar es tan sólo apariencia.

-Pero el ser de verdadera sensibilidad y de delicada inteligencia no logra ya ser útil asimismo en el seno de la mediocridad que lo invade. ¿Quién sabe distinguir el mérito y la originalidad, en la innumerable multitud de los semitalentos?

Joel había visto claro en esas crueles evidencias. Desde que conoció al maestro Delsalle y, sobre todo, desde que el contacto con las

lecciones de Juana le había, hecho adquirir el perfeccionamiento que hasta entonces le había faltado, el viejo músico se había hecho un buen violinista. Sin imponer silencio a la, voz de su conciencia que le afirmaba el propio gen había comprendido que a su edad y en su abandono, el genio no le serviría de nada, y que para vivir era preciso hacerse indispensable a sus contemporáneos, aunque fuera sirviéndoles lo superfluo de la satisfacción que, para las inteligencias estrechas, va delante de lo necesario.

Joel no tenía más que una puerta abierta: la de Delsalle. Y corrió a ella.

Hasta entonces su orgullo de bretón le había impedido decírselo todo al gran artista, el cual, sin creerlos ricos, suponía que los dos amigos contaban con recursos. Jamás se le hubiera ocurrido que estuviesen tan próximos a la desnudez.

Delsalle, pues, acogió a Joel con la misma sonrisa de bienvenida, que le había hecho al principio tan agradable.

-Viene usted a ver cómo va su ópera ¿verdad? -preguntó al anciano.

Joel era malo para pedigüeño, y, sorprendido por la pregunta, no se atrevió a formular más petición.

-Sí, señor Delsalle -respondió con buen humor. -Supongo que la tendrá usted muy adelantada.

-¡Hum! No gran cosa... Pero tengo algunos buenos trozos, que voy a utilizar para el libreto que me está preparando mi amigo Duga-ge. Y, oiga usted, puesto que está usted ahí, va a tocarlo y yo le acompañaré al armonio. ¿Convenido?

Era esta una fórmula amable y sonriente a la que no era posible negarse.

Joel tomó uno de los violines del gran artista y durante dos horas, arrebatados por la fuerza de la inspiración, los dos hombres se entregaron a los goces de la armonía.

Pero cuando la música dio fin, el pobre bretón se vio obligado a decir el objeto de su visita.

Y lo hizo en términos tan torpes y tan poco apropiados a la gran necesidad que tenía de ser ayudado, que, Delsalle, no se preocupó gran cosa.

El maestro le dio la respuesta que dan todas las personas de buena sociedad, sin perjuicio de olvidar inmediatamente sus promesas.

-Ciertamente, querido amigo, con mucho gusto. Si alguien se dirige a mí para, cualquier cosa, puede creer que pensaré en usted el primero... A propósito, ¿tengo las señas de su casa?

¡Las señas! Las tenía hace cuatro años, pero hay circunstancias que imponen casi invariablemente el empleo de las mismas frases hechas. Seguramente, si se presentaba alguna oportunidad, Delsalle, que era servicial por naturaleza, no dejaría de pensar en su protegido. En esto no cabía duda.

Pero mientras esa oportunidad se presentase, Delsalle no pensaría más en tal cosa.

Joel volvió a irse tristemente a casa, y no dejó en todo el camino de dirigirse reproches.

El tenía la culpa. No había sabido hablar, exponer su situación, hacer comprender a aquel hombre dichoso que podía haber otros que no lo fuesen y que sería para él un mérito de caridad, el dejar caer en manos pobres y laboriosas algunas migajas de la mesa, que el destino le había servido tan copiosamente.

Porque el tal Delsalle era un hombre rico. Independientemente de su real talento, había tenido una suerte excepcional y merecida.

Pero su felicidad no era completa. Delsalle era más violinista que compositor, y aspiraba por eso mismo a convertirse en un músico universal, en un creador. Para ello había soñado con hacer él también su ópera.

Y por de pronto, como no se presta más que a los ricos, Joel le había prestado más de cien motivos bretones, dulces o conmovedores.

A un peso cada uno, Joel hubiera debido cobrar unos doscientos pesos por este concepto, pero nunca se le había ocurrido sacar beneficio alguno de tal detalle.

El pobre, pues, se marchaba con la cabeza baja por las calles que conducían a su casa, pensando en la hora, muy próxima, en que habría que luchar, no por la gloria, como el ilustre maestro Delsalle, sino por la vida, es decir, por el pan.

Aquella noche, Juana encontró a su padre pesado y fatigoso.

Y los sueños que tuvo la joven fueron espantosas pesadillas en las que se veía luchando con unos monstruos desconocidos que querían matar a Joel, a Plutón y a ella.

IV JOEL ENCUENTRA UN RECURSO

Había ante todo que asegurar la existencia de cada día. El viejo músico de Quimperlé había penetrado la vida contemporánea de París mejor de lo que se hubiera podido esperar de un hombre llegado tan viejo a la capital.

Joel suspiraba pensando en las buenas sumas que hubieran podido producirle algunas lecciones bien retribuidas. Pero como no tenía ninguna presunción, se daba cuenta de su inferioridad en este punto, pues sólo había empezado a conocer la teoría de su arte al reflejo de las lecciones que veía estudiará Juana. En la actualidad, siendo un excelente ejecutante, tenía el saber musical de un buen alumno de tercer año. Pero le faltaba, y veía que habría de faltarle siempre, esa rutina de las fórmulas, esa rapidez de manipulación, por decirlo así, mecánica, que permite a tantos jóvenes vencer las primeras dificultades y sobresalir en los procedimientos generales del dictado y del transporte. Todas estas cosas, superfluas para un aficionado, son indispensables para el que quiere dar lecciones, y el nivel de la cultura musical de nuestra época hace a los examinadores más 4iflniñaciles y a las familias más exigentes.

Sin embargo, la buena voluntad del anciano fue favorecida y se presentó una ocasión.

Una mañana la portera llamó directamente en la puerta de Joel.

La buena mujer sabía que el músico estaba solo.

Pero cuando Joel abrió la puerta, la portera se adelantó vacilando y como si estuviese intimidada.

-¿En qué puedo servir a usted, amiga mía? -preguntó Joel amablemente a fin de animarla.

-Señor le Mat, quisiera hablar a usted de una cosa... Pero no sé si usted querrá... Es muy fastidioso de decir...

-Siéntese usted ante todo, hija mía -dijo Joel ofreciéndole una silla. -Bueno. Ahora, hable usted. Porque si es fastidioso para usted, figúrese lo que será para mí. ¿Cómo quiere usted que le responda si no sé una palabra de lo que se trata?

La portera se echó a reír y, sin embargo, siguió dudando y repitiendo que no sabía cómo empezar.

Por último superó la dificultad, y como sucede siempre en tales casos, desembuchó su historia de un solo aliento.

¿Qué tenía que decir? Era muy sencillo. En la casa de enfrente, en el piso bajo, había una tiendecilla de encuadernador, apreciable industrial que había descubierto en sí mismo una hermosa voz. No sabía una palabra de música, pero quería aprender a cantar. El bueno del encuadernador no era rico y sólo podía dedicar a las lecciones unos tres pesos al mes.

Joel dio las gracias con efusión a la portera. Aquella lección de tres pesos al mes le parecía el comienzo de una fortuna. Con diez como aquella, tendría asegurada la vida y hasta se juzgaría rico.

Al día siguiente empezó. El discípulo no sabía ni jota de lo que emprendía. Para él las notas del pentagrama eran unas pipas colgadas de los alambres del telégrafo. Y Joel pasó una semana en hacer entrar aquellas nociones generales en la cabeza del discípulo.

Pero el bueno del encuadernador tenía una voluntad de hierro que no cedía en nada a la obstinación legendaria de los bretones.

A los quince días cantaba las notas con acompañamiento de violín, y cuando Juana estaba presente ayudaba de buena gana al viejo maestro.

Joel había tenido razón al augurar bien de aquel comienzo. Poco después, una frutera del barrio trajo al violinista su hija, de unos diez años, y pagó dos pesos al mes por dos lecciones a la semana.

Esto hacía, ascender a cinco pesos la ganancia mensual del anciano.

Y al cabo de un mes, cinco lecciones, dadas a derecha e izquierda, le producían quince pesos.

Aquello era, seguramente, mejor que nada, pero estaba lejos de bastar para vivir.

Sumando esos, recursos con las últimas monedas del señor de Kervés, nuestros amigos pudieron ir tirando hasta diciembre.

Pero el invierno surgió entonces con todo su rigor y el frío dio en reinar con un furor inusitado.

Los dos artistas tiritaban en su pobre casita, y para evitar el frío se acostaban al anochecer.

Se habían acabado las conversaciones de la velada y los dúos que Joel y Juana tocaban para distraerse. El viento helado soplaba con crueldad por todas partes y penetraba sin piedad por las juntas de las ventanas y de la fría chimenea sin lumbre.

Y si era difícil preservarse del frío en casa, mucho más lo era en la calle.

Ni Joel ni Juana, tenían la ropa indispensable. El anciano no había conocido hasta entonces más que los inviernos lluviosos, pero templados, de Bretaña, y los primeros años de su estancia en París habían sido clementes en ese concepto.

Pero entonces la temperatura, verdaderamente espantosa, llegaba a ser de dieciséis a dieciocho grados bajo cero. Joel se ponía una capota, vieja traída de Quimperlé, una especie de *carrick* de dos esclavinas, con el que parecía un cochero de plaza o un pastor de las Landas. Pero aquel abrigo, por miserable que fuera y a pesar de revelar su miseria por numerosos remiendos y zurcidos, hacía, mal o bien, su efecto.

Desgraciadamente, Juana no estaba tan bien provista y no tenía para salir más que el pobre cuerpecito negro y la tenue manteleta con que hacía en todo tiempo el corto trayecto desde la calle de Hauteville hasta el Conservatorio. La infeliz sufría, visiblemente con el frío.

Pero aquella niña expósita, aquella pequeña Moisés, como le llamaba algunas veces Joel en los momentos de buen humor, era de una naturaleza intrépida y no dejaba ver su sufrimiento. Su linda risa llenaba la casa con sus ecos hasta cuando temblaba de frío, y Juana

era, la primera en burlarse de sí misma con imágenes y metáforas inesperadas.

-¡Calla! Tengo la garganta rajada. Suena, como un puchero roto...

En el Conservatorio veía a muchas condiscípulas llegar en coche, con la garganta envuelta en pieles de gran precio.

Eran las alumnas de canto y las futuras reinas de la tragedia y de la comedia, que estaban ya descontando sus éxitos teatrales. Y aunque Juana Sin Nombre podía rivalizar con ellas en atractivos físicos, las mantenía a distancia, advertida por un secreto instinto de que no había contacto posible entre aquellas ambiciones y su modestia, entre aquellos millones en perspectiva y su efectiva miseria, entre aquellas vergüenzas clandestinas y su intransigente honradez.

Entre sus compañeras, las modestas instrumentistas, había una, Magdalena Bernal, que poseía, la totalidad de su corazón y recibía de ella algunas confidencias.

Era una muchachona de quince años, uno más que Juana, muy guapa, viva y morena, y cuyos padres estaban bastante bien.

Apasionada por todas las formas del arte, Magdalena era, de esas mujeres que se entregan por completo al ideal que las ha encantado y que son desgraciadas toda su vida si el ser escogido no responde a sus ensueños, pero susceptibles de las más nobles abnegaciones y de los más sublimes sacrificios. La dulzura de Juana Sin Nombre, que contrastaba con su naturaleza ardiente, la atrajo hasta subyugarla, y los lazos de su amistad se estrecharon hasta el punto de hacerlas amigas inseparables.

El 31 de diciembre, por la noche, uno de los coches del *Bon Marché* se detuvo en el número 89 de la calle de Hauteville y dejó una caja voluminosa que la portera se apresuró a subir al piso quinto. Juana la abrió y encontró una carta escrita en elegante papel perfumado y que decía:

«Mi querida Juana: Permíteme que te ofrezca, con mis economías, un pequeño regalo que creo de acuerdo con tu gusto. Nosotras

somos dos «muchachas serias» como dicen en la clase; así, pues, mi regalo es serio. Sin embargo, si no te conviene, no tienes más que darme, pues me será muy fácil cambiarlo por otro que tú prefieras»

La carta estaba firmada *Magdalena Bernal*, pero Juana no necesitó leer la firma para saber de quién venía. La misiva terminaba con una posdata de encantadora delicadeza:

«Por muy serias que seamos, estamos obligadas a hacer lo que todo el mundo y a conformarnos con la costumbre de comer bombones en el día primero de año. Te envío, pues, una de las dos cajas que me han regalado, y te mando ¿entiendes? que te los comas en honor mío y que ofrezcas respetuosamente unos cuantos al señor le Mat»

Los ojos de Juana se llenaron de lágrimas. Enseguida abrió el paquete y encontró, además de la caja de bombones, un delicioso abrigo de buen paño azul adornado de astracán y una toca apropiada al abrigo. La prenda parecía hecha a la medida, de tal modo tenía el largo necesario y dibujaba bien el talle de la joven, muy alta para sus catorce años.

Para dar gusto a Joel, Juana se puso en el acto ese atavío y el viejo la contempló en silencio mucho tiempo con los ojos húmedos.

-¿Lloras, papá? -dijo la joven corriendo hacia él con los brazos abiertos.

Joel respondió melancólicamente:

-¡Oh! Pero no es de tristeza, hija mía. Estoy pensando en que tu verdadera familia debe de ser de una condición muy superior a la mía. Si un día la encuentras ¿seguirás acordándote de mí?

-Papá -exclamó la joven con voz llena de lágrimas, -no está bien eso que dices...

Joel comprendió que había hecho mal, y atrayendo hacia sí a la niña, le dio un beso en la frente.

-Tienes razón, hija mía. He hecho mal en decir eso. Nunca he conocido criatura mejor ni más noble que tú. Pero hay que perdonarme, porque cuando te veo sufrir, mi corazón se desgarró y me parece que soy yo la causa involuntaria de tu miseria.

Juana protestó con efusión contra aquellos pensamientos crueles y contra la injusticia del anciano para consigo mismo. Y para hacerle olvidar aquella impresión penosa, decidió por sí misma hacer aquel día una locura.

-Todos los días -dijo, -no son el primero del año. Uno va a terminar; esperemos el nacimiento del otro.

-Dios quiera que sea más feliz para ti, hija mía querida -murmuró el anciano.

Juana, entonces, corrió al cajón de la leña, tomó unos cuantos pedazos, que hubieran bastado para el gasto de tres días fríos, y los encendió resueltamente. La chimenea se iluminó con viva llama, como un dichoso presagio para el porvenir. Y alumbrados por esa alegre claridad, los dos desterrados oyeron sonar las doce campanadas de la media noche que anunciaban el Año Nuevo.

¡Ay! Al día siguiente la realidad recobró sus derechos y la miseria volvió a tomar su imperio.

Una de las lecciones que daba Joel, la de la frutera, se acabó. La buena mujer no podía pagar los dos pesos al mes.

Pero entonces se produjo una pequeña compensación.

A poca distancia, en las inmediaciones de la estación del Norte, había un baile de gaita, sostenido por unos auvernianos. Una noche, venía Joel de un concierto de amigos al que le había llevado Delsalle, en el extremo del *faubourg Saint-Martin*, y pasó por el baile, en el que las parejas se movían con tal ardor que, a pesar del frío, habían tenido que dejar la puerta abierta.

Uno de los bailarines, que había salido al umbral a fumar la pipa, vio al viejo músico que pasaba con su violín debajo del brazo.

-¡Eh! Buen hombre -gritó con esa buena familiaridad de los hombres del pueblo; -no vendría mal que entrase usted.

Joel se volvió y sin falsa vergüenza entró en la taberna, donde su aparición fue saludada con frenéticos bravos. Desde las primeras notas quedó conquistada la multitud y el baile se prolongó hasta las dos de la madrugada.

Joel fue contratado para todos los domingos a razón de sesenta centavos cada baile.

Aquello fue una compensación eficaz de la lección perdida, puesto que en cuatro domingos el músico ganaba dos pesos y veinte centavos.

El pueblo, en Francia, tiene el sentido artístico muy desarrollado, y, la buena gente que bailaba allí, observó desde luego que tenían que habérselas con un maestro Joel fue, pues, tratado con el más profundo respeto y su reputación tomó increíbles proporciones. Un tabernero de la Bastilla, amigo del de le, estación del Norte, solicitó humildemente de Joel que fuese a tocar en su casa todos los jueves, mediante un peso la sesión.

De este modo el violinista llegó a reunir más de veinte pesos al mes.

El invierno no solamente fue riguroso, sino largo, y los fríos se prolongaron hasta marzo.

Por fin apareció la primavera y después el verano, sin que cambiase en nada la vida de nuestros amigos. Estos años, por otra parte, estuvieron tan bien ocupados por el trabajo, que los días pasaron rápidamente hasta el momento en que Juana debía poner el sello a sus esfuerzos. Sus estudios habían durado cerca de cinco años y era preciso ahora que ganase su primer premio para poder mirar de frente la existencia que se abría delante de ella.

La juventud tiene en reserva una invencible confianza en el porvenir. El trabajo no es duro más que para los viejos, privados de esperanza, y para los cuales el descanso es la tumba. Los Setenta y cinco años de Joel sufrieron, pues, mucho más que las catorce primaveras de Juana Sin Nombre.

V**MOMENTOS DE RESPIRO**

Después de un año de trabajo, aumentado por la miseria, Juana obtuvo por fin el primer premio de violín y desde aquel día se pudo predecir el éxito que su talento incomparable y su belleza naciente le preparaban. Seducido desde luego por la gracia de su persona, el auditorio le hizo una verdadera ovación cuando terminó la pieza de concurso, y ese entusiasmo rayó en el delirio cuando la joven, sonrojada por la emoción pero con la sonrisa en los labios, fue a buscar su recompensa.

Con la pobre suma que le produjo el premio, Joel y Juana decidieron ir a hacer una visita, al país querido de sus corazones. La joven necesitaba, para reponerse, el aire vivificador de la Bretaña y le vendrían bien dos meses de descanso después del exceso de estudio provocado por los exámenes. Joel era feliz ante esa idea, que le hacía olvidar los pasados trabajos.

En una hermosa noche de julio, tomaron el tren y por la mañana se encontraron en Quimperlé, que pareció a Juana más encantadora que nunca y más pequeña que de costumbre, de tal modo sus ojos se habían acostumbrado a los vastos esplendores de la capital. Nuestros viajeros no hicieron más que atravesar la población para ir a la modesta cabaña de Juan que éste había puesto a su disposición. El muchacho, retenido en una alquería próxima, no había podido ir a esperarlos ni instalarlos en su casa, lo que fue la primera decepción para los recién llegados, pero encontraron en la cabaña una carta anunciándoles su próxima vuelta, aunque sin fijar el día. No tuvieron, pues, más remedio que esperar.

Pero si no podían ver a Juan, les era permitido hacer una visita a Ana, la cual, no obligada ya a los rigores del noviciado, estaba entusiasmada con la idea de abrazar al bueno de Joel y a la joven, a quien quería como a una hermana. El día tan esperado llegó al fin, y el viejo intimidado y la joven conmovida, se presentaron en la verja del con-

vento a pedir una audiencia de la madre María Juana. La monja que los recibió, los introdujo en un pequeño locutorio muy limpio, muy sencillo y, sobre todo, muy íntimo.

Apenas habían pasado unos minutos, cuando se oyeron unos pasos ligeros, y Joel y Juana, con el corazón palpitante, vieron abrirse la puerta y aparecer en el umbral una figura de dulzura celestial. Ana, más linda con el severo hábito negro de religiosa que, con el bonito traje bretón, se acercó a ellos con ese modo de andar tranquilo que da la práctica constante de los ejercicios religiosos.

Después de estrechar la mano al violinista, Ana abrió los brazos y recibió a Juana sobre su corazón. Su abrazo fue estrecho y ambas hermanas, separadas por el torbellino de la vida, estaban tan conmovidas que no podían hablar.

Después las preguntas se agolparon a los labios de la monja, que quería saberlo todo: los estudios de la niña y los amigos que tenía en la capital. Cuando estuvo un poco satisfecha, Ana les explicó a su vez la regla del convento. Su vida era de oración y de sacrificio, como siempre la había deseado. Y después, con voz temblorosa y como si sintiera cierta aprensión, preguntó:

-¿Y Juan? ¿Cómo le habéis encontrado? Hace algunas semanas que no viene a verme y ya empezaba a estar inquieta.

-¿Juan? -respondió tristemente la joven. No lo hemos visto todavía. Está trabajando, pero nos anuncia su vuelta para dentro de unos días.

Aquellas palabras parecieron entristecerá la madre María Juana, que, sin embargo, no insistió en ese asunto. Y como el silencio se hacía penoso, Joel se levantó para dar la señal de la partida y Juana lo imitó. Entonces Ana salió de un sueño doloroso que había arrojado una sombra en su angelical fisonomía. Ofreció la mano al violinista y abrazó de nuevo a la joven, a la que dijo al oído:

-Adiós, hija mía. Espero que tu presencia hará bien a mi pobre Juan.

Y sin responder a la mirada de asombro de la joven, los acompañó hasta la salida y desapareció detrás de la pesada puerta de roble.

Joel no había observado aquel aparte y caminaba tranquilamente, haciendo reflexiones a las que, Juana apenas respondía. ¿En qué podía hacer bien a Juan si no era desde el punto de vista moral? ¿Tanto había cambiado entonces? Sus cartas lo mostraban como un excelente trabajador. Poco a poco, Juana llegó a pensar que acaso Ana había exagerado y se tranquilizó. Juan no podía menos de ser el buen muchacho de siempre.

Pasaron muchos días sin tener noticias del ausente. Joel lo extrañó y Juana volvió a sus sospechas. Por fin, una noche vieron entrar en la cabaña a un joven campesino que les anunció la llegada de Juan para el día siguiente, lo que fue una gran alegría para la huérfana, la cual conoció en los latidos de su corazón y en el contento de su alma que no podía menos de encontrar a su hermano tan franco y leal como lo había dejado.

El sol, al despuntar por la mañana, la encontró despierta. La joven hizo rápidamente su atavío y peinó su soberbio cabello rubio que, por un instinto de coquetería, dejó flotar sobre la espalda en dos magníficas trenzas. Enseguida salió calladito, para no despertar a Joel, y una vez fuera, embriagada por el aire libre del bosque y bañada en luz, volvió a ser la niña libre y vagabunda que tantas veces había recorrido aquellos senderos en locas carreras. Como en otro tiempo cuando salía al encuentro de su hermano, se metió resueltamente por una estrecha vereda que ellos conocían. Su oído, muy perspicaz, le permitió pronto percibir un silbido familiar. No cabía duda: Juan estaba cerca. Juana iba a echar a correr a su encuentro cuando sonó un tiro que la hizo estremecerse violentamente. Al mismo tiempo una voz ruda se elevó casi a su lado.

-¡Ah! buen mozo, te he atrapado y esta vez no te escapas -decía Hubert el guardabosque, a quien Juana conoció enseguida. -Hace muchos días que te acecho, pero no he perdido el tiempo.

-Hace muchos días -respondió una voz joven y vibrante, que lo encuentro a usted en mi camino, señor Hubert, y que me está usted estorbando. ¿Comprendido?...

Los dos interlocutores se habían aproximado.

Juana veía con miedo al guardabosque, un hombre de cincuenta años, con la cara congestionada por la cólera y respirando por toda su persona la fuerza brutal. Enfrente de él se adelantaba, con la escopeta en la mano, un joven maravillosamente desarrollado, fisonomía fina y altanera pero de una palidez intensa, los labios apretados y los ojos brillantes de desafío.

La joven comprendió lo que pasaba. Juan era cazador furtivo y los temores de Ana eran justos.

Mientras Juana, temblando, no sabía si dejarse ver o seguir oculta, Hubert continuó:

-¿Amenazas, eh? No agraves mucho tu acento, Juan. Y si quieres creermé, vente conmigo por la buena, porque estás preso...

Juana vio entonces que su hermano retrocedía mientras su mano oprimía fuertemente la escopeta, y temiendo un acto de violencia, no se pudo contener y apareció ante los dos hombres.

Hubert, sorprendido, no conoció a la niña a quien había visto jugar por el bosque, y Juan, maravillado, no se atrevía a creer que aquella encantadora criatura fuese su hermana. El muchacho inició un saludo embarazado, devorando con los ojos aquella linda cara, animada por la emoción, y aquel cabello rubio medio desatado por la carrera y en el que los árboles habían arrojado constelaciones de perlas en forma de gotas de rocío. Pero Juana, sin hacer caso del efecto que producía, aunque ligeramente halagada en el fondo, se arrojó al cuello de Juan y le dijo muy bajo:

-¿No me conoces, Juan? Soy yo, Juana, y siento mucho encontrarte así.

El joven la estrechó en sus brazos, y tan avergonzado ahora como provocador hacía un momento, no se atrevía a mirarla y se con-

tentaba con besar dulcemente los ricillos húmedos que coronaban la frente de la huérfana.

Hubert trató con cierto embarazo de recordarles la situación. Era el guarda un buen hombre, aunque un poco violento, y ya sentía haber sorprendido al culpable.

-Todo eso está bien, muchachos -dijo, -pero Juan me pertenece. No tenía más que no haberse metido en un lío semejante. Sin contar -añadió, -que podías haber herido a tu hermana, que estaba delante de ti.

Juana sintió que su hermano se estremecía de cólera al principio de la frase y que después se encogía de hombros cuando el guarda puso en duda su puntería. El joven iba sin duda a replicar, pero Juana con su instinto femenino, comprendió que el guarda se había calmado, y para no dejar que Juan echase a perder las cosas, le puso vivamente la mano en la boca, dejó ver una adorable sonrisa, y con ojos suplicantes, y voz temblorosa, dijo:

-¡Oh! señor Hubert, no va usted, a quitarme a mi hermano en el instante en que yo lo encuentro. ¿Sabe usted que hace mucho tiempo que no lo veo?

-¡Diablo! Señorita Juana, siento contrariar a usted, pero la consigna es la consigna, y Juan sabe bien que está prohibido cazar.

-¿Y si yo le prometo a usted que no lo volverá a hacer? ¿No me creará usted?

-El guarda no pudo menos de sonreír ante aquel candor infantil.

-No necesito esa promesa, señorita. Ya sé yo que después de pasar unos días en la cárcel no le quedarán ganas de volver a las andadas.

Juana tembló al oír esta frase, pues vio a Juan palidecer, signo en él de una fría cólera. Entonces, conociendo la obstinación bretona, cambió de táctica.

-Oiga usted, señor Hubert, ya sé que es usted demasiado bueno para darme un disgusto tan grande. Y, además -añadió sonriendo de nuevo, -es preciso que yo no esté triste para la boda de su hijo de us-

ted, porque haría llorar a todo el mundo, cuando me propongo tocar para que bailen.

Hubert estaba vencido. ¿Cómo resistir a una joven que iba a prestarle tal servicio? El guarda no era rico, y, además, nunca un organillo podría igualar a la soberbia música que Juana le prometía.

-Bueno -dijo con acento conciliador; -pase todavía esta vez, pero cuidado con la primera. Por fortuna -murmuró como hablando solo, -no he visto caer ninguna pieza, y así no tengo nada de qué acusarme.

Juana le dio las gracias calurosamente, y apoyándose en el brazo de su hermano, se lo llevó en dirección de la cabaña, un poco mortificado, pero reconocido a su hermana, que lo había salvado de la deshonra.

Los dos jóvenes echaron a andar juntos y al verlos a los dos, a él alto, fuerte, elegante y representando más edad de la que tenía, y a ella esbelta y graciosa, envuelta en las ondulaciones de sus cabellos de oro, jamás se los hubiera tomado por el hijo de un almadreñero y una niña expósita.

Juan iba reflexionando sobre lo que acababa de sucederle, en el peligro que había corrido y en el crimen que había estado a punto de cometer, y en su alma germinaba dulcemente una gran resolución. Y Juana, al verlo tan guapo y tan bueno, pues era evidente que su naturaleza generosa dominaba en él, asociaba la imagen de su hermano a otra imagen querida, la de Magdalena, su amiga del alma, y sonreía al pensar en esa pareja admirable.

Pero este sueño dio fin y la realidad apareció.

Juana, bruscamente desanimada, vio el abismo que separaba al humilde campesino de la joven aficionada a todas las finuras y a todas las distinciones. No, Juan no podría ser el hombre que Magdalena habría acaso idealizado en su ardiente imaginación. Y en aquel momento, Juana se propuso transformar a su hermano y hacerlo digno en todo de la mujer que le destinaba. Perdidos así el uno y el otro en sus proyectos para el porvenir, llegaron sin darse cuenta, a la cabaña, donde los esperaba Joel un poco inquieto.

-Buenos días, papá -dijo alegremente la huérfana. -He ido a buscar a Juan y aquí lo traigo. ¿Verdad que está muy cambiado?

-Sí, señor Joel -afirmó el joven con su hermosa voz grave. -Estoy muy cambiado en todos conceptos. Y es a Juana a quien se lo debo.

El anciano comprendió la alusión, pero con un tacto perfecto no insistió en un asunto que debía ser desagradable a Juan.

Mi Juana me lo explicará, pensó, y dijo dirigiéndose al joven:

-Lo principal es que sigas siendo siempre un hombre honrado, hijo mío.

Los tres entraron en la casa y mientras Juan y Joel se sentaban para hablar, Juana se ocupó de ponerlo todo en orden y fue después a tomar parte en la conversación, durante la cual, con infinita delicadeza, dio a su hermano la primera de las lecciones que debían hacer de él un hombre perfecto y un modelo de marido.

Y los resultados de aquel primer ensayo fueron para ella una dulce recompensa. Juan, como si presintiese el objeto de su hermana, había comprendido maravillosamente las hábiles alusiones de que había estado llena su conversación. Durante los dos meses de vacaciones, Juan encontró el medio de estar siempre al lado de su hermana y nunca tuvo ya la idea de la caza furtiva.

Unos días antes de separarse, Juan, con el pretexto de un largo paseo, quiso tener una conversación íntima con su hermana. Llegados a través del bosque a una especie de gruta donde se metían a jugar cuando eran niños, Juan, un poco conmovido, tomó la palabra.

-Juana -dijo a la joven, que lo miró con atención; -he decidido una cosa. En cuanto tenga la edad voy a sentar plaza.

-¡Sentar plaza! -exclamó Juana estremeciéndose -¿Sentar plaza como marinero?

-No -respondió el joven tristemente. -He reflexionado desde tu venida y por ese camino no llegaré a nada. Pedro es muy feliz al avanzar en la carrera que ha emprendido y un día será un caballero, como tú eres una señorita. No quiero que os avergoncéis de mí y voy a ser soldado. ¿Quién sabe si llegaré algún día a ser oficial?

Al pronunciar esta frase, el joven se irguió, su cara se tiñó de un vivo color y sus ojos arrojaron un intenso brillo. Juana comprendió que su hermano tendría la energía necesaria para hacer lo que decía y lo vio ya vestido con un brillante uniforme y tan hermoso con su cara varonil y su aire marcial, que Magdalena no podía menos de amarlo.

-Tienes razón, Juan -dijo con una arrebatadora sonrisa; -así encontrarás la felicidad.

-El joven la miró sorprendido al ver la expresión soñadora de sus ojos. Pero Juana, sin observar la impresión que producía, continuó levantándose:

-Vosotros no estáis hechos para la vida, que os da vuestro nacimiento, Juan. Vuestra familia no es la de un campesino. Lo presiento; una voz oculta me lo dice.

Juan, asustado ya al ver en su hermana, aquella excitación extraordinaria, le tomó suavemente la mano y la hizo volverse a sentar.

-De modo -murmuró con dulzura, -que apruebas mi determinación...

-Sí, sí -respondió la joven volviendo a la realidad. -¿Pero qué vas a hacer hasta el momento de marcharte?

Juan explicó sus proyectos. Iba a seguir trabajando en las casas ajenas, pero mañana mismo pediría unos cuantos libros al cura para estudiar solo, en los momentos de, descanso. Sabía que los soldados instruidos tenían muchas probabilidades de ascender y quería a toda costa progresar rápidamente.

-De modo -dijo, -no me darán tentaciones de cazar un venado, y Ana y tú podréis estar tranquilas.

Se levantaron y después de una mirada y una pequeña señal amistosa que Juana hizo a su soberbio amigo el mar, volvieron a tomar el camino de la cabaña en la que, según costumbre, los esperaba Joel tocando el violín. Juana le hizo el dúo y la velada terminó en una feliz intimidad. Sólo quedaban ya muy pocos días de estancia en Bretaña a los pobres desterrados y como siempre, Juana y Joel los emplearon en las despedidas. ¡Pero qué diferentes eran éstas de las de los

años anteriores! Dejaban a Ana feliz en su vida austera y a Juan con un proyecto en la mente que lo pondría en guardia contra las tentaciones de la pereza.

Y al cabo, dejaban una parte de la familia para ir a ver a otro de sus miembros pues tenían el plan de ir a pasar unos días en Brest para ver a Pedro.

Desde allí debían volver a París.

Juana estaba impaciente por ver a su amiga, a fin de estudiar sus sentimientos y preparar su ánimo para el día en que le presentase a su hermano. ¡Con tal que Magdalena no hubiese ya reparado en otro hombre! La joven se estremecía ante esa idea, pues había tomado la cosa muy a pecho y si no hubiera sido por el deseo de ver a Pedro: hubiera apresurado de buena gana el viaje a París.

Pero su estancia en Brest le fue ventajosa, porque le permitió leer en su propio corazón.

Aquel buen mozo de dieciocho años, que acababa de sufrir victoriosamente el difícil examen de admisión en la *Borda*, no le recordó sino de un modo lejano al hermano a quien siempre había querido con un respeto que era casi temor. Pedro, con su cara varonil, adelgazada por el trabajo y las privaciones, su cabello negro y sus ojos profundamente implantados en las órbitas, su alta estatura y sus anchos hombros, pareció a Juana la más sublime encarnación de la fuerza y del denuedo. Sin saber por qué, se ruborizó cuando el joven la besó en la frente y observó que en otro tiempo ese beso era más sencillo, más fraternal, mientras que ahora Pedro parecía sufrir, al darlo, una especie de vacilación embarazosa.

Y cuando, dos días después, fue preciso abandonar aquel puerto de guerra, Juana Sin Nombre sintió que un vivo dolor le mortificaba el corazón. La duración de aquel largo viaje a París le pareció interminable, y por primera vez en su vida experimentó la sensación de una incurable herida en el alma...

VI UN ENCUENTRO

Cuando Juana y Joel volvieron a París, emprendieron de nuevo su vida ordinaria.

Pero la existencia de la joven había cambiado de aspecto. Ya no tenía la obligación de asistir a clase y adquirir perfeccionamientos. Su talento estaba ya consagrado por el premio que había obtenido, pero ese premio no le daba, el pan, y el porvenir se anunciaba tan sombrío como lo pasado.

Más sombrío acaso, pues para Juana las ventajas de la educación recibida eran menores que para otro músico cualquiera. Si hubiera sido pianista, su salida del Conservatorio y el renombre mismo de su profesor le hubiesen proporcionado muy pronto, un principio de clientela para dar lecciones.

Juana no podía contar con ese recurso. Era, en primer lugar, demasiado joven para que se le confiaran discípulos a veces de más edad que ella, y su sexo le prohibía tomarlos de tales condiciones que pudieran comprometer su reputación. Además, el profesor necesita mucha experiencia. No enseña todo el que quiere.

La joven estaba, pues, reducida, a improbables conciertos.

Pero no se desanimó. Estaba segura de poder utilizar su arte y ayudar a Joel a ganar la subsistencia común.

No hay para qué decir que la primera persona a quien se dirigió fue su amiga Magdalena Bernal.

Magdalena tenía dieciséis años y representaba veinte. Tan buena como hermosa, su benevolencia natural estaba en este caso aumentada por el camino que profesaba a Juana.

Así pues, se dedicó enseguida a procurarle los medios de vivir que deseaba.

Una mañana, Juana recibió una carta de su amiga invitándola a comer aquella tarde, en compañía de Joel. «No dejes de venir -decía una posdata, -porque, acaso pueda, proporcionarte una lección»

A la hora marcada nuestros amigos se presentaron en casa de la señora Bernal.

El anciano debía a la finura de su naturaleza, al mismo tiempo que una gran sensibilidad de percepción, una gran facilidad para asimilarse las exigencias del medio en que se encontraba; pero, con un tacto profundo había comprendido que no ganaría nada, sino que más bien perdería, adoptando el exterior de un hombre de mundo propiamente dicho. Por esto su traje no había, cambiado gran cosa. Una levita, y un pantalón negros, en vez de la chaqueta y el calzón bretones, y en vez del sombrero chato con caídas otro sombrero también bajo, pero de una forma más corriente en París y que, con su largo cabello blanco, le daba un carácter de medalla antigua.

Juana, por su parte, había nacido «señorita» y el encanto de su persona debía proceder de un origen atávico que ella ignoraba. Además, sus quince años se habían desarrollado magníficamente y su rubia belleza de cabello ceniciento y cutis blanco y rosado no tenía nada que envidiar a la de Magdalena.

El anciano y la joven fueron recibidos lo más amistosamente del mundo por la familia Bernal.

La dueña de la casa colocó a Joel en la mesa a su derecha, aunque había otros invitados, y entre ellos, un joven de veinticinco a veintiséis años que no se quitó el monóculo hasta, el momento de sentarse a comer. Aunque no parecía mala persona, tuvo el privilegio de desagradar prodigiosamente a Juana, a la que él miraba con rara impertinencia.

-¿Quién es ese caballero? -preguntó Juana a su amiga Magdalena en cuanto pudo hablar con ella a solas.

-¿No lo conoces? -respondió la morena un poco sorprendida.

-¿Yo? -replicó Juana. -Ni de vista; puedo asegurártelo.

-¡Calla! -exclamó Magdalena. - ¡Qué cosa más extraña! Pues él pretende que te conoce mucho.

Y sin esperar que su amiga la autorizase para un paso semejante, la linda morena levantó la voz:

-¿Verdad, señor Mirio, que conoce usted a mi amiga Juana?

-El joven se regodeó y después de ajustarse el monóculo, respondió con sonrisa afectada:

-Ciertamente, Magdalenita, ciertamente... No extraño que esta señorita no se acuerde de mí, porque era muy niña cuando nos vimos por primera vez.

Y al ver que, Juana levantaba, hacia él sus hermosos ojos límpidos, en los que no se leía ninguna reminiscencia, el joven añadió:

-Voy a ayudar a usted, señorita. Fue en Quimperlé, en casa del Vizconde de Kervés. Usted y el señor le Mat nos regalaron con un trozo de música a su manera, creo que con un violín. No es para decir un cumplimiento, pero ha cambiado usted mucho desde entonces y no la hubiera conocido si Magdalena no me hubiera dicho su nombre. Está usted muy embellecida y el traje de señorita le sienta a maravilla, aunque estaba usted muy bien con la cofia bretona.

¿Habla en broma, o quería sinceramente decir un piropo a Juana?

Pero Alberto Mirio no dejó ninguna duda sobre la sinceridad de sus palabras, porque añadió:

-¿De manera, señorita, que ha renunciado usted a los encantos de la vida del campo? ¿Se dedica usted al teatro, sin duda?...

La pobre Juana estaba sofocada por tanta grosería. Las lágrimas acudieron a sus ojos y sólo tuvo fuerza para contestar con voz ahogada:

-No, señor.

Magdalena estaba tan ofendida como ella y volvió sin miramientos la espalda, al grosero personaje para llevarse a Juana y consolarla, pues la joven acababa de decir:

-Déjame tomar el sombrero y el abrigo. Quiero marcharme enseguida.

Pero esto no entraba en los planes de Magdalena, que había hecho ir a su amiga para tratar de proporcionarle una lección. Si Juana se marchaba de ese modo, nadie se lo perdonaría.

La joven empleó, pues, las notas más tiernas y los más pacificadores argumentos para retenerla.

-Vamos a ver, querida, no pienses más en ese tonto. Tenemos aquí una señora que ha venido expresamente, para oírte. Quiere, que su hijo, un niño de diez años, aprenda el violín y esas lecciones estarán bien pagadas. Lo menos serán un peso veinte centavos cada una.

La pobre Juana Sin Nombre estaba muy ofendida y tenía el corazón muy oprimido, pero cedió a los argumentos de Magdalena. Esta la llevó a su cuarto, donde la joven se lavó los ojos, enrojecidos por el llanto, y la hizo ir al salón, donde se esperaba impacientemente su llegada.

Joel estaba afinando cuidadosamente el violín Como si no supiera las causas de la desaparición de Juana, a fin de infundirle valor.

La joven se conmovió profundamente ante aquella atención.

¡Ah! ¡Su buen papá Joel! ¿El sería siempre su amigo?

Completamente tranquila y poseída por el deseo de imponer el respeto del talento a aquella concurrencia llena de la afectación de un pretendido buen tono, Juana tomó el violín y se puso al lado de Joel, mientras Magdalena, que había obtenido un segundo premio de piano, se sentaba a su Gérard para acompañarlos.

La pieza con que empezaba el combate era un trío.

Y cada uno de los ejecutantes dijo maravillosamente su parte, pero Juana se excedió a sí misma y tocó, más que con brío, con rabia. Tal fue la expresión apasionada de su estilo, que todos los presentes, entusiasmados, no la dejaron acabar y prorrumpieron en bravos frenéticos.

Todo el mundo se levantó para ir a felicitar a la joven artista.

Y Alberto Mirio no fue de los últimos:

-Permítame usted, señorita, que le exprese mi...

Pero se quedó sin acabar la frase y con la boca abierta. Juana acababa de volverle la espalda, sin disimulo y con más claridad aún que Magdalena unos momentos antes. El joven chistoso no podía creer a sus ojos. ¡Una discípula del Conservatorio recibirlo así!...

En cambio, Juana escuchó con la más viva satisfacción las preguntas que le hizo la señora que quería confiarle, la educación musical de su hijo. Maravillada, por el talento de la joven, aquella dama ofreció espontáneamente precios muy superiores a los que Juana se hubiera atrevido a pedir: tres lecciones a la semana y tres pesos la lección. Es verdad que la profesora tenía que tomar el tren para ir a Versalles, lo que, le ocasionaba un pequeño gasto.

Se decidió que Juana empezaría sus lecciones el día siguiente. Y como quiera que Joel había reanudado las suyas, la casa de nuestros amigos podía, considerarse rica.

Juana, dio las gracias a su amiga de todo corazón y las dos se abrazaron, con promesa de, verse con la mayor frecuencia posible, ahora que las clases habían terminado y ninguna disciplina las obligaba a la regularidad de las horas.

Al volver a su casa con Joel, Juana fue haciendo mil proyectos para el porvenir.

Por fin iban a ser dichosos y podrían aprovechar todas las vacaciones para ir a su tierra. Puesto que Pedro estaba en la *Borda* podrían ir a verlo todos los años o hacerle venir a pasar las vacaciones en París.

Juan, que se hacía cada vez más formal y que meditaba grandes proyectos que todavía no conocía su hermana, se reuniría también con ellos en verano, y Ana aunque enclaustrada, podría ver, de vez en cuando, a toda la familia reunida. ¡Ah! Si esto no era la dicha, se le parecía extraordinariamente.

Juana hacía todos estos sueños con los ojos abiertos y gastaba, sin contar el dinero que aún no tenía. Y Joel, tan niño como ella en

este, punto, se abandonaba, a los mismos sueños de color de rosa. ¡Es tan delicioso vivir en la esperanza!

Los dos iban del brazo y de vez en cuando se cruzaban con las pocas personas que circulan por aquellas calles después de la una de la madrugada. Dominados por sus bellos castillos en el aire, los dos bretones andaban tranquilamente y sin inquietud alguna.

Pero Joel dejó casi de hablar y la joven tuvo que darse cuenta de su silencio, mucho más al ver que se volvía dos o tres veces con visibles muestras de, inquietud. Juana siguió la dirección de su mirada y vio, a algunos pasos detrás de ellos y en la acera de enfrente, a un hombre envuelto en un gran abrigo, a pesar de la templada temperatura, y cuyas facciones resultaban invisibles.

Era evidente que aquel individuo los seguía, y tenía el propósito de averiguar las señas de su casa.

Juana se dejó dominar por el miedo y preguntó con ansiedad a Joel:

-¿ Qué puede querernos ese hombre?

-No lo sé -respondió el viejo, -pero ya, lo veremos si se nos acerca demasiado.

Y el bretón oprimió nerviosamente y con mano fuerte y todavía robusta la vara de fresno que le servía de bastón.

Pero el desconocido no tuvo trazas de acercarse y se contentó con seguirlos a respetuosa distancia. Nuestros amigos, llegaron por fin a su casa y tuvieron que llamar dos veces para que la portera, profundamente dormida, tirase del cordón para abrirles la puerta.

Cuando estuvieron en casa, Joel y Juana, cambiaron de nuevo sus reflexiones antes de acostarse.

-Papá -dijo la joven, -creo haber reconocido al caballero que nos seguía.

-¿Sí? ¿Y quién crees que es?

Juana se sonrió al pensar en el miedo que había tenido y respondió a media voz:

-Me parece que era aquel joven tan mal educado que estaba en casa de los Bernal.

-¿Quién? ¿El hijo de Mirio? -preguntó Joel, que se quedó de pronto pensativo.

-Sí, el señor Mirio. No sé por qué nos ha seguido de ese modo sin dirigirnos la palabra. ¿Será porque en la reunión le hice comprender que no había estado delicado con nosotros?

Y Juana contó el incidente a Joel, que oyó este relato con gran atención. También él había hecho numerosas y desagradables reflexiones sobre ese asunto, pero no queriendo asustar a Juana con sospechas prematuras, replicó encogiéndose de hombros:

-¡Bab! Has debido engañarte, hija mía. No podía ser él. ¿Qué tenía que hacer por aquí?

El viejo músico durmió mal y se levantó de mal humor. Juana no podía arrancarle más que monosílabos.

Sin embargo, Joel se dominó y hasta se mostró muy alegre cuando acompañó a Juana a la estación.

Aunque la esperaban en Versalles a su llegada, Joel sintió cierta angustia al dejarla subir sola en el tren.

VII

UN PELIGRO IMPREVISTO

Joel no se había engañado.

Era Alberto Mirio el que había encontrado en su camino al volver de la estación, Alberto Mirio, que los había seguido como la noche anterior y que todos los días iba a emboscarse al paso de Juana. Era evidente que la delicada belleza de la joven había producido la más viva impresión en el rico elegante, hasta el punto de hacerle perder de vista otras intenciones. En aquel calavera quedaba un resto de poesía y dudaba entre el «buen partido» y la huérfana pobre.

El viejo, pues, se mostró muy asiduo en acompañar a Juana. La joven tomaba el tren a las diez y la señora de Maillard, que era la rica dama que la había escogido como profesora de su hijo, la esperaba a la llegada del tren y la llevaba, a su casa en coche. Juana, daba, la lección de once a doce, y después de almorzar con la madre y el hijo, daba a éste otra lección de dos a tres, después de lo cual se la acompañaba, también en coche, a la estación. Como sucedía con frecuencia que por un motivo cualquiera, no podía tomar siempre el mismo tren ni llegar, por consiguiente, a París a la misma hora, había rogado a Joel que no la esperase en la estación, a fin de no molestarlo inútilmente.

Alberto Mirio ignoró durante las primeras semanas la hora en que Juana volvía a su casa, y para averiguarlo, adoptó el partido más práctico, que fue tomar el mismo tren que ella, bajar en Versalles y esperarla en una de las fondas que hay enfrente de la estación.

La realización de este plan le costó cinco horas de observación y un almuerzo, bastante malo y muy caro, pero su paciencia fue recompensada por el éxito. Al dar las tres y media en el reloj de la estación, el coche de la de Maillard llegó con cochero y lacayo de librea. Juana bajó ligeramente y corrió al despacho de billetes.

Alberto Mirio sabía lo que se había propuesto.

El joven se levantó enseguida, corrió hacia el tren, se instaló en primera clase o hizo el viaje al mismo tiempo que Juana. Su mente estaba llena de proyectos. Para hablar, francamente Mirio, no sabía qué podría decir a Juana ni cómo hacerlo olvidar su insolencia de la otra noche. Contaba con la oportunidad de las circunstancias y con la inspiración del momento.

Por primera vez, aquel «pillín» olvidaba su prudencia habitual y cedía al sentimiento. Lo que sentía por aquella joven era amor, y amor honrado. ¿Pero cómo hacérselo comprender a una joven tan altiva y tan susceptible? ¡Bah! Ya encontraría la ocasión y el medio de decírselo todo.

Pero aquel día tuvo que contentarse con haber averiguado las horas, pues Juana, al apearse del tren, cayó inopinadamente en los brazos de Magdalena Bernal y de su madre que habían ido a esperarla, sabiendo por Joel la hora de su llegada.

Ahora bien, Mirio, al apearse, había apretado el paso con la esperanza, de alcanzar a Juana, en la puerta y casi iba a alcanzarla, cuando Magdalena y su madre se apoderaron de la linda artista. Lanzado en aquella dirección, Mirio, no pudo detenerse a tiempo y fue tal su sorpresa, que vaciló, trató de retroceder y, en una palabra, se arregló de modo que los ojos perspicaces y desconfiados de la señora de Bernal lo descubrieron. Aquel fue el primer mal paso.

El segundo, mucho más serio, consistió en que, en vez de dejarse ver francamente, el joven confuso, dejó ver su contrariedad tratando de escapar a las miradas investigadoras de la señora de Bernal, sin conseguirlo. Entonces hizo a aquella señora un saludo de los más torpes, con lo que consiguió aumentar su desconfianza.

Aquella fue una falta de las más graves en un hombre, de tan buen sentido como Mirio.

Alberto, en efecto, había presentado su candidatura, a la mano de Magdalena Bernal y, aun no estando admitido por ella, podía considerarse como bien acogido por la familia. Aquel matrimonio, era cier-

tamente el mejor de los buenos negocios de que hablaba en otro tiempo a su padre. Los Bernal, sin ser opulentos, tenían con qué dotar ricamente a su hija, y los pretendientes habían afluido alrededor de la regia hermosura de Magdalena. De este modo la joven había podido elegir con discernimiento, pero no quería apresurarse, queriendo gozar de sus dieciséis años y de su radiante juventud con el tranquilo egoísmo de seres que no han amado nunca.

Magdalena, en resumen, representaba, lo que se llama en el mundo «un magnífico partido» con su extraordinaria belleza y sesenta mil pesos de dote.

Así se explica que Alberto Mirio tratase de asegurarse una presa tan magnífica.

Pero Alberto pertenecía a esa juventud «fin de siglo» que no se preocupa, de la moral vulgar que quiere para ella todas las ventajas, sin prescindir de todos los derechos, entre los que figura el de cazar dos liebres a la vez. Después de todo, era libre de escoger entre las dos jóvenes, puesto que no había de casarse más que con una de ellas.

Desgraciadamente para él, la de Bernal, que, preludiaba, ya su papel de suegra, tenía una vista de una asombrosa perspicacia Y no había dejado de observar la turbación de su presunto yerno.

Magdalena, que ignoraba por completo los proyectos de su familia, sentía respecto del joven Mirio, la más absoluta indiferencia y si hubiera tenido la necesidad de precisar sus sentimientos, lo hubiera más bien juzgado antipático.

Si Alberto quedó muy contrariado por la coincidencia de la estación, más lo estuvo la Señora de Bernal.

Aquel matrimonio en efecto, le parecía enteramente proporcionado Y como los desean la mayor parte de las familias burguesas de días. Desde el momento en que las dos fortunas estaban de acuerdo ¿qué más se podía pedir?

Y he aquí que, por la más funesta de las casualidades, entraba en la mente de aquella señora la sospecha, y sorprendía al que *in petto*

llamaba ya su yerno, en flagrante delito de merodeo en terreno vedado.

Porque no había duda, la actitud sospechosa de Alberto demostraba hasta la evidencia que era infiel a Magdalena.

¿A qué especie de caza se dedicaba el joven? Esto es lo que la de Bernal hubiera querido saber.

Pero muy pronto supo a qué atenerse en este asunto.

Y sus averiguaciones fueron, por desgracia, tan desfavorables a la inocente como al culpable.

-¡Calla! -dijo afectando indiferencia, -el señor Mirio acaba de bajar del mismo tren que usted, querida Juana.

Y Juana, que tenía muchas razones para alejarse de ese hombre y que lo que menos esperaba era oírlo nombrar, no pudo impedir un brusco estremecimiento y cambió visiblemente de color.

La de Bernal concibió en el acto una sospecha. Acababa de encontrar al mismo tiempo a Juana y a Alberto. Este había parecido confuso y aquélla turbada; prueba evidente de que Mirio estaba allí por Juana y de que Juana animaba las pretensiones de Mirio.

Sí la primera, parte de la inducción estaba bien fundada, la segunda no tenía base alguna, ni siquiera verosimilitud. Pero la señora de Bernal aplicaba, imperfectamente las reglas de todo método experimental.

Convenía a su escasa lógica que las cosas fueran así y confundía una coincidencia con una concordancia según el paralogismo de las causas que se enuncia de este modo: *Post hoc, ergo propter hoc*.

Y como nunca había sentido muy viva simpatía por la huérfana aunque la estimase de mala gana, y toleraba sus relaciones con Magdalena para complacer a ésta, la buena señora sintió una satisfacción malsana al encontrar una mancha en el brillo radiante de aquella pureza casi infantil.

La de Bernal, pues, se encerró en su antipatía sin tratar de completar sus averiguaciones.

Decididamente, aquella pequeña le Mat era una niña singular. Tenía, sin duda, mucho talento, pero sufría la especie de fatalidad que pesa sobre el mundo del arte, y no era ella la que había de rehabilitar el renombre de las artistas. Juana era, desde luego, una mala compañía para Magdalena, sin contar que se veía su juego y que su intención era quitar a su hija el novio que la de Bernal cultivaba con tanto cuidado. ¡Los hombres son tan estúpidos! ¿Quién decía que Mirio, aspirante al doctorado en leyes, no se dejaría pescar en las redes de aquella pequeña aventurera?

Por el momento no había medio de no llevarse a Juana, puesto que Magdalena había ido a buscarla.

Así pues, la de Bernal disimuló su despecho y se limitó a manifestar mucha frialdad a la huérfana.

Juana no dejó de observarlo, y como el orgullo era una de sus cualidades, dejó a Magdalena bajo una impresión dolorosa y se propuso observar en adelante más reserva de la ordinaria.

La fogosa Magdalena, a su vez se quedó muy sorprendida por la actitud de su madre y se apresuró a pedirle explicaciones categóricas.

-Tengo -dijo, -demasiada confianza, en tu juicio para admitir que Juana te sea antipática sin un motivo serio. Sé buena y hazme conocer el motivo.

Seguramente, la de Bernal hubiera querido explicar lo que pensaba. Pero, como en el fondo era una mujer honrada é incapaz de perjudicar al prójimo, no quiso hacer daño a la reputación de Juana por una simple sospecha y no formuló contra ella ningún cargo serio. La madre de Magdalena fue, pues, rechazada con pérdidas en aquel primer ataque.

Pero aplazó el desquite para mejor ocasión.

De este modo no se opuso al deseo de su hija de invitar otra vez a comer a Juana.

Y muy contenta con aquella fácil victoria, Magdalena escribió a su amiga una cariñosa invitación.

¡Cuál fue, pues, su sorpresa al recibir de Juana unas cuantas líneas muy cortas y casi frías excusándose de ir a comer con ella!

Magdalena se quedó pesarosa y despechada.

Su madre, por el contrario experimentó una real alegría y se apresuró a sacar partido de su triunfo.

-Ya ves, hija mía, si tenía yo razón. Los hijos creen siempre juzgar mejor que sus padres.

Puedes estar segura de que no me engañaba en mis apreciaciones sobre tu amiga. Esa pequeña, te lo repito, es un monstruo de vanidad y no puede sufrir ningún mérito a su lado. Con todo su mérito en el violín, no puede evitar que tú también seas muy fuerte en el piano ni que su belleza no pueda sostener ninguna comparación con la tuya. -¡Cómo, mamá! -exclamó Magdalena impulsada por su natural rectitud, -¿ no encuentras bonita a Juana?

-Bonitilla es suficiente, hija mía. Tiene una carita maliciosa y agradable, pero tú la anonadas y es natural que te tenga envidia.

Palabras pérfidas que se implantaron en el corazón de Magdalena y la prepararon para todas las calumnias.

VIII LA DESGRACIA CONTINUA

La señora Bernal, a quien las protestas poco leales de Alberto Mirio habían tranquilizado por completo sobre las intenciones del joven, llegó a estar muy convencida de la culpabilidad de Juana, a cuya coquetería, atribuía, la veleidad de Alberto. Con esto aumentó la frialdad que siempre había mostrado a la huérfana, la cual, por su parte, más y más ofendida, evitó todas las ocasiones de ver a su amiga. De este modo permanecieron unas semanas, sin comprender cada una de ellas la conducta de la, otra.

Un nuevo hecho vino a aumentar las sospechas de la de Bernal.

Volvía una noche esta señora de hacer unas compras, cuando su vista, se detuvo maquinalmente en un ómnibus y vio que Juana bajaba de él. Ya este detalle no le pareció bien. Juana podía salir sola durante el día pero aquella hora no era conveniente y jamás ella hubiera permitido a su hija semejante libertad. En su egoísmo, no pensaba que si Juana hubiera tenido, como Magdalena, una madre y, en todo caso, una doncella para acompañarla, pocas veces hubiera salido sola. Pero la de Bernal no era capaz de ese razonamiento y se entregaba a su reprobación cuando lo que vio la hizo indignarse hasta el último límite. Acababa de observar que, detrás de Juana, había bajado del ómnibus Alberto Mirio en persona.

Para ella aquel hecho fue la confirmación precisa o innegable de todas sus hipótesis, y entró en su casa con la cara crispada y la expresión tan abiertamente hostil, que Magdalena lo notó a la primera ojeada.

-¿Qué mosca te ha picado, mamá? -preguntó la maliciosa joven.
-Estás toda alterada...

La de Bernal se metió en su cuarto sin responder, a fin de evitar meras preguntas, y no salió hasta el momento de sentarse a la mesa.

Magdalena, más y más curiosa, se propuso conocer la clave del misterio.

Y aquella noche su piano permaneció mudo, y la madre, seducida por las caricias de su hija, resolvió por fin decírselo todo.

-Escucha, hija mía, lo que voy a decirte te va a causar mucha pena; pero, en fin, es mi deber advertírtelo. Se trata de Juana y...

Pero no acabó. Magdalena, impresionada por aquel principio, se levantó bruscamente.

-Mamá -exclamó con voz vibrante, -no quiero que se la acuse. Es mi amiga y tengo confianza en ella. Hace algún tiempo que estamos frías pero he resuelto explicarme con ella mañana mismo.

-Hija mía -repuso en tono severo la de Bernal, -si acuso a Juana, es porque tengo motivos serios para hacerlo. Tengo una edad en que se ven muchas cosas que se escapan a tu inexperiencia.

Y contó a su hija los dos encuentros consecutivos que acababa de tener y la turbación evidente de los dos jóvenes el día en que se encontraron en la estación.

Magdalena, que nunca había pensado en Alberto, no sintió celos, pero las insinuaciones de su madre despertaron la desconfianza en su leal corazón.

No podía soportar la idea de que Juana, creyéndola destinada a Mirio, hubiera tratado de quitárselo.

Y, por primera vez, la duda entró en su corazón. Nunca fue Magdalena más desgraciada.

Juana, por su parte, ofendida al principio y ya desesperada por aquel abandono, se encontraba horriblemente sola.

Desde que había perdido la amistad de Magdalena, un siniestro presentimiento pesaba sobre su mente y no debía tardar en realizarse.

La pobre niña iba a caer de nuevo en uno de esos dolorosos períodos que tan temprano había madurado su alma.

La desgracia empezó por la pérdida de la lección de Versalles. Algunas alusiones imprudentes de la madre de Magdalena dispusieron

desfavorablemente a la señora de Maillard, que no tardó en despedir a la profesora de su hijo.

Y Juana, con el corazón henchido de lágrimas, volvió tristemente a su casa, donde la esperaba una prueba, todavía más cruel.

Desde que se aproximó a la puerta sintió una especie de angustia. Era la hora en que Joel tocaba, para distraerse, algunos viejos motivos o ensayaba para la noche, nuevos vales y cuadrillas. El triste silencio que reinaba chocó a Juana, que abrió la puerta temblando.

¿Habría salido el anciano, que no venía, como siempre, a recibir a su hija adoptiva?

Juana, más y más alarmada, llamó:

-¡Papá! ¡Papá!...

Pero la voz de Joel no se dejó oír.

Solamente entonces Juana se decidió a entrar en la habitación contigua. Una respiración corta y sonora parecía llenarla por completo.

La joven corrió a la cama, en la que yacía el violinista con la cara arrebatada por la fiebre y el pecho sacudido por una horrible opresión. La huérfana cayó de rodillas y prorrumpió en un nuevo llamamiento desesperado, pero en un tono más bajo y más plañidero:

-¡Papá!... ¡Papá!...

Al oír aquella voz el anciano abrió los ojos y hasta trató de incorporarse, pero volvió a caer pesadamente en la almohada.

Juana, enloquecida, se levantó y corrió a buscar a la portera.

Aquella mujer era su supremo recurso.

La portera prometió enviar a buscar un médico, y no queriendo dejar sola a Juana, subió con ella a su pobre casa.

Por fortuna, el doctor no se hizo esperar y una hora después entró en la habitación en que estaba el anciano, jadeante.

Al primer golpe de vista el médico se conmovió viendo la miseria y la honradez que respiraba aquel albergue.

Juana le interesó enseguida por su belleza y por la extraña distinción de su persona, y el doctor se propuso hacerlo todo para salvar al que consideraba como padre de aquella joven.

Inmediatamente reconoció con atención al enfermo, lo auscultó con gran detenimiento y pidió recado de escribir para hacer una receta.

-Y bien, doctor -preguntó tímidamente, Juana -¿tiene usted esperanza?

-No debo ocultar a usted -respondió el médico, -que la enfermedad es muy grave. Pero el caso no es, sin embargo, desesperado, y espero fijar mi juicio dentro de dos días. Mañana vendré y entre tanto, haga usted que su padre tome lo que acabo de recetar.

Y después de un saludo y de una última recomendación, dejó a la huérfana un poco más tranquila.

La portera obligó a Juana a bajar a la portería, para comer algo y se quedó mientras al lado del enfermo.

Cuando Juana subió y se quedó sola, lo dispuso todo para pasar la noche, que ya había cerrado.

No quiso sentarse en la butaca por miedo de dormirse, y empezó en una silla la triste velada.

Las horas fueron pasando lentamente en el silencio, sólo turbado por la respiración anhelosa del enfermo, y el alba apareció para alumbrar a Juana al lado del anciano, quebrantada por un día de cansancio y una noche sin sueño.

El médico vino por la mañana y encontró la bronquitis bien declarada. El enfermo no estaba mejor ni peor.

Durante los nueve días que duró el peligro, la joven, fiel a su deber, no dejó ni un momento a su padre adoptivo. Por fin, en el décimo día, el médico anunció alegremente a la huérfana que no había ya cuidado.

La joven, más débil ante el gozo que ante la pena, cayó de rodillas al lado de la cama, en una actitud de infinito reconocimiento, y murmuró:

-¡Gracias, Dios mío!

Enseguida se levantó, ofreciendo al médico su manita, le dijo con deliciosa sonrisa:

-Gracias a usted también, señor doctor, por los cuidados a que debo la vida de mi padre.

El médico le estrechó calurosamente la mano y respondió:

-Soy acaso más feliz que usted, señorita, si he, contribuido en algo a la curación del señor le Mat.

Después de esas buenas palabras, se separaron, pero el médico prometió volver durante unos días para ver si la curación avanzaba según sus previsiones.

Joel estaba, pues, en plena convalecencia, y las horas que pasaron entre aquellos dos seres que se amaban tan tiernamente, fueron deliciosas. Juana, llena de atenciones, regañaba cariñosamente al anciano cuando temía alguna imprudencia, y Joel, rejuvenecido por aquellos cuidados, gozaba de ellos como un niño.

Una buena parte del día estaba también dedicada al violín, aquel querido instrumento que el viejo no creía volver a oír.

Una tarde estaban los dos entregados a su distracción favorita; Juana de pie y los ojos inspirados, y Joel sentado en una butaca y el oído encantado por aquella armonía. Ni uno ni otro, oyeron ni vieron al médico que había, entrado sin llamar, pues la joven había dejado la puerta abierta para no molestarle.

El doctor se detuvo deslumbrado por aquel cuadro y maravillado por la música. Había adivinado que Juana no era una joven ordinaria y ahora se daba cuenta de la impresión que le había producido.

La violinista, se detuvo al fin, y solamente entonces descubrió al oyente entusiasmado que tenía sin sospecharlo.

El médico se deshizo en excusas, y después de cerciorarse de que Joel estaba todo lo mejor posible, se sentó y pidió a Juana que volviese a tocar la pieza que había oído desde la puerta.

Y así se pasó una hora, después de la cual el médico se levantó, estrechó la mano a Joel y dijo a Juana sonriendo:

-Mis enfermos, señorita, van a quererla a usted mal, porque me hace olvidarlos. Y vea usted lo que son las cosas; yo estoy dispuesto a abandonarlos un poco y pido a ustedes me permitan venir de vez en cuando a gozar un poco de su arte admirable.

El permiso fue concedido con gusto, el médico lo aprovechó frecuentemente.

Sin embargo, a las dulzuras de la convalecencia, se mezclaban muchas angustias.

Las escasas economías que habían podido hacer, gracias a la lección de Versalles y a los bailes de por las noches, se habían consumido rápidamente, en los gastos de la enfermedad. El anciano, todavía débil, no se había hecho ese terrible razonamiento; pero la joven, enfrente de las necesidades de la vida, veía con terror que el dinero desaparecía.

Llegó un día en que Juana tuvo que cambiar la última moneda de un peso, y en vano, encerrada en su cuarto y con la cabeza entre las manos, buscaba un medio de salir del apuro. No se le ocurría nada.

De pronto tuvo una idea. Puesto que Joel no podía salir por las noches ¿por qué no había de reemplazarlo ella? Bien comprendía que no era a propósito para aquel trabajo, pero a menos de morirse de hambre, no había para qué vacilar.

Después de comer y en cuanto el anciano estuvo acostado, Juana pretextó un recado de parte de la portera y salió callandito de casa con el violín.

Sabía donde acostumbraba ir Joel y no le costó trabajo alguno llegar a la taberna.

Pero en el momento de entrar sintió una gran vacilación.

Las risas y los gritos que oía le repugnaban y hubo un momento en que estuvo dispuesta a volverse atrás.

Pero el pensamiento le representó entonces la casa en que Joel debía dormir tranquilamente, y se dijo que no tenía derecho para rehusar una modesta ganancia.

Y pálida, pero resuelta, penetró en la taberna.

Su entrada produjo sensación. Todos los que allí estaban comprendieron que no era aquel el lugar de aquella joven. Muchos creyeron en un error y ya se acercaban a dar explicaciones a Juana, cuando la joven les dijo:

-¿No es aquí donde tocaba el señor le Mat? Soy su hija y vengo a reemplazarlo, porque está enfermo, si ustedes me lo permiten.

-Sí, sí -exclamó aquella buena gente a quien no gustaba la falta de música.

Y antes de empezar, todos quisieron saber noticias del enfermo, que era generalmente apreciado.

La joven ya tranquila, respondió con su amabilidad habitual y gustó por su sencillez a aquella gente que tenía la sencillez como primera cualidad.

La simpatía se manifestó entonces ruidosamente.

-¡Pobre señor la Mat! ¡Tan enfermo y nosotros sin saber nada! ¡Nos alegramos de su mejoría!

Enseguida se formaron los grupos y las parejas para el baile.

-La verdad es señorita, que ha tenido usted una gran idea de venir, porque echábamos mucho de menos a su padre. Pero si se cansa usted de tocar, déjelo sin inconveniente por esta noche.

Por toda respuesta, Juana se quitó el abrigo, sacó el violín y preguntó:

-¿Dónde debo ponerme?

Los primeros compases arrebataron la concurrencia a una polea desenfrenada. Juana había elegido una pieza vulgar de su primer repertorio.

Y mientras tocaba, no podía menos de sonreír al ver aquel torbellino de pesadas criaturas que parecían un rebaño de osos bailando. Pero se divertían tanto y tan inocentemente, que la joven se sintió contagiada por aquella cándida alegría.

Cuando trató de marcharse, todos se ofrecieron a acompañarla.

Y como eran las doce de la noche, la joven no se hizo de rogar por esta vez. Tiempo tendría de aclimatarse a aquel medio tan nuevo como rústico, y ya se acostumbraría a hacer sola el trayecto.

Pero, una vez en su casa, la joven se sintió invadida por la tristeza.

¡Era esto, pues, lo que le reservaba el destino y todo lo que podía esperar de su suerte!

¿De qué le servían su talento musical extraordinario y su primer premio del Conservatorio? Sin un milagro, se veía condenada al oficio miserable que había ejercido en su niñez... ¡Pero cuán preferibles eran las fiestas de Bretaña a las tabernas parisienses!

Y Juana prorrumpió en desgarradores sollozos.

TERCERA PARTE

I

EL ATENTADO

Hacía tres años que duraba para los dos bretones aquella vida cruel. Tres años durante los cuales habían logrado ocultar su miseria a todos los ojos a fuerza de sufrimientos y privaciones. Tres años habían pasado desde su último viaje a Quimperlé. Unas cuantas cartas les habían hecho saber los cambios que habían ocurrido en su país.

Obedeciendo a la regla de su comunidad, Ana había cambiado de residencia, con la esperanza de volver a los tres o cuatro años a la primera casa de su vocación religiosa. Juan había abandonado la comarca y había dicho a Juana que le disgustaba no ser a los diecinueve años el hombre que él se proponía, e iba a sentar plaza en la infantería de marina.

Juana había recibido de Brest noticias del éxito de Pedro y de su partida en calidad de, aspirante de marina de segunda clase. Algunas escasas cartas habían tenido a la joven al corriente de las peregrinaciones de su hermano mayor, y cada vez que el cartero le había traído un sobre con sello extranjero o colonial, el corazón de Juana había latido con la misma violencia que el día en que se despidió de Pedro en Brest.

Pedro hablaba con frecuencia de Juan:

«Hace siete, años –decía –que no lo he visto. Las cartas que me escribe son propias de un buen muchacho y de un hombre de corazón, e indican en él verdaderos progresos. Se expresa con elegancia y facilidad, y su última carta me ha llenado de alegría. Acaba de ganar en el Senegal los galones de sargento primero. Es seguro que será subteniente dentro de un año»

No sabía Pedro hasta qué punto acertaba. A los veintidós años de edad, Juan había ganado la charretera, al mismo tiempo que su hermano mayor llegaba al grado de alférez de navío.

Ninguno de ellos supo los sufrimientos de su hermana y del anciano que se había constituido en su guardián.

El médico había prohibido a Joel que saliera por las noches para evitar una segura recaída de su bronquitis, que hubiera sido aún más peligrosa que la primera enfermedad.

Joel sufría horriblemente con esta prohibición y se inquietaba por los peligros a que la joven estaba expuesta con su belleza y su juventud en medio de la calle. Pero, cuando trataba de dar su opinión sobre este punto, Juana le interrumpía a las primeras palabras:

-No, no, papá, no hablemos de eso. Ya sabes que no te permito trabajar hasta que estés curado por completo.

Pero, pobre hija mía, ¿no ves cómo me consumo la sangre en esta perpetua quietud? ¿No te das cuenta de los peligros que corre una mujer de tu edad?

La joven entonces echaba el asunto a broma y trataba de disipar aquella preocupación de Joel.

¿Qué tenía que temer? Ciertamente era joven y que París encierra muchos peligros, pero la sociedad en que pasaba cortos momentos, si no era distinguida, era enteramente honrada. Toda aquella pobre gente que bailaba al son de su violín, estaba compuesta de obreros que descansaban inocentemente, en familia, por decirlo así, de los trabajos del día, y ninguno de ellos pensaba mal. Al contrario, todos le manifestaban una respetuosa ternura, uno de esos cariños que sólo el pueblo sabe practicar y que se componen de caricias y protección. Pero lo que Juana no decía eran sus terrores en el momento de la salida, su espanto en las calles desiertas, su temblor en cuanto oía sonar pasos detrás de ella, en el asfalto de las aceras. En estos casos caminaba tan de prisa, que no miraba donde ponía el pie, y una noche sufrió una caída peligrosa en una zanja del gas y tuvo que ocultar durante ocho días a Joel los sufrimientos que ese accidente le había ocasionado.

Aquella amarga experiencia había madurado a la joven y añadido un encanto más a su radiante belleza,.

Los brillantes colores de sus mejillas hablan desaparecido, y su linda cara de arcángel se había ovalado bajo el nimbo de sus cabellos cenicientos. La tristeza había invadido sus facciones y dejado sus huellas alrededor de sus párpados y en las comisuras de sus labios. Pero, en cambio, el trabajo, el ejercicio, la habían desarrollado considerablemente, convirtiéndola en una soberbia joven de diecisiete años, cuya exquisita elegancia hacía resaltar sus dotes plásticas.

Estas circunstancias, pues, aumentaban el peligro de su abandono a merced de los acontecimientos.

La ruptura con su amiga era el mayor dolor de Juana.

No podía comprenderlo ni explicárselo. ¿Qué daño había hecho a Magdalena? Ninguno. No tenía nada de qué acusarse, y se sublevaba ante la idea de haber sido objeto de un juicio desfavorable o de una simple sospecha.

También Magdalena había sufrido mucho. Era enteramente digna de su amiga y merecía, en todo su estimación y su cariño. Todavía, al cabo de un año sus ojos se mojaban al recuerdo de la pobre ausente, y la joven adivinaba, en la tesitura de su madre una latente malevolencia. Su antipatía natural por Alberto Mirio, se había aumentado al sospechar qué el papel había sido el suyo en aquel odioso asunto, y Magdalena estaba convencida de que la verdad debía de ser tan favorable a Juana tan como contraría al hijo del contratista.

Tarde o temprano la verdad debía imponerse a los ojos de la honrada joven. Pero lo esencial era que esa luz, no se produjera demasiado tarde...

De eso dependía en cierto modo la dicha de Juana.

La miseria había llegado a ser cruel para nuestros amigos. A veces había faltado el pan, y otras la comida se había retardado hasta el último límite del sufrimiento. Joel y Juana, habían rivalizado en abnegación y se habían ocultado mutuamente sus privaciones.

Una noche, observó Juana, que en una de las mesas de la taberna había un personaje al que nunca había visto. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto inteligente y honrado y que no pertenecía, seguramente, al público habitual del establecimiento. El nuevo parroquiano no bailaba y su atención estaba fija en Juana.

Bien por efecto de esa atención o de la inspiración propia, lo cierto fue que Juana, se excedió a sí misma aquella noche, hasta el punto de que el oyente desconocido se levantó de la silla y aplaudió con entusiasmo.

Sin embargo, se marchó sin dirigirle palabra a Juana, pero ésta le vio hablar largamente con el dueño del establecimiento y conoció que era ella el objeto de su conversación.

Dos días después, en efecto, recibió una esquila muy corta, concebida en estos términos:

«Si la señorita le Mat consintiese en ir a casa del señor Valsenet, plaza, de Wagram, 22, el sábado de nueve a diez de la noche, encontraría mejor ocasión de utilizar su hermoso talento»

La esquila estaba firmada *Valsenet*, y ese solo nombre bastó para ocasionar un vértigo Juana.

¡Valsenet! ¡Valsenet la había oído! ¡El músico ilustre de universal renombre, cuyas obras se disputaban todos los teatros de Europa!

Juana, entusiasmada con la carta se decidió a visitar en aquel mismo día al afamado compositor.

Cuando aquella noche dejó la calle de Hauteville para ir a la plaza Wagram, tan lejana que le parecía el fin del mundo, su corazón latía con fuerza.

Aquellos días de abril eran ya bastantes largos, pero a las nueve es de noche en todo tiempo, y cuando Juana se apeó del ferrocarril de cintura en la estación de Courcelles-Levallois, la obscuridad era ya profunda y los faroles, envueltos en espesa niebla, alumbraban apenas.

La joven, toda temblorosa llamó a la puerta de un lujoso hotel, en el que el maestro pasaba el invierno.

Abrieron y Juana fue recibida, pero no por el maestro mismo, que estaba ausente por dos días sino por su secretario, un joven que empezaba a hacerse una reputación. La violinista recibió cinta para otro día, y fue despedida con muchos cumplimientos.

El señor Valsenet ha tenido ocasión de oír a usted y cree que tiene usted algo mejor que hacer en el mundo del arte que tocar en un baile público. El maestro tendrá mucho gusto en ayudarla para llegar a la merecida reputación.

Juana salió con el alma llena de esperanza y emprendió el camino de su casa.

La plaza estaba enteramente desierta y los faroles cada vez menos luminosos. Juana no tenía que andar mucho para llegar de nuevo a la estación de Courcelles, pero las dos partes en que se bifurca el bulevar Péreire, a los lados de la zanja que da paso al ferrocarril, están tan separadas y ofrecen de tal modo el aspecto de dos gigantescos túneles llenos de medrosas sombras, que el valor de la violinista sufrió una dura prueba.

Su vacilación, sin embargo, no fue larga, y en el momento en que daban las diez y media en las iglesias de San Francisco de Sales y de Levallois, Juana avanzó resueltamente hacia aquella obscura perspectiva, tratando de sobreponerse a su temor.

En el momento mismo surgieron dos sombras de un rincón de la plaza y se propusieron salirle al paso, describiendo un doble arco que debía cruzarse en el punto que ocupaba la joven.

Solamente, entonces Juana oyó los pasos de los dos rateros y los vio venir hacia ella.

A distancia, no tenían un aspecto muy alarmante, pero ¿quién podía saber sus intenciones respecto de una joven naturalmente intimidada por la hora y por la propia debilidad?

Los dos bribones se detuvieron un momento para echar una ojeada a la plaza.

No se veía alma viviente. El silencio era siniestro y los dos desalmados se atrevieron a hablarse en voz baja:

-¡Oye, tú León, mucho ojo!... Parece que la caza está un poco escamada...

El que habló no tuvo en cuenta la dirección del viento, que llevó toda la frase a los oídos de Juana.

La joven, aterrada, echó a correr y los bandidos apresuraron también el paso en su seguimiento.

El que llegó primero se quedó sorprendido al ver a una muchacha, cuando el abrigo y el capuchón de Juana les habían hecho creer que era una mujer de edad. El portamonedas de aquella pequeña no pesaría mucho. Pero ¡bah! más valía algo que nada.

El hombre extendió un brazo y tomó a Juana por el abrigo, descubriéndole así la cara.

-¡Vaya un palmito! exclamó el canalla -¿A dónde se va a estas horas, prenda ?

Juana se desprendió con un rápido movimiento y echó de nuevo a correr.

Pero apareció el segundo bandido para cortarle la retirada.

Juana perdió completamente la cabeza y se lanzó, espantada, hacia la avenida de Wagram.

No hay sitio más solo ni más abandonado que aquella vía espléndida, rodeada de soberbios hoteles y de casas de seis pisos. Después de las diez no se ve en ella un solo transeúnte, si se exceptúa el ómnibus que llega cada cuarto de hora procedente de la Bastilla.

Ahora bien, el ómnibus acababa, de pasar hacía dos minutos, y los ladrones podían disponer de diez o doce, así fue que dejaron a Juana tomar un poco de delantera hacia, el sitio más desierto de la avenida para dar el golpe con más seguridad.

Además, habían observado que el único viajero llegado en el ómnibus era un oficial, y no les sonreía luchar con él si oía los gritos de la joven y acudía en su socorro.

Cuando Juana llegó jadeante al sitio de la avenida en que sólo se ven solares, los dos bandidos se arrojaron a ella. Uno la tomó por el

talle y otro le puso la mano en la boca, pero no tan pronto que pudiera impedir un largo grito de espanto y de angustia.

-¡Pronto! ¡Pronto! ¡A los solares! -dijo uno de los rateros, enseñando a su cómplice un hueco que dejaban en la empalizada dos tablas caídas.

Y entre, los dos tomaron a Juana, desmayada, y la metieron apresuradamente, en el solar, después de lo cual colocaron las dos tablas que faltaban en la abertura.

¡Pobre Juana! ¡Estaba perdida!

II LOS DOS HERMANOS

En el mismo instante resonaron detrás de los bandidos unos pasos precipitados.

Era un hombre que corría con toda la velocidad de sus piernas para averiguar de dónde había partido aquel grito.

Cuando el ómnibus llegó a la parada, el único viajero que conducía, un oficial de marina, bajó prontamente y trató de orientarse en la plaza. Era visible que el oficial no conocía París, o que, por lo menos, iba a aquel barrio por primera vez, pues buscó con la vista los números de las casas y dijo casi en alta voz:

-Joel no ha podido equivocarse y me ha dicho plaza de Wagram, número 22.

El marino dio unos pasos hacía la derecha y observó que los números eran impares.

-Debe, de ser al otro lado -murmuró.

En ese momento se oyó el grito de angustia, profundo y desgarrador, que lanzó Juana.

-¡Oh! -dijo el oficial estremeciéndose. -¿Estarán asesinando a alguien?

Y sin reflexionar más, se echó a correr en la dirección del grito.

Pero cuando llegó a lo empalizada los dos bribones habían ya cerrado el hueco con las tablas.

Sin embargo, el ruido que hicieron al apoyarlas sirvió de indicio al oficial, que fue también guiado por ciertos ruidos de respiraciones comprimidas y de palabras en voz baja.

-¡Bah! -pensó; -todo se reduce a echar abajo esas tablas.

Y pasando la mano por las hendiduras, consiguió descubrir la solución de continuidad.

De un simple empujón hizo caer el obstáculo y el oficial pudo entrar en el solar.

Los dos miserables habían arrastrado a la pobre niña hasta la pared de la casa más próxima, y al ver que alguien entraba fingieron ser unos vagabundos refugiados allí para dormir, con tanta mayor razón, cuanto que a cierta distancia, el uniforme del oficial les pareció el de un guardia de orden público. Los dos se echaron juntos en el suelo de modo de cubrir el cuerpo de la joven desmayada.

Acaso su estratagema hubiera tenido éxito si el importuno se hubiera retirado creyendo habérselas con unos pobres diablos y no teniendo gusto alguno por las funciones policíacas. Pero en aquel momento Juana volvió en sí, medio ahogada, bajo el peso de sus perseguidores, y dio otro grito ronco y estridente.

El oficial ya no vaciló, y acercándose a los bandidos los apostrofó con toda la rudeza de un marino:

-¿Qué estáis haciendo ahí, granujas?

Los dos hombres, al verse tomados, se levantaron con intenciones muy poco amables.

-¿Qué hay? -dijo aquel a quien su camarada había llamado, León. -¿Es que no se puede, dormir al raso cuando no hay otro remedio, señor guardia?

Pero el otro había ya visto que no se trataba de un guardia de orden público, y con los puños en las caderas, dijo en tono guasón, dirigiéndose a su compañero:

-¡Qué *lila* eres, León! Abre esos *clisos*. ¿No ves que este caballero, no es un *guiro*? El señor hace ese oficio por amor al arte, y como nos ha tomado por otros, puede que quiera pagarnos unas copas...

El oficial vio en este momento a Juana, que se había vuelto a desmayar, y dijo a los dos chulos:

-¿Y esa mujer? ¿Qué hace ahí? ¿Por qué ha gritado hace un momento?

-Es nuestra hermana, que tiene ataques de nervios. Creo que eso no está prohibido...

Y el ratero se echó a reír cínicamente, lo que exasperó al marino, el cual fijó en ellos una mirada que les hizo cambiar de color. Después

hizo un brusco movimiento con sus hombros formidables y dijo en tono de mando:

-¡Tres pasos atrás! Quiero ver...

Los dos hombres obedecieron por instinto, de tal modo aquella mirada y aquel gesto habían sido significativos.

Pero en el mismo instante se dieron cuenta del peligro que corrían y comprendieron que descubierta su impostura, el oficial no vacilaría.

Y como éste tenía, además del sable, unos hombros hercúleos, los rateros dudaron entre emprender la fuga o atacarlo inmediatamente.

Puestos de acuerdo con una mirada, los bandidos sacaron al mismo tiempo dos navajas de muelles, largas y afiladas, y se arrojaron sobre el oficial, que acababa de inclinarse para reconocer a la desmayada.

Pero el marino se levantaba en el mismo instante profiriendo una especie de rugido:

-¡Juana! ¡Juana! ¡Mi pobre Juana! ... ¡Ella!... ¡Oh! ¡Misera-
bles!...

No pudo decir más. León había dado un salto hacia él y le había dado una navajada en medio del pecho.

Pero la punta del arma dio, providencialmente, en uno de los botones de metal de la levita y cortó el ojal del cuello de la capota, lo que tuvo la ventaja de desembarazar de ella al oficial, el cual, sin hacer uso del sable, asestó un tremendo puñetazo en la cara al segundo bandido.

El vigor del oficial era verdaderamente prodigioso, porque la mandíbula del ladrón crujió al choque, y una ola de sangre salió por su boca al mismo tiempo que el hombre caía al suelo como una masa inerte.

León, al ver aquello, saltó hacia la calle arrojando la navaja, mientras el oficial levantaba a Juana y seguía el mismo camino hasta depositarla en el despacho de los ómnibus.

Grande fue el estupor de los mayores y de los cobradores al ver reaparecer con aquella carga al viajero que acababa de dejarlos.

Pedro Plouhernó, pues él era, preguntó sin perder tiempo:

-¿Es posible encontrar un coche para llevar a su casa esta joven?

-Sí, señor -respondió un empleado. -Voy a buscar uno.

Pero al mismo tiempo entraron en el despacho dos guardias de orden público sosteniendo al llamado León, que llevaba unas esposas a los puños.

Uno de los guardias se dirigió respetuosamente al oficial:

-Mi alférez, supongo que es usted el que ha puesto en fuga a este pájaro. ¿Quiere usted tener la bondad de decirme su nombre y de contarme sumariamente lo ocurrido?

-Con mucho gusto -respondió el marino.

Y refirió al guardia por qué estaban allí Juana y él y cómo había salvado a la joven.

---Una pregunta, mi alférez -dijo el guardia. ¿Ha hablado usted de dos hombres?

-¡Ah! ¿No han entrado ustedes en el solar? Allí encontrarán un canalla a quien he tratado como se merecía, y como tengo la mano un poco dura, supongo que no debe de encontrarse en muy buen estado.

Los guardias se dirigieron con el preso hacia el solar, y en este momento entraron en el despacho unos cuantos viajeros a esperar la salida del ómnibus.

Entre ellos había una señora de edad y una joven, que se informaron del acontecimiento y se ofrecieron a cuidar a la desmayada.

Pero en cuanto vieron a Juana, la joven lanzó un grito de dolor y cubrió de besos la pálida cara de la pobre niña.

-¡pobre amiga!

¡Dios mío! ¿Qué le han hecho esos miserables?

La señora de Bernal había sentido cierto remordimiento al ver la pena de su hija. Iba, sin embargo, a llevársela, para evitar meterse con ella en una aventura de mal gusto, cuando el oficial se acercó políticamente a Magdalena.

-Señorita -le dijo, -el interés que manifiesta usted por mi hermana me prueba que la conoce. ¿Puedo preguntar a quién tengo el honor de hablar?

-¡Ah! -exclamó Magdalena, -¿usted es el hermano mayor de Juana? ¿Pedro, verdad?

Y con encantadora sencillez, la joven se dio a conocer, como si se tratase de una antigua amistad.

La señora de Bernal no se atrevió a interrumpirla. Su vanidad estaba halagada y un poco acobardada por la presencia de aquel guapo mozo que acababa de representar tan brillante papel libertando a su hermana y dejando por muerto a uno de los bandidos.

A todo esto, la huérfana iba volviendo de su desmayo, gracias a los cuidados y a las caricias de Magdalena.

Juana dio un suspiro, sus párpados se abrieron pesadamente y se quedó unos momentos sin pensamiento, con la vista extraviada é incapaz de hacer un movimiento.

Pedro sostenía en sus brazos la cabeza de la joven y espiaba el momento de su vuelta, a la vida para dar un estrecho abrazo a la que llamaba hermana, queriéndola con un entusiasmo más que fraternal.

Pronto los ojos de Juana perdieron su fijeza, pasearon por los circunstantes una lenta mirada y se detuvieron como asombrados en la cara del marino. Sus manos entonces se tendieron hacia el joven, y Juana Sin Nombre pudo decir dulcemente:

-¡Pedro! ¡Pedro! ¡Pedro mío!

-Sí, soy yo, mi pobre Juana -respondió el marino.

La joven, con la misma espontaneidad, tendió las manos a su amiga.

-¡Mi querida Magdalena!

-¡Juana querida! ¡Por fin recobras el conocimiento! ¿Te sientes mejor?

Estas palabras despertaron definitivamente el pensamiento de Juana, que se levantó sorprendida por el lugar y por la hora. El re-

cuerdo se apoderó vivamente de su inteligencia y le representó su visita a casa de Valsenet y la agresión de que había sido víctima.

-¡Dios mío! -exclamó.-¿ Qué ha sucedido?

Fue preciso explicárselo todo y Pedro lo hizo la posible prudencia. Por fin, viendo que Juana, muy ruborizada, tenía prisa por substraerse a la curiosidad pública, el oficial añadió:

-Tienes necesidad de descansar, ¿verdad? Debes de estar muy fatigada...

-¡Oh! sí, llévame de aquí, Pedro.

En este momento volvió el empleado con un coche que había tornado en la plaza Péreire.

-Mi alférez -dijo, -aquí tiene usted el coche que ha pedido.

El marino tomó a Juana con la misma ligereza que si hubiera sido una pluma y la depositó en los almohadones del carruaje.

Magdalena se acercó a su amiga muy conmovida y con los ojos llenos de lágrimas.

-¿No me dices cuándo nos veremos, mi querida amiga?

Juana respondió con un poco de involuntario rencor:

-Me has abandonado hace un año, Magdalena, y sin ninguna razón... Hasta la vista, si tú quieres.

La joven no dijo más y se dejó caer aniquilada en el fondo del coche, que echó a andar con los dos héroes del drama de la noche, mientras Magdalena volvía a buscar a su madre y formulaba abiertamente una decisión que la de Bernal no se atrevió a contrariar.

Al llegar a la calle de Hauteville el estado de la joven, sacudida por tan intensas emociones, era bastante alarmante. Los dos hermanos encontraron a Joel lleno de ansiedad, que se convirtió en temor cuando supo por Pedro lo ocurrido.

Eran las doce, y Juana recobró un poco las fuerzas para acostarse. Pero por la mañana no pudo levantarse, y el médico, llamado por Plouhernó, pareció inquieto y dijo que había que vigilar mucho a la enferma, aunque esperaba todavía que no tuviese nada grave, de lo que podría cerciorarse al día siguiente.

El dolor de Pedro fue inmenso. Venir expresamente a París, entre dos embarques, para abrazar a la que consideraba como su prometida, y encontrarla en medio de un drama abominable que iba acaso a poner su vida en peligro, era realmente una prueba demasiado cruel.

Mientras la dejaba descansar, según el consejo del médico, la portera le dio un telegrama que acababa de llegar. Cuál fue la sorpresa y la alegría de Pedro al leer las palabras siguientes:

«Soy subteniente. Al llegar Brest sé tu viaje.

Voy también París. -Juan»

-¡Subteniente! ¡Ya es subteniente! –exclamó el marino lleno de júbilo. - ¡Y va a llegar! ¡Qué desgracia que Juana no está buena! ¡Sería tan feliz en este momento!

Una voz débil pero dulce y alegre, que salía de la habitación de la enferma llegó hasta Pedro.

-Te he oído, Pedro –decía. -Estoy mejor. Ven a hablar un poco e,omm2o.

El joven no se hizo de rogar la conversación entre los dos prometidos fue alegre y animada. Juana decía la verdad: estaba mucho mejor. Los colores habían aparecido en sus mejillas, y aunque muy cansada todavía, sentía renacer en sí la vida. Además, empezó a tener apetito, señal de que recobraba las fuerzas.

-¡Qué felicidad! -murmuraba. -He vuelto a encontrar a Magdalena y va a llegar Juan...

Juana había ya perdonado cordialmente a su amiga aquel silencio de un año, y su alma, vuelta a la esperanza, volvía a forjar con más entusiasmo que nunca los proyectos de otro tiempo sobre Magdalena y Juan.

La huérfana soñaba con la dicha de los suyos.

III

¡POBRE MADRE!

En Lorient, cerca de aquella tierra de Carnoet, donde Juana había pasado su pobre, pero dichosa infancia, el hogar de la señora de Jorge Raveaux era el teatro de un drama continuado de esos que acaban por matar por la lenta reabsorción de las lágrimas que no pueden correr.

Berta Raveaux había permanecido inconsolable desde la catástrofe que al arrebatarse a su hija, la privó de la razón, y la herida de su alma no se había cicatrizado. Aquella herida arrojaba sangre como la arrojan las heridas mal curadas, a intervalos y con horribles recrudescencias de su sufrimiento.

La pobre madre vivía absorta en penosas meditaciones y en una contemplación interminable, en la que sus lágrimas corrían gota a gota, mientras se exhalaban de su pecho extrañas llamaradas. ¡Juana! ¡Mi Juana! ¿Para qué me has dejado, hija querida?

Y la demente se abandonaba a esas incoherencias que, si probaban la falta de equilibrio de su razón, demostraban también que el corazón no pierde jamás sus delicadezas ni sus sensibilidades.

-¡Oh! Mi Juana adorada,... ¡Cómo has debido padecer al morir! Aquella noche horrible era muy negra... y tú no podías dormirte sin luz en nuestro cuarto... Aquella agua era muy fría... y tú tenías siempre tu camita bien caliente... ¿Por qué te dejé marchar sola?...

La demente aludía acaso al suceso espantoso que le había arrebatado a su hija.

Raveaux, que adoraba a su mujer, había tratado en vano de curarla en aquellos doce años y procurado por todos los medios devolverle la calma de los días de amor y de las horas de dicha.

El también tenía el corazón de luto por la pérdida de su hija. El mundo, con su juicio superficial, no compadece más que a las madres.

¿Quién puede, sin embargo, sondar el abismo de sufrimiento que se abre en el corazón de un padre?

En cuanto se establecieron en Francia, consultó a todos los médicos célebres y a todos los especialistas renombrados. Todos le aconsejaron los viajes y las distracciones. La locura de la mujer de Raveaux no era incurable y estaba comprendida en la categoría de dolencias mentales que los alienistas llaman «melancolía». Sólo podía curarse bajo la influencia de un acontecimiento dichoso. Lo importante era, pues, provocar ese acontecimiento.

Un gran médico de París había sugerido a Raveaux una idea acertada.

-¿ Por qué -le dijo, -no trata usted de distraer la atención de la enferma adoptando un niño?

-Sería el mejor medio de satisfacer su necesidad de ternura maternal.

Jorge probó ese medio, no hay para qué decir que inútilmente, y para ello admitió en la casa, a una criada viuda que tenía un hijo, por el cual Berta había manifestado algún interés.

Pero pronto vio Raveaux que la ternura de su majer por el niño Ives Madec no era más que una afectuosa solicitud.

Entonces Jorge hizo uso de su autoridad para obligar a su mujer a dar grandes paseos que, a veces, duraban dos o tres días, sin salir de la zona de Lorient.

A la vuelta de uno, de esas excursiones, la pobre demente llegó a su casa profundamente conmovida.

Jenny, la doncella que la acompañaba, contó que en lo lindo del bosque de Carnoet habían encontrado un niño y una niña que tocaba el violín, y que la enferma se había emocionado hasta casi desmayarse al ver las facciones de aquella pequeña.

Aquella crisis había sido más funesta que provechosa para la salud de la alienada, pues, si bien hizo que sus períodos lúcidos fuesen más frecuentes el estado general del organismo perdió todo lo que había ganado la inteligencia.

Berta se había puesto extraordinariamente nerviosa e irritable, no soportaba ninguna contrariedad y se abandonaba a accesos de cólera inexplicables. Poco a poco su estado llegó a ser el de tina tristeza silenciosa y absoluta, de la que nada podía arrancarla.

Un suceso enteramente imprevisto y que hubiera podido tener funestas consecuencias, vino, sin embargo, a modificar felizmente aquella situación y a levantar, en cierto modo, la personalidad tan deprimida de Berta.

¿Había olvidado la enferma el incidente del bosque de Carnoet? Nadie hubiera podido decirlo, ni acaso ella misma. La verdad era que, por una aversión falta de toda lógica, la loca no había querido volver a pasar por el sitio de su encuentro con Juana Sin Nombre, lo que desesperaba a Jenny, pues ese síntoma indicaba que la enfermedad iba tomando la forma incurable de la monomanía.

Ahora bien; un día del mes de abril ocurrió que el cochero, olvidando las recomendaciones ordinarias de su ama lanzó el caballo camino de Quimperlé, por el paso a nivel de la carretera de Gestel.

La demente no se dio cuenta al principio de esa infracción de sus órdenes, pero de pronto exhaló un grito y dijo imperiosamente al cochero:

-¿Pero lo hace usted adrede, Jozón? Ya sabe, usted que no quiero ir por ahí...

Estaban precisamente en una encrucijada, en la que un camino conducía a Ellé y otro a Gestel.

Siguiendo la primera vía, se llegaba directamente al río, que se pasaba por un puente, para llegar directamente a Quimperlé atravesando el Laita.

El cochero, al oír aquella interpelación, se aturdió completamente y quiso volver atrás para tomar el camino de Gestel, pero tiró de las riendas tan bruscamente, que el caballo, asustado, dio dos o tres botes desordenados y se lanzó a todo escape por el nuevo camino.

Fue aquella una carrera mortal, diabólica, durante la cual el frágil carruaje estuvo muchas veces a punto de hacerse pedazos. El co-

chero hacía esfuerzos desesperados para contener el caballo, y las dos mujeres, aterradas, pedían socorro a los escasos transeúntes.

Pero éstos, obedeciendo al instinto de conservación, sólo pensaban en quitarse de en medio y en guarecerse detrás de los árboles.

En un recodo del camino, una sacudida más violenta despidió al cochero contra una roca y el pobre hombre se quedó inanimado, perdiendo la sangre en abundancia, pero preservado por eso mismo de una congestión fulminante.

El caballo, más y más enloquecido, había tomado un galope infernal.

A unos treinta pasos delante de él corría un arroyo afluente del Isole y que se pasaba por un puente rústico, en reparación en aquel momento. Uno de sus lados no tenía parapeto y el paso estaba reducido a la anchura estrictamente necesaria para un carruaje.

La catástrofe era, pues, inevitable. Las dos mujeres, como si hubieran perdido la conciencia por la inminencia misma del peligro, habían cesado de gritar, y blancas como espectros, se dejaban arrebatar a la muerte sin intentar ninguno de esos medios que son a veces peores que el mal que se trata de evitar.

De repente, rápido como el rayo, un hombre surgió de la cuneta y saltó a la cabeza del caballo. Tomado por las orejas y por el bocado, el animal flaqueó al sentir la sacudida y dobló las patas delanteras mientras las limoneras del coche le aplastaban los ijares al ir a estrellarse contra el suelo. Aquella brusca parada hizo caer a la enferma y a la doncella contra los almohadones del coche, pero a pesar de la violencia del choque, no se hicieron daño alguno.

Cuando pasó el primer momento de estupor, las dos miraron con agradecimiento y admiración a su valiente salvador. Era un buen mozo de unos veintidós años, que llevaba con varonil bizarría el uniforme de subteniente de infantería de marina.

En cuanto Berta pudo hablar, formuló su reconocimiento.

-Le debemos a usted la vida, caballero -dijo con voz entrecortada por los espasmos de una violenta emoción. - Nuestra gratitud será eterna. ¿Quiere usted decirnos su nombre?

El oficial sonrió con graciosa indiferencia:

-Me llamo Juan Plouhernó. Soy subteniente en el 2º regimiento de infantería de marina. Y celebro en el alma, señoras, haber podido sacar a ustedes de ese apuro.

Una vez conjurado el peligro, acudió mucha gente y se vio que, por fortuna, no había más que un herido, el cochero, y éste no tan gravemente como se hubiera podido suponer, pues no tenía fractura alguna, sino sólo una erosión que fue fácil curar por de pronto con agua fría y una compresa.

Pero si el cochero estaba en disposición de ocupar su pescante, éste se encontraba completamente destrozado y el caballo en un estado lamentable.

Se decidió, pues, ir a pie hasta Gestel, que no distaba más que un kilómetro, y Juan Plouhernó ofreció el brazo a la señora de Raveaux.

Durante el camino hablaron amistosamente.

-Es extraño -dijo la pobre mujer, -cuando lo miro a usted me parece que sus facciones no me son desconocidas y que lo he visto en otra ocasión.

El subteniente sonrió y dijo alegremente:

-Y no se equivoca usted, señora; yo estoy seguro de haber visto a usted y voy a decirle en qué circunstancias.

Juan, entonces, recordó el episodio del coche en el bosque de Carnoet, la falta que el cometió y la intervención de Juana.

-¡Cómo! -exclamó la enferma muy turbada; -¿es usted aquel pequeño que perseguía a los viajeros para pedirles unos centavos?

-Sí señora -respondió el oficial ruborizándose, -yo soy aquel pequeño mendigo. Después me he corregido, pero ya ha visto usted -añadió con alguna ironía, -que aquello me ha servido para saber correr detrás de los coches.

La de Raveaux se mordió los labios y hubiera querido borrar su frase, pero no pudiendo hacerlo, trató de corregirla:

-Bien sabe Dios, caballero, que no he querido ofenderá mi generoso salvador. No debe usted ruborizarse por esos pecadillos de muchacho, hoy que ha, probado tan bien lo que puede la voluntad.

Y añadió ofreciéndole la mano con encantadora, sonrisa:

-¿Quiere usted tenerme en adelante por su amiga fiel y darle ocasión de probarle mi gratitud?

Juan movió la cabeza con melancolía y respondió:

-No, señora, no pondré a prueba su benevolencia. Me basta haberla provocado haciendo a usted un servicio que hubiera hecho con la misma espontaneidad a otra persona cualquiera. Pero, no sé por qué, tengo el presentimiento de que nuestro encuentro ha sido dispuesto por Dios para dicha nuestra.

-Sí, sí -exclamó la enferma con efusión, estrechando la mano del oficial, -quiero creerlo como usted. Me parece que en mi dolorosa existencia acaba de realizarse algo extraordinario, porque usted no sabe qué desesperada criatura acaba de arrancar a la muerte.

La de Raveaux refirió entonces al subteniente su historia, la del eterno duelo que pesaba sobre ella, la pérdida de una hija de cuatro años en una espantosa tempestad ocurrida, hacía catorce años, en aquella misma costa de Bretaña, hacia Ouessant, en esos terribles parajes donde la muerte parece haber establecido su imperio.

A medida que aquella señora hablaba, Juan se interesaba más y más por su relato y le prestaba más profunda atención, pues le encontraba muchos puntos de semejanza con la dramática narración que Joel le Mat le había hecho en otro tiempo del encuentro de Juana.

Mil pensamientos de alegría y angustia se chocaban en la mente del joven.

¿Sería juguete de una alucinación? Todo lo que contaba, aquella mujer podía aplicarse a Juana. ¿Pero no se parecen irremediamente unas a otras todas esas historias de mar y de naufragios?

Para juzgar mejor hubiera necesitado conocer esos detalles ínfimos que diferencian las catástrofes.

Y, sin embargo... Pero Juan no quiso abandonarse a locas suposiciones. A las preguntas que le hizo aquella señora acerca de la «bonita niña» que lo acompañaba en el bosque, el oficial respondió que su hermana vivía en París, en la calle de Hauteville número 89, y que, habiendo terminado sus estudios en el Conservatorio, poseía actualmente un magnífico talento musical.

Y a esto se redujo la conversación. Juan iba él también a la capital a ver a su hermana, a Joel y al alférez de navío Pedro, cuyo viaje a París acababa de saber en Brest. El nuevo subteniente había aprovechado el intervalo de dos trenes para visitar Quimperlé y el bosque, y enseñar sus flamantes charreteras a su hermana Ana y a todos sus amigos.

Juan tomó el tren de las tres en la estación de Gestel, después de haber prometido a la señora de Raveaux no pasar por la comarca sin hacerle una visita.

La enferma, por su parte, sorprendió mucho a su marido al entrar en casa. Y cuando Jorge, puesto al corriente del peligro a que había estado expuesta, interrogó a su mujer, muy asombrado al ver su sonrisa, Berta le respondió:

-Quiero ir a París, Jorge. ¡Oh! Puedes mirarme. Tengo toda mi razón. La he recobrado donde podía haber dejado la vida. ¡Vamos a París!

Creo que me espera allí la felicidad.

IV JUAN Y MAGDALENA

En el pequeño departamento de la calle de Hauteville se esperaba impacientemente la llegada del joven oficial. Según la hora de salida del telegrama, Pedro había calculado qué tren había podido tomar Juan y deducido que éste llegaría por la mañana a las ocho.

-¡Cuánto me hubiera gustado ir a esperarlo contigo, Pedro!
-murmuró tristemente Juana.

-No tengas cuidado -respondió el joven, -no nos entretendremos en el camino. Además, -añadió sonriendo, -trata de no despertarte temprano y el tiempo se te hará menos largo.

Pedro y Joel se fueron a la habitación que ocupaban en común; y cualquiera que hubiese entrado momentos después los hubiera encontrado profundamente dormidos. Juana, en cambio, no pudo conciliar el sueño en mucho tiempo, dominada por sus proyectos, de modo que, por la mañana, estaban dando las ocho cuando abrió los ojos. Al mismo tiempo que oía las últimas campanadas del reloj, percibió ruido en la habitación contigua y llamó:

-¿Qué hora es, papá?

Joel acudió y dijo presentándole el reloj:

-Mira, mira, hija mía. A estas horas Juan debe bajar del tren y no pueden tardar.

-¡Oh! Qué alegría -exclamó la joven, encantada. -Voy a levantarme para festejar su venida.

Y como el anciano le hacía algunas observaciones, Juana respondió que se sentía fuerte y que, además, no haría imprudencias. Después se vistió y fue un espectáculo conmovedor el de aquel viejo trayendo a aquella niña todo lo necesario para su atavío y ayudándola con delicadezas de madre.

Juana se puso una bata de franela azul pálido, regalo de Magdalena y que sentaba a maravilla a su cutis de rubia, y, así preparada, se

echó de nuevo en la cama a esperar la llegada de su hermano. No tardó en resonar un vigoroso campanillazo, y mientras Joel corría a abrir la puerta, la joven se incorporó en la cama toda conmovida. Se oyó el ruido de unos besos y unos pasos rápidos que se dirigían hacia ella. Juana quiso salir a su encuentro, pero sus fuerzas le hicieron traición, y la joven hubiera caído al suelo, si dos vigorosos brazos no la hubieran sostenido. Pero se reanimó por las caricias de Juan, que no contenía su admiración y dejaba escapar de su corazón fraternal las frases más laudatorias.

-¡Pero qué bonita estás, mi Juanilla! Ya prometías mucho cuando te vi la última vez, pero has ido más allá de las más halagueñas previsiones.

La joven, un poco encarnada, sonreía al recién llegado y le devolvía sus caricias, un poco menos contenida, que con Pedro.

De pronto sus ojos miraron al marino, y vieron en él tanto amor y tanta admiración concentrada que Juana comprendió una vez más por que el cariño que profesaba a Juan, era tan diferente del amor que había, consagrado a Pedro. En aquel instante se sintió atraída hacia él por un impulso irresistible, y avanzando vacilante hacia el joven, le dijo:

-Pedro, esta mañana no me has dado los buenos días.

El marino, por toda respuesta, acercó los labios a la hermosa cabellera que servía de aureola a aquella, dulce y pálida cara.

-¡Qué buena pareja hacéis! -exclamó alegremente Juan, mientras el viejo los miraba enternecido.

El marino no respondió a la exclamación de su hermano y dijo a la convaleciente, conduciéndola hacia la cama:

-Estás cansada, Juanita mía; vamos a dejarte para que te acuestes.

-No, Pedro, todavía no. Voy a echarme vestida, como estaba cuando llegasteis, y os quedaréis los tres a mi lado.

Y así lo hizo, dichosa al verse mimada por Pedro, que la estuvo arreglando cuidadosamente las almohadas.

Después se sentó al lado de la enferma, mientras Juan se colocaba a los pies de la cama y Joel acercaba su butaca para formar el semicírculo.

Y de ese modo empezó la conversación, llena de preguntas y respuestas, como todas las que siguen a una llegada. El marino preguntaba a su hermano noticias sobre su campaña; el viejo quería conocer los hechos de armas que habían motivado su rápido ascenso; y Juana, con su curiosidad femenina, no hacía más que preguntarle detalles sobre los usos y costumbres de los habitantes del Tonkín.

Juan, que no estaba menos impaciente que ellos, aprovechaba todas las ocasiones para interrogar también a Joel, a Pedro y a Juana, y de aquel flujo de palabras nacían mil *quid pro quo* y despropósitos que hacían reír a los cuatro habladores y suspendían por un momento su charla.

Juan fue el primero que puso término a aquella ruidosa conversación. Su voz tembló de repente y sus facciones se alteraron. En la voz, en el acento, en un no sé qué indefinible de la fisonomía de Juana, acababa de descubrir cierto parecido con la señora a quien había salvado en Quimperlé. Aquella señora, no era posible dudarlo, era la madre de Juana. La joven y Pedro notaron enseguida la turbación de su hermano.

-Y bien, mi oficial, ¿qué mosca te ha picado? -dijo Juana afectando indiferencia.

Juan dio una respuesta evasiva, pero sus ojos siguieron obstinadamente fijos en la fisonomía de su hermana, con expresión melancólica, hasta tal punto, que la joven insistió:

-Vamos a ver, Juan, ¿qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

-Es que me está chocando un parecido asombroso. Un encuentro que he tenido en circunstancias muy raras, que os contaré, me ha hecho conocer a una señora, a una pobre madre que llora a su hija, y me parece que he visto a esa hija en alguna parte.

No dijo más para no alterar la tranquilidad de Juana, pero se propuso contárselo todo a Pedro, a fin de que éste le ayudase con sus consejos.

De repente, un campanillazo interrumpió las reflexiones de Juan, y antes de que el joven se levantase, Joel corrió a abrir la puerta e introdujo a un nuevo personaje.

Era una joven de radiante belleza y grandes ojos negros y cuya abundante cabellera de reflejos azulados se desbordaba de una pequeña toca de terciopelo. La visitante se detuvo, sorprendida, en el umbral de la puerta.

-¡Qué! Magdalena -dijo alegremente la huérfana, -¿son mis hermanos los que te intimidan hasta el punto de no dejarte abrazarme?

Y Juana abrió los brazos a su amiga querida.

Magdalena avanzó entonces presurosa hacia ella y cubrió de besos la cara enflaquecida de la linda violinista.

Pasados los primeros momentos de efusión, la recién llegada se irguió lentamente con un movimiento que puso de relieve toda su gracia.

-Ahora, querida, preséntame. Conozco a este caballero -dijo refiriéndose a Pedro, -pero soy una desconocida para tu hermano Juan.

Y la joven pronunció el nombre de Juan con una dulce inflexión de voz y una encantadora sonrisa.

-Se engaña usted, señorita -dijo Juan inclinándose galantemente. -No es usted una, desconocida para mí, pues en cualquier parte que la hubiese visto, hubiera conocido a la amiga preferida de nuestra Juana.

-Enhorabuena -exclamó el marino. -Esto nos dispensa de una presentación ceremoniosa, puesto que los dos se conocen ustedes.

Juan corrió a buscar una silla para Magdalena, pero ésta, sin esperararlo, se sentó en la cama en el sitio que el subteniente había dejado vacío.

-Siéntese usted en la silla -dijo amablemente. -Yo recobro el sitio que hubiera debido ocupar siempre.

Y los cinco, reunidos, reanudaron la conversación en el tono más cordial y más alegre.

Magdalena tuvo que dejar a su amiga para irse, a almorzar, pero prometió volver al día siguiente.

En cuanto se marchó, la violinista llamó a Juan. Quería saber qué pensaba su hermano de la joven.

Y ocultando su ansiedad bajo una apariencia de alegría, dijo riendo:

-Vamos a ver, Juan, ¿qué me dices de Magdalena? ¿Verdad que no la adulaba en los retratos que te hacía de ella?

-Sí -respondió el joven con voz grave. -Es admirablemente hermosa y parece inteligente y buena.

-Y lo es, en efecto -dijo Juana con entusiasmo. -Yo la quiero como a una hermana.

La artista sabía ya a qué atenerse sobre los sentimientos de Juan respecto de su amiga. Faltaba saber qué impresión había producido él en Magdalena, y esto era fácil de averiguar, pues la joven no le había ocultado jamás sus secretillos.

Al día siguiente, Juana recibió levantada, los buenos días de sus hermanos y el beso de su amiga. Joel cedió la butaca a la convaleciente y todos se agruparon a su alrededor, mientras Plutón se echaba a los pies de su dueña.

Y durante algunos días se pasaron así las mañanas en aquel hogar bretón.

Pronto pudo salir Juana. ¡Qué hermosos paseos los de la joven artista en compañía de sus hermanos y de su amiga! Joel, cuando los acompañaba, se dejaba adelantar por aquellas dos jóvenes parejas, a las que no podía seguir, y las miraba de lejos con orgullo. Había adivinado lo que pasaba en aquellos corazones y, con infinita delicadeza, los seguía para cubrir las apariencias, pero no quería interponerse entre ellos.

Juana no había podido todavía provocar una confianza de su amiga, pero estaba segura de la posibilidad de su proyecto.

Cuando todos salían juntos, Magdalena y el oficial se alejaban un poco, involuntariamente de Juana y Pedro, los cuales se sentían también como aislados en medio del bullicio parisiense, y Juana daba entonces rienda suelta, a su imaginación viva y ardiente, excitada por las respuestas ingeniosas de la joven.

Por su parte, la señora de Bernal, dominada a pesar de todo por la ternura maternal, empezaba a prescindir de sus prevenciones, y como Juana se mostraba con ella de una exquisita galantería, la buena señora comparaba involuntariamente aquel guapo mozo sencillo y recto, que tan brillantemente había conquistado su grado, con el orgulloso barbilindo, que en un momento de egoísmo había escogido por marido a su hija.

Pero no lo era todavía, ni mucho menos, y la misma Magdalena, se encargó de notificar a su madre su decisión en ese punto.

Un día en que Juan había almorzado en casa de los Bernal y conquistado en dos horas al padre de Magdalena, ésta, envalentonada con la complicidad paternal, abrió vigorosamente el fuego contra su madre.

-A propósito, mamá -dijo sin preámbulos -¿qué vas a hacer de ese querido señor Mirio? El ataque fue tan brusco y tan inesperado, que la señora de Bernal se quedó con la boca abierta y sin saber qué contestar.

-Sí -insistió la terrible niña, -¿qué vamos a hacer del buen Mirio, el candidato a mi dote? Tú, que lo inventaste, debes ser la que me desembarace de él, porque nunca me ha gustado mucho ¿sabes? pero ahora me horripila.

La de Bernal cambió de color, pero quiso, con todo, invocar su autoridad y replicó con bastante acritud:

-¡Ah! ¿Te has cansado de Alberto? Sí... Creo saber quien es el rival dichoso que lo vence.

-Querida mamá, no es difícil saberlo, ni hace falta mucho para aventajar al tal Mirio.

-Sí -dijo la madre en tono gruñón, -así son las muchachas. Con tal que un hombre tenga buen palmito y el aspecto de un héroe de novela, hételas dispuestas a casarse con él, sin preguntar si posee las demás cualidades que se deben exigir de un marido ni mirar la cuestión del porvenir.

-¡Las demás cualidades! - exclamó Magdalena. -Me parece que Juan está abundantemente provisto de ellas.

Y viendo que había dejado escapar involuntariamente su secreto, añadió:

-Pues bien, sí es verdad prefiero decirlo francamente. Nunca me hubiera casado con Mirio, mientras será con mucho gusto la mujer de Juan Plouhernó. Decidid ahora si queréis asegurar mi felicidad.

-Pero, hija mía -dijo la madre, -no podemos tomar una resolución tan grave sin conocer más seriamente a ese joven. Además, falta saber si tú le gustas.

Magdalena hizo un gracioso movimiento de cabeza y sus grandes ojos dijeron claramente:

-Eso es cuenta mía y sé a qué atenerme...

Entonces el padre, que pensaba que en tal materia era su hija la mejor enterada, dijo por su parte a su mujer:

-Creo, amiga mía, que Juan tendría que ser muy descontentadizo si no admirase a nuestra Magdalena. Yo entiendo de estas cosas y sé que ese joven está perdidamente enamorado de ella. Además, me gusta mucho y no sentiría el tenerlo por yerno. Magdalena es bastante rica para casarse con un hombre pobre. Dejémosle la libertad de elegir.

La joven, encantada con esas palabras, abrazó a su padre y le dijo al oído:

-Os dejo solos. Pero decide a mamá. Cuento contigo para conseguir la victoria.

Poco tiempo después de esa conversación y estando Magdalena de visita en casa de su amiga, recibió Pedro una orden telegráfica llamándole para dos días después. Aquello fue una consternación general

y Juana, que empezaba así su aprendizaje de esposa de marino, sintió que su corazón se oprimía y que las lágrimas asomaban a sus ojos. Magdalena y Juan cambiaron una larga mirada, pensando que pronto les llegaría la vez, y la joven se preguntó si llegado ese caso, contaría con la promesa de Juan como consuelo y si al separarse podrían considerarse como novios.

La despedida de Pedro y Juana fue desconsoladora.

Estaban sentados por última vez el uno enfrente del otro en el cuarto de la joven. Una hora, después el alférez de navío no estaría ya allí y la fuga de los minutos les hacía más cruel la inminencia de la separación. Pedro, que no había hecho aún la declaración de rigor, estaba tan turbado y tan vacilante, que no podía hablar. Pero tuvo, por fin, que vencer su emoción.

-Juana --dijo, -vamos a despedirnos para mucho tiempo, acaso para siempre, y ha llegado el momento de hacerte ver mi corazón, puesto que te pertenece desde nuestra niñez. Sabes bien que no eres mi hermana y que ignoramos cuál es tu familia. Pero todo hace suponer que era rica y de una condición superior a la nuestra. Nuestro padre era un santo, sin duda, pero esa condición no basta para el mundo. ¿Bastaría para ti, si puedo conquistar el grado y la dote necesarios para que seas mi mujer?

-¡Oh! Pedro, ¿lo has dudado nunca? ¿ Me dices esas cosas porque no eres ya mi hermano?

Pedro asió aquellas manitas blancas y las cubrió de besos. Después dijo conmovido:

-No, no, mi Juana querida, jamás he dudado de ti. Estaba seguro de tu respuesta. Pero pensaba que tendrás que esperarme mucho tiempo mientras pudieran presentarse ofrecimientos ventajosos, dados tu talento y tu belleza.

-¡Cállate! -respondió Juana tapándole la boca. -Te esperaré mucho tiempo... siempre. Sólo seré tuya en la vida y en la muerte.

Y se separaron llorando.

Juana sabía que no lo vería en dos años.

V DOS RIVALES

La causa de Juan estaba casi ganada. Quedaba una, cuestión bastante importante para preocupar a unos padres: la posición del joven. Pronto estuvieron enterados respecto de esto. Juan quería continuar su carrera, que se habría delante de él con bastante brillantez para perseverar en esa vía. Magdalena no se oponía, pues la perspectiva de un rápido ascenso de su marido no la disgustaba.

Quedaba por liquidar la situación de Alberto Mirio, que no parecía darse cuenta de la frialdad que se le demostraba. Hasta el punto de que Magdalena, exasperada por su obstinación en acosarla, no sabía cómo hacer para despedirlo definitivamente.

La ocasión se presentó de un modo imprevisto y fue Juana quien la provocó.

Una tarde en que Magdalena estaba en casa de nuestros bretones, la huérfana se puso a pedir explicaciones amistosas a su amiga sobre la frialdad que había existido entre ellas durante más de un año.

-Siempre me estoy preguntando cómo ha sido posible -dijo Juana con vivacidad. -Es indudable que las cosas no han pasado naturalmente, pues por mí puedo juzgar lo que tú has sufrido.

Magdalena, que tenía empeño en disculparse, no trató de negar.

-Pues bien, sí -dijo; -es verdad. He sufrido y tanto como tú, si no más. Pero no ha sido enteramente mi culpa. Mi madre se dejó influir por ciertos rumores que llegaron hasta ella y cuya falsedad se reconoció después.

Al oír estas palabras «ciertos rumores» Juana se estremeció, sus mejillas se pusieron rojas y de sus ojos se escapó un vivo destello.

-¿Ciertos rumores? ¿Sobre mí? ¿De dónde pudieron salir? ¿Qué calumnia pudo ser esa?

La pobre Magdalena se mordió los labios, pero ya era tarde. Juana la interrogaba con la mirada tanto como con la voz, y la linda mo-

rena sentía crecer su confusión y buscaba en vano alguna razón que dar.

-Vamos a ver, Magdalena -decía Juana suplicante y con los ojos arrasados en lágrimas; -díme qué fue lo que indispuso a tu madre conmigo.

Juana parecía tan conmovida como su hermano. Evidentemente, el oficial no era sufrido y Magdalena temió que se comprometiera su dicha.

También Joel se creyó en el caso de intervenir.

-¿Quién ha podido transmitir esos rumores? -dijo. -¿Quién quieres que haya sido sino aquel señor tan desagradable, Alberto Mirio, el hijo del contratista de Lorient? Y sé muy bien por qué ha hecho correr esos rumores ese canalla.

Al oír el nombre de Mirio, Juana se puso roja de pálida que estaba, pero la viva indignación que se leía en su semblante decía bastante su sentimiento respecto de aquel hombre. Aquello hubiera bastado a Magdalena si todavía hubiera conservado dudas.

-¡El señor Mirio! -dijo por fin. -¡Ah! sí, tienes razón, papá. Ese señor había querido vengarse de la lección de educación que le di en casa de la señora de Bernal y más aún de las que le he dado fuera de allí. Decididamente, es un personaje grosero.

Y se puso a contar con el acento de la verdad las persecuciones irritantes que le habla hecho sufrir Alberto Mirio. Su relato terminó con una franca risa.

-¡Bah! ¡Pobre hombre! Esto le hará comprender la exactitud del proverbio: «No hay que correr dos liebres a la vez»

Aquella risa tranquilizó por completo a Magdalena, que también rió, y dijo abrazando a Juana con efusión:

-Esto indica, querida Juana, que nada puede desunirnos. Se ve que Dios se ha servido de cada una de nosotras para sacar a la otra de apuros.

Pero Juan quería saber a qué atenerse sobre esa historia, de la que se hablaba delante de él por primera vez.

La idea de que Mirio hubiera estado insolente con su hermana lo sublevaba, y a esto se unía que Alberto se hubiera considerado como pretendiente serio a la mano de Magdalena, rivalidad que, aun siendo ridícula, era un motivo de exasperación para un enamorado de su temple.

-Quisiera yo -dijo, - ver a ese señor cara a cara.

-¡Bah! -respondió Joel, -las personas de esa especie no merecen que nadie se ocupe de ellas.

Pero por la noche, cuando se fue Magdalena, Juana se alarmó al ver la frente nublada de su hermano y le preguntó la causa.

Juan trató de negar y de disipar las sospechas de la joven, pero no lo logró.

-Nunca me has contado nada, Juan -le dijo. -Díme qué tienes y te guardaré el secreto.

El oficial acabó por convencerse, y como conservaba esa ingenuidad casi infantil propia de los caracteres rectos, se lo dijo todo a su hermana, sin ninguna reticencia.

-Pues bien, sí, tengo algo... Tengo que lo que ha hecho contigo ese señor Mirio me mortifica y me fastidia. Ese majadero ha creído que no había nadie detrás de ti para defenderte. Merece una lección y pienso dársela muy pronto.

Juana entonces sintió miedo.

-¡Dios mío! ¿Pero qué vas a hacer? ¿Crees que el asunto vale la pena?

Y su imaginación le presentó enseguida los más crueles horrores.

El oficial se dominó al fin y consiguió tranquilizar completamente a Juana.

Y acaso él mismo no hubiera pensado más en tal cosa si un incidente no hubiera venido a reanimar sus rencores.

Ocurrió que los señores de Bernal, completamente conquistados ya por su futuro yerno, quisieron presentarlo en las casas que ellos frecuentaban y entre ellas, en el salón de Delsalle.

Juan fue, pues, invitado por el artista, al mismo tiempo que Joel y Juana. Delsalle recordaba que le Mat le había suministrado buen número de los motivos que daban más realce a su reciente obra, una ópera cómica, todavía inédita, que acababa de ser admitida en el teatro y de la cual esperaba buena cosecha de glorias y provechos.

Entretanto, el ilustre violinista había ya hecho publicar en el *Fígaro* varios trozos de *El Rey Gradlón*, y el gran Valsenet, saliéndose del ordinario espíritu de crítica de los artistas unos con otros, había proclamado «admirable» la ópera de Delsalle.

Se trataba, pues, ahora de confirmar esas noticias, dando a unos cuantos privilegiados una audición de la obra maestra. El músico había escogido escrupulosamente a los invitados y tuvo cuidado de comprometer con anticipación a Joel y a su hija para que pusiesen de relieve ciertos motivos que ellos conocían mejor que nadie.

Por fin llegó aquella velada que debía ser memorable, y Delsalle recibió amablemente a los convidados, ninguno de los cuales faltó a la cita, de tal modo aquella fiesta artística había conmovido al mundo de las artes. El gran Valsenet brillaba en el salón como si fuera el rey de la fiesta y favoreció la obra de su amigo con unos cuantos bravos que, tuvieron gran precio entre las personas de buen gusto.

Llegó el momento en que Joel y Juana debían empezar su parte, y al ir a presentarlos a los auditores, el célebre violinista sintió un escrúpulo muy natural.

-Señores - dijo, - debo cumplir un deber de agradecimiento. Cuando hace un momento habéis aplaudido algunos trozos de mi ópera, no sospechabais que vuestros elogios se dirigían también a dos colaboradores míos. Debo a esta señorita y, sobre todo, el señor le Mat el haber podido intercalar en la partitura ciertos aires particularmente auténticos que lo dan un sabor local muy pronunciado. Por eso he querido que me prestasen hoy el concurso de sus raros talentos interpretando ellos mismos los trozos de que les soy deudor.

Esas frases fueron dichas tan sencillamente y con tan encantadora modestia, que con ellas aumentó el renombre de Delsalle.

Así presentados, nuestros dos amigos fueron objeto de frenéticos bravos, aun antes de haber tomado los instrumentos.

La pieza en cuya ejecución iban a tornar parte, era la más capital de la ópera, y Delsalle se había reservado modestamente en ella la parte de tercer violín. Magdalena Bernal estaba encargada de tocar alternativamente el piano y el armonio, y el cuarteto era tal que debía entusiasmar al auditorio.

En efecto, Joel tocó su parte con un vigor y un brío admirables y dispuso a los presentes a una especie de delirio admirativo.

Y ese delirio llegó al paroxismo cuando Juana, en el pleno de la inspiración, puso en su parte toda su alma.

También Magdalena conquistó abundantes laureles, y Delsalle, con la cara radiante y los ojos húmedos, dio las gracias a los ejecutantes con una emoción tan sincera, que le valió una nueva ovación.

Juan había gozado con delicia del triunfo de su hermana y de la mujer amada.

Pero de pronto, al volverse hacia el fondo del salón, vio una cara que creyó reconocer.

Era la de un joven con patillas cortas, de un rubio algo rojizo, de cabello reluciente y con un monóculo en el ojo derecho. Aquella cara le fue antipática en el acto, por la expresión de satisfacción irónica que ostentaba.

-Este debe ser el Alberto Mirio -pensó el oficial, cuyo corazón se puso a dar saltos.

El quídam se levantó y se dirigió al grupo formado por el dueño de la casa y los artistas.

Juan, entonces, dejó también su sitio y se acercó el primero al mismo grupo. Juana y Magdalena, radiantes, estaban recibiendo las felicitaciones de la concurrencia, electrizada, y las repartían con Joel y Delsalle.

-Y bien, Juan -preguntó la huérfana, -¿ estás contento de mí?

-Estoy aturdido, aplastado -respondió el joven, muy sincero en su hipérbole laudatoria.

-¿Y de mí, qué piensa usted, Juan? -dijo a su vez Magdalena con una seductora sonrisa.

-Sabía que era usted buena pianista, pero no que igualara a los artistas más eminentes.

Mientras todo esto, el señor del monóculo había logrado atravesar las filas de sillas, y, lleno de audacia, se inclinaba ante Magdalena con sonrisa afectada.

La joven le respondió con una seca reverencia, y volviéndose a Juan, que miraba desdeñosamente al intruso por encima de las charreteras, dijo:

-Voy a presentarlos a ustedes, señores... El señor Mirio... El señor Plouhernó, hermano de mi amiga Juana...

Aquella designación no pareció confundir al petimetre, que alzó la cabeza y se sujetó el antejo para mirar al oficial con más impertinencia. Después dijo:

-He conocido un Plouhernó en mi país, cerca de Quimperlé. Era un almadreñero... ¿Lo ha conocido usted?

-Era mi padre -respondió Juan, cuyos ojos despidieron un relámpago.

Entonces Magdalena, palideciendo de repente, se dirigió al elegante, y le dijo:

-A propósito, señor Mirio, olvidaba decir a usted que el señor Plouhernó es mi prometido.

El hijo del contratista cambió de color y balbuceó no se sabe qué, pero recobró enseguida su aplomo para responder:

-Mi enhorabuena, señorita. Eso va a consolidar para siempre la amistad de usted con la linda hermana de este caballero.

Y, designando al oficial añadió:

-Pero no sabía que esta señorita se llamaba Plouhernó. La creía hija del señor le Mat...

Aquello era más que una insolencia: era una infamia.

Juan dejó caer pesadamente la mano en un hombro de Alberto, que se encogió al sentir el choque, y, muy pálido, le dijo acercándole la cara:

-¡Ni una palabra más, o lo abofeteo a usted en pleno salón!...

Algunas personas oyeron la frase y se volvieron. El joven Mirio sacó de su cartera una tarjeta y se la presentó al subteniente. Este la rechazó desdeñosamente.

-No invierta usted los papeles -dijo. -Yo soy quien debe esperar sus padrinos. Ya sabe usted dónde vivo.

Y volvió la espalda al *boulevardier*, que se marchó con la vergüenza de su conducta y de la lección que acababa de recibir.

Pero estaba Mirio demasiado empapado en las ideas modernas sobre el honor para no pensar en una reparación por las armas. Y los dos jóvenes, con el corazón oprimido por legítima angustia, temblaban ya de espanto.

Pero más se asustaron cuando, el día siguiente, Magdalena supo por Juana que, por la mañana habían ido dos señores y celebrado con Juan una larga conferencia.

-¡Dios mío! -exclamó Magdalena juntando las manos, -¿Qué va a resultar de todo esto?

-¡Que Dios nos proteja! -dijo Juana, con la voz ahogada de sollozos.

VI LÁGRIMAS DE ALEGRÍA

Juan había estado un momento en su casa por la tarde y vuelto a salir pretextando asuntos urgentes. Y Joel se había también marchado para volver tarde.

El día que iban a pasar Juana y Magdalena era negro y triste.

Cuando las dos estuvieron solas, Juana enseñó a su amiga dos cartas que acababa de recibir.

-Aquí tienes lo que son las contradicciones de la existencia. He leído ahora mismo estas dos cartas, en el momento en que experimento la pena más cruel de mi vida. Así, las he visto con indiferencia a pesar de que me traen una alegría y una satisfacción de amor propio, Magdalena abrió las cartas y las leyó con gran interés.

La primera era de la Duquesa de Nimes y decía:

«Señorita: He asistido a la magnífica velada de nuestro gran Delsalle y admirado el maravilloso talento de usted y del señor le Mat. Delsalle me ha prometido la segunda audición de su obra, y me ha hecho esperar que ustedes aceptarán desempeñar su parte. Voy a hacer la misma petición a la señorita de Bernal con iguales probabilidades de éxito»

Y la Duquesa añadía amablemente en una posdata:

«Los emolumentos son de cien pesos»

Aunque tenía la mente llena de preocupaciones, Magdalena no pudo evitar una sonrisa irónica.

-¡Cómo le gustan los superlativos a la Condesa!... Nuestro gran Delsalle... Magnífica velada... Maravilloso talento... ¡Lo que es la fama! La velada de Delsalle no te ha dado más mérito, pero te ha dado a conocer... Y ahora todo es admiración...

-Sí -dijo Juana, -y admiración que se traduce en cientos de pesos... Henos aquí lejos de un peso del baile de la taberna... ¡Pobre

gente! Sus simpatías y sus cumplimientos estarán siempre grabados en mi corazón.

Magdalena recorrió vivamente la segunda carta que decía:

«Señorita: Tengo que solicitar de usted unos minutos de conversación que no le pesarán y le darán la ocasión de realizar una buena obra que nada tiene de vulgar. Se trata de devolver un poco de tranquilidad y de dicha a una mujer joven todavía, a una pobre madre cruelmente desgraciada. En el curso de nuestra conversación diré a usted lo demás. No tendrá usted que disponer más que de unas horas a la semana, y no se discutirán los honorarios»

La carta estaba firmada: *Paula Raveaux*.

-Mañana, cuando esté más tranquila, responderé a estas cartas -dijo Juana. -Esa pobre madre, a quien no conozco, me interesa vivamente. ¿Por qué Dios no me ha conservado la mía?

Así acabaron las dos el día, pronto dominadas otra vez por la angustia que les oprimía el alma.

Por la noche, sin embargo, se tranquilizaron un poco viendo a Juan más tranquilo y más alegre que nunca.

Pero al día siguiente, Juana, al levantarse, se quedó confusa al ver que estaba sola en la casa.

Juan había salido de paisano, pues su uniforme y su sable estaban en una percha, y tampoco Joel estaba en su cuarto.

La joven asustada, bajó la escalera de cuatro en cuatro escalones para preguntar a la portera. Pero la buena mujer no la tranquilizó al decirle que esos señores habían salido a las seis de la mañana, y contra su costumbre, no le habían dirigido la palabra al pasar.

La pobre niña subió a su cuarto presa de una infinita desolación. Nunca se había sentido tan afligida ni tan desamparada como en aquel momento.

¿Quién podía decir qué drama se estaba realizando en aquel momento? Aunque Juan fuese militar y valiente, también podía serlo Mirio. El duelo tiene siempre un desenlace determinado por el azar.

¿Irían a traerle a su hermano herido o muerto tal vez?... ¡Oh, qué horror!

Juana iba y venía, trémula, y trataba de no pensar y de alejar aquellos funestos presentimientos.

De pronto sonó la campanilla.

Juana acudió a la puerta, lívida y desfallecida.

¿Qué iba a ver al abrirla? Acaso dos hombres transportando un herido o un moribundo...

Pero fueron la señora de Bernal y Magdalena las que entraron.

Estaban muy inquietas y Magdalena había pasado una noche agitada y llena de pesadillas sangrientas. En cuanto la joven vio la fisonomía alterada y llorosa de Juana, comprendió lo que sucedía y exclamó con desesperación dejándose caer en una silla:

-¡Oh!... ¡Mi sueño!...

Y aquella pobre casa, en la que la huérfana había ya llorado tanto, fue un coro de lágrimas y suspiros.

A las nueve y media, cuando más dominadas estaban las tres por la pena, la campanilla resonó de nuevo bruscamente.

Las tres mujeres se levantaron como por un resorte, pálidas como muertas.

Aquella vez tenía que ser la funesta noticia, pues estaban tan desanimadas que no sabían esperar más que la desgracia.

Pero una voz alegre y burlona dijo por la cerradura:

-¡Juana! ¡Juanilla! ¿Estás todavía en la cama?

Juana, que avanzaba penosamente hacia la puerta, gritó a su vez con voz alterada por la emoción:

-¡Señora! ¡Magdalena! Es él... es Juan...

-Sí, soy Juan -respondió la voz enternecida del oficial al recibir en sus brazos a Juana, casi desfallecida.

Pero al abrir los ojos, la joven lanzó otra exclamación de intensa alegría:

-¡Pedro!... ¡Pedro también! Todas las alegrías llegan hoy al mismo tiempo...

-Es que Dios nos debía una compensación de nuestras angustias y de nuestras lágrimas.

-¿También usted ha llorado? -dijo tiernamente el oficial, mientras Pedro entraba dando el brazo a Juana.

Usted será el único que no lo note -respondió la linda morena.

Y volvió hacia el joven sus hermosos ojos, en los cuales fijó Juan una mirada de intensa adoración.

-Acaso he hecho mal de exponer mi vida -dijo a Magdalena, -pero, ¿cree usted que no la expondría diez veces por tener la alegría que encuentro aquí al volver?

-¡Cruel! -respondió la joven con encantadora sonrisa. -¿No tiene usted en cuenta para nada mis sufrimientos?

Pero, enseguida y poseída por un interés menos egoísta preguntó:

-¿Y el otro?... ¿Cómo ha salido del lance? Supongo que no lo ha matado usted...

El subteniente prorrumpió en una carcajada.

-¿Tengo yo cara de venir de matar a un prójimo? Sepan ustedes que todo este duelo ha sido una fantasmagoría. Ya sabía yo que ese caballero era un mandria. No he tenido más que levantar la mano hasta su cara para que se confundiera en excusas. Supongo que en adelante será más prudente.

La señora de Bernal no pudo menos de reírse como los demás.

-¿Cómo es que te tenemos por aquí tan pronto, Pedro? -preguntó Juana.

El alférez de navío explicó que había recibido un telegrama de Juan pidiéndole que viniera lo más pronto posible. Y como ya tenía él el proyecto de volver a París, pues lo habían destinado a la escuadra del Mediterráneo, en la que debía embarcarse dentro de diez días, había acudido al llamamiento de su hermano.

Se trataba, pues, de una ausencia de dos años, pero por fortuna, iba a pasarlos muy cerca.

Cuando pasó la primera efervescencia de alegría, todos hablaron de las cosas inmediatamente interesantes.

La huérfana enseñó a sus hermanos y a Joel las dos cartas -que había recibido.

La invitación de la Duquesa de Nimes era magnífica ocasión, y el viejo músico opinó enseguida que debían aceptarla como artistas.

En cambio, se discutió un poco la cuestión en lo que se refería a Magdalena, la cual era rica, y no necesitaba los honorarios que ofrecía la Duquesa.

Pero la joven, por otra parte, era casi indispensable para el éxito del cuarteto y cifraba una verdadera satisfacción de amor propio en no ser reemplazada.

Juana terminó el debate con sentido.

-Que te acompañe tu mamá -dijo, -y pide a la Duquesa que te pague en invitaciones para toda la familia.

Y así se resolvió el problema a satisfacción de todos.

Después pasaron a la segunda carta.

En cuanto oyó el nombre de la firma, Juan exclamó:

-¡Raveaux! ¡Pero si ese es el apellido de la señora que encontré en el camino de Gestel! El joven se puso pensativo y su mente se abandonó de nuevo a las singulares hipótesis del día del incidente. Después contó una vez más el dramático episodio, y repitió las palabras de despedida de aquella señora.

Todos arriesgaron alguna suposición, pero nadie pudo ir tan lejos como Juan. ¡Hay tantas madres privadas de sus hijos, y tantos hijos privados de sus madres bajo la bóveda del cielo!

En cambio, todos estuvieron de acuerdo en que Juana debía visitar lo más antes posible a la señora de la carta, y no se pasó el día sin que la huérfana respondiera en ese sentido.

Dos días después, un coche se detuvo en el número 89 de la calle de Hauteville.

Y bajó de él una señora de edad madura y de aspecto bondadoso y distinguido.

Cuando estuvo en presencia de Juana, la más intensa emoción se pintó en sus facciones, y la visitante tuvo que esperar que su turbación se dispase para expresarse en estos términos:

-Soy la hermana mayor del señor Raveaux y vengo a hablar a usted de su mujer. Mi cuñada, que ha tenido grandes penas, necesita distracciones dulces y tranquilas. La música reúne esas condiciones, con tanta mayor razón cuanto que ella ha sido en su juventud una verdadera artista. Sé que es usted huérfana: ¿quiere, usted llegar a ser, en cierto modo, la hija de esa pobre madre desolada? Hará usted una buena acción, y Dios se lo recompensará.

Aquella señora hablaba con la elocuencia del corazón, y Juana, se dejó ganar también por una emoción inexplicable. Le parecía que aquella desconocida tenía su suerte en la mano, y que estaba unida con ella por un lazo todavía invisible.

La artista prometió, pues, accederá los deseos de la señora y decirle el día en que podría disponer de su tiempo, después del concierto de la Duquesa de Nimes.

VII AMOR MATERNAL

Jorge Raveaux había accedido al deseo de su mujer y la había llevado a París.

Después había hecho venir a su lado a una hermana mayor, con cuya bondad y con cuyos cuidados contaba para restablecer completamente la razón y la salud de Berta. Paula Raveaux estaba soltera y había consagrado su vida a las buenas obras.

Conmovidada por las desgracias de Berta, había resuelto ahora consagrarse a ella, pensando que ese deber particular era tan meritorio como el de las obras de caridad más generales.

Los tres se habían establecido en un hermoso cuarto de la avenida de Yena, en el primer piso.

Y allí vivían hacía unos quince días, cuando una carta de Delsalle, antiguo amigo a cuya hermana había educado Paula, hizo que ésta asistiera al magnífico concierto del artista.

La hermana de Raveaux conoció allí a Juana, que le gustó desde el primer momento. Y subyugada por su admirable talento y seducida por su belleza y su distinción, concibió el proyecto de ganar a la huérfana para su causa. Las noticias que tomó de Juana confirmaron su resolución y Paula escribió la carta que ya conocemos, seguida de su visita.

No faltaba más que elaborar el plan de aquella curación moral, en la que la novela debía tener mucha parte.

Berta había recobrado la razón desde el accidente de Gestel, pero su tristeza había aumentado. Tenía ya una noción precisa de la perturbación mental que había sufrido, sin haber perdido la de la desgracia que había sido la causa.

Pero no era ese el motivo más inmediato de sus torturas morales.

Al recobrar la razón, Berta se había acogido con más empeño que nunca a la esperanza de encontrar a su hija. La Naturaleza tiene

esos extraños caprichos y deja subsistir en los cerebros humanos sueños inexplicables, fecundos en amargas desilusiones, pero tan persistentes y tenaces, que parecen destinados a forzar, por decirlo así, el milagro. Tal era el caso de la madre infortunada a quien Juan había arrancado a la muerte.

En cuanto Berta llegó a París, esa obsesión tomó una forma bien caracterizada.

Quería encontrar a la niña que vio unos años antes en el bosque de Carnoet. Sabía que, vivía en París dedicada a la música, y que era hermana de su salvador, y estas noticias habían avivado en Su Mente los detalles del encuentro.

Paula, pues, había previsto, sin saberlo, los deseos de su cuñada al visitar a Juana. Todo estaba preparado para el encuentro de la huérfana con la señora de Raveaux.

Bajo el imperio de esa esperanza, la vida de Berta se había hecho febril y agitada, pues pasaba los días recorriendo los almacenes y los establecimientos públicos de París. Por un singular privilegio parecía substraerse a las leyes de su edad, y a pesar de sus treinta y cinco años, no representaba más que veinte. Su marido era el primero que estaba maravillado, y a no ser por la tristeza incurable de la pérdida sufrida, aquel hogar hubiera podido gozar de nuevas alegrías.

En uno de esos paseos sin objeto, Berta encontró a Juan Plouhernó cuando menos lo esperaba.

El subteniente se paseaba un día por el Bosque de Bolonia con el corazón nadando en dicha, pues estaba citado allí con Magdalena y su madre, cuando un coche, tirado por un soberbio caballo, desembocó por el paseo que viene de la *Muette*.

En el coche iban dos señoras y una de ellas reconoció al oficial.

-¡Dios mío! ¡Plouhernó! -exclamó.

Y la señora dio orden al cochero de parar y saltó ligeramente al suelo.

Juan, que había oído la exclamación, se volvió y conoció también a la señora.

Era la de Raveaux, que se dirigía a él, radiante de alegría y con las manos extendidas.

-¡Oh! ¡Qué feliz soy en encontrarlo a usted! ¡Hace un mes que lo estoy buscando!

A Juan le costaba trabajo conocer a la de Raveaux, de tal modo la encontraba cambiada y rejuvenecida, lo que acusaba más el parecido que tanto le había chocado entre sus facciones y las de Juana.

Mientras el joven permanecía como suspenso por estas reflexiones, Berta seguía hablando con la verbosidad de su alegría.

-Me había usted prometido ir a verme, pero yo no podía esperar. Tenía prisa por saber noticias de usted y de esa joven que conocí en el bosque de Carnoet.

Las dudas de Juan renacían, y, cosa singular, ya no le parecían inverosímiles. Pero no podía interrogar a aquella señora sin precauciones y sin preámbulos.

Se limitó, pues, a acompañar a las dos por la avenida de las Acaacias.

Cuando llegaban a la cascada, encontraron a la de Bernal con su hija, y Juan se apresuró a presentar mutuamente a aquellas señoras. Berta no pudo contener un ligero asombro al oír el nombre de Magdalena, de la que había oído hablar a la familia Mirio. Su sorpresa fue, pues, muy natural al oír de la misma interesada que era la prometida del subteniente.

No quiso, pues, estorbar más tiempo la entrevista de los dos jóvenes, y se despidió amablemente, recomendando a Juan que fuese pronto a verla con tal insistencia, que una rápida nube pasó por la frente de, Magdalena.

Pero el oficial dio enseguida una terminante explicación.

-Esta es -dijo, -la señora a quien salvé del peligro en el camino de Gestel.

Y estas palabras bastaron para tranquilizar a la joven.

-Sí -prosiguió Juan, -y no oculto que me halló muy turbado y casi dichoso por este encuentro.

-¿Verdad? -dijo Magdalena, pero esta vez en tono de broma. -¿Le gusta a usted, caballero, recibir las muestras de gratitud de esa señora?

-Magdalena -dijo melancólicamente el joven, -el motivo de mi alegría es más elevado... y más fútil al mismo tiempo. Van ustedes a tenerme por loco, pero quiero decirles la extraña sospecha que se ha apoderado de mí.

Y contó lo que había imaginado al ver el parecido de la señora de Raveaux con Juana.

Magdalena exclamó, como si estuviese convencida de la verosimilitud de esa hipótesis:

-Pero, ahora que caigo, esa señora de Raveaux debe de ser la madre desgraciada en cuyo favor se ha solicitado el arte de Juana.

-Es verdad -dijo Juan a su vez. -No había pensado en eso.

-Debe usted asegurarse enseguida de si es así, amigo mío -insistió la joven, entusiasmada ya por la posibilidad de tal aventura.

Los dos prometidos decidieron entonces que Juan no haría esperar su visita a la señora de Raveaux, a fin de obtener los informes necesarios. No se podía, en efecto, acoger sin pruebas decisivas una creencia que ocasionaría amargas tristezas si resultase falsa.

No habían pasado dos días cuando el subteniente fue a la avenida de Yena, donde fue recibido con los brazos abiertos por la de Raveaux.

El oficial encontró su campaña de informes más fácil de lo que había supuesto.

Para ello se dirigió al padre y no a la madre. El señor de Raveaux, un poco sorprendido de que se le interrogara sobre un suceso ocurrido hacía quince años, no se negó a dar todas las explicaciones necesarias.

Y Juan fue pronta y completamente informado.

Lo que oyó fue para él como un rayo de luz. La verdad que antes había entrevisto, le pareció entonces tan luminosa, que, no conservando duda alguna, en poco estuvo que el secreto se escapase de sus labios. Pero recordó muy oportunamente que se había propuesto no

hablar sino sobre seguro y le faltaban aún dos pruebas para adquirir una completa certeza.

La primera era recoger en un relato bien concreto el testimonio de Joel y los recuerdos de Juana.

La tarea era fácil en lo concerniente al músico. Su narración se apoyaba en el testimonio de los Goulien y en los documentos del registro civil redactados por el alcalde de Clohars, en los que constaba que la niña encontrada en la playa de Kernevenás había recibido provisionalmente los nombres de Juana Angela le Mat.

La memoria de Juana no había retenido más que lo que se puede esperar de una niña de la más tierna edad.

Había en ella reminiscencias de tempestad, de mar furioso, de un perro que la salvaba del abismo; y había también un episodio característico: una nodriza que se volvía loca y se arrojaba al mar. La joven no repetía el nombre *nodriza* más que según la afirmación de Joel, el cual decía que era el que la niña pronunciaba cuando él la encontró.

La segunda prueba que Juan se proponía era mucho más difícil y de un carácter diferente.

Había un testigo del drama, pero por desgracia no podía hablar. Ese testigo era Plutón.

Plutón tenía entonces de dieciséis a diecisiete años, edad avanzada para un perro, aunque éste conservase toda su belleza, toda su fuerza y un admirable instinto.

Si fuese posible obtener un testimonio del noble animal, haciendo hablar a su instinto infalible,, se adquiriría así una demostración que sería casi una prueba.

¿Cómo conseguir ese resultado?

Los perros, como los hombres, pueden perder la memoria, y Plutón era muy joven en el momento de la catástrofe.

Juan no habló de su proyecto a nadie, ni siquiera a Magdalena, por miedo de caer en ridículo.

Pero sabiendo que la de Raveaux iba todos los días a pasear en el bosque de Bolonia, concibió prontamente su plan.

Pero entonces lo acometió un escrúpulo.

Pedro amaba a Juana y era correspondido. ¿No iría a asestar un golpe terrible al amor de los dos jóvenes al tratar de dar a Juana una familia? No temía una negativa por parte de los Raveaux, que no harían tal afrenta a los mismos que le devolvían a su hija. Tampoco temía nada por parte de Juana.

Pero Juan conocía bien a su hermano y sabía que Pedro, recto y orgulloso, no aceptaría una unión que parecería impuesta por las circunstancias. Adoraba a Juana, pobre, pero Juana, rica, repugnaría a su susceptibilidad de hombre de honor.

Juan resolvió, pues, aplazar sus proyectos y consultar el caso con su hermano.

A las primeras palabras de su confidencia, Pedro interrumpió a su hermano.

-Hace tiempo -le dijo, -que participo de tus sospechas. Pero la cuestión es difícil y no debes obrar sino rodeándote de todas las precauciones y después de haber establecido una completa certeza.

-¿Me animas, pues, a que continúe estas investigaciones?

-¿Cómo no te he de animar? ¿No se trata de la dicha y del porvenir de Juana?

-Que son también tu porvenir y tu dicha, Pedro.

-Si -dijo, melancólicamente el alférez de navío, -comprendo tus palabras. Temes que dando a Juana una fortuna y una familia, caiga por su base la felicidad que yo he soñado. Pero esa consideración no debe pesar para nada en tus planes. No sólo cumplimos un deber para con Juana, sino para con esa familia desgraciada cuyo consuelo está ahora en nuestras manos. Cualesquiera que sean las consecuencias, tenemos que cumplir ese deber.

Juan miró a su hermano con profunda emoción y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-Esa es -dijo, -la respuesta que yo había previsto, pero no me satisface enteramente. Tú no hablas del estado de tu corazón ni del porvenir de tu amor. Delicado y altivo como eres, temo por tú parte una

reserva excesiva y una exageración de escrúpulos. Si Juana es hija de los Raveaux, es heredera de una enorme fortuna. ¿No te va a parecer esa fortuna un obstáculo invencible entre Juana y tú?

Por la frente del marino pasó una nube de tristeza y su voz tembló al responder:

-¿Qué importa eso? Haz tú tu deber y suceda lo que quiera. Sigue tu camino, Juan, y no te ocupes del día de mañana. Sea lo que Dios quiera.

Eso fue todo lo que Pedro pudo y quiso decir en aquellas circunstancias.

El término de su licencia había llegado y vino el momento de la despedida. La huérfana, deshecha en lágrimas, ofreció su frente al casto beso de su prometido. Pero, al ver que los labios de Pedro llegaban apenas a rozarla, un grito de pena, casi de reproche, se escapó de su pecho.

-¿No sientes dejarme, Pedro?

El marino sintió toda la amargura de esa pregunta, y no queriendo dejar en duelo el alma de la adorada, respondió:

-Mucho, Juana... ¿Pero cuándo nos veremos y qué cambios nos habrá impuesto el porvenir?

No quiso explicarse más, porque el corazón se le rompía. Juana se quedó, pues, afligida, pero siguió residiendo en ella la esperanza.

Además, los sucesos que vinieron después no pudieron menos de distraer su pensamiento. Juan en práctica su proyecto.

Una mañana salió con Plutón, que no lo había olvidado y le manifestaba un entusiasta cariño.

El subteniente tomó a pie el camino de la puerta Maillot y se metió por las frondosas calles de árboles del bosque de Bolonia.

Plutón corría delante de él y daba alegres saltos, feliz al recobrar las primitivas sensaciones del bosque de Carnoet.

Los arroyos del bosque no tenían aún el lodo de que los reviste el polvo del verano, y era para Plutón una delicia remojarse continuamente en aquellas aguas límpidas y cristalinas.

Al llegar a una encrucijada, Juan vio acercarse las personas a quien buscaba.

La de Raveaux que se había bajado del coche, paseaba con su sombrilla en la mano.

Y entonces se produjo espontáneamente la escena prevista y esperada por el oficial.

El perro vio muy de lejos a la de Raveaux, y lanzando ladridos de alegría, corrió hacia ella.

¡La había reconocido! Aquel encuentro hacía revivir en el perro lejanas impresiones, pero es de creer que la memoria de los perros es más tenaz que la de los hombres.

Cuando llegó el animal al lado de la señora de Raveaux, muy asustada en el primer momento, empezó por echarse a sus pies y le prodigó las señales de la más viva amistad; grandes movimientos de cola, dulces gemidos en los que ponía las más suaves inflexiones de voz, saltos desordenados que amenazaban ensuciar y romper el traje de la paseante.

Vuelta de su primer sorpresa, la dama creyó conocer el perro y fue invadida por una inmensa turbación como si fuese a caer de nuevo en la locura.

Berta se defendía difícilmente contra la exuberante ternura del animal, mientras Juan, a distancia y tan conmovido como ella, gritaba:

-¡Plutón!... ¡Aquí!...¡Plutón!...

El perro volvió al lado de su dueño, exhalando pequeños gemidos para protestar contra la interpretación que se hacía de sus sentimientos.

Y al mismo tiempo, Berta corrió también hacia Juan y le dijo con voz entrecortada por la angustia:

-¡Oh! Señor Plouhernó... ¿Este perro es de usted?

Juan había previsto la pregunta y respondió con precaución, contando la historia del perro sin referirse a la niña más que lo estrictamente necesario, para no dar a Berta un golpe demasiado brusco.

Pero el efecto estaba conseguido y la prueba hecha de un modo concluyente.

Berta, por su parte, multiplicaba las preguntas más apremiantes.

-¡Esa niña! ¡Esa niña! ¿Qué ha sido de ella? ¡Oh! ¡Por Dios! ¡Dígamelo usted!..

Los ojos de Juan se llenaron de lágrimas y el joven dio el brazo a Berta al responder:

-Esa niña ha sido educada por nuestro amigo Joel le Mat. Se la llevaremos a usted, señora, para que usted la conozca. No puedo decir más.

Berta subió al coche y volvió a su casa llena de turbación, pero con el alma inundada de una inefable alegría.

Veía que Dios había tenido al fin piedad de sus sufrimientos.

VIII

LA MADRE Y LA HIJA

Había, por fin, llegado el día fijado por Paula Raveaux para la presentación de Juana.

A las nueve de la mañana la cuñada de Berta fue a buscar a la violinista. Joel había salido, llamado por Delsalle, el cual había conseguido que su obra fuese admitida en la Grande Opera y necesitaba al anciano en los ensayos.

Juana, pues, recibió sola a Paula y como estaba advertida y dispuesta a seguirla, las dos mujeres salieron juntas enseguida, no sin que Juana hiciese tina corta oración.

Paula la miró con una expresión conmovida, que ya Juana había observado en ella, y dijo:

-Salgamos, hija mía... ¿Pero no lleva usted el violín?

Era verdad. La joven, preocupada por extraños presentimientos, olvidaba aquel importante detalle.

Volvió, pues, a su cuarto, tomó su mejor instrumento y se reunió con Paula.

Cuando estuvieron sentadas en el coche, dijo la cuñada de Berta:

-Perdóneme usted, hija mía, que le diga estas cosas, pero experimento al lado de usted un sentimiento muy extraño. Me parece que nos une un vínculo secreto y que ocupa usted desde hace mucho tiempo un sitio en mi corazón, como debiera ocuparlo en nuestro hogar.

-No me sorprende, señora -respondió Juana, -pues yo siento la misma turbación. Me parece que estoy soñando y que estoy rodeada de un misterio a cuyo fin me espera la felicidad imprevista.

La berlina llegó rápidamente a la avenida de Yena y se detuvo en una de las hermosas, casas que la forman.

-Hemos llegado, querida mía -dijo Paula, que bajó la primera y dio la mano a Juana para bajar.

El criado que abrió la puerta les dijo que la señora no había vuelto todavía de su habitual paseo en coche al bosque de Bolonia.

Paula hizo entrar a Juana en el salón y la invitó a sentarse.

Pero, apenas habían pasado unos minutos, cuando se oyó la campanilla y el criado se presentó diciendo a Paula:

-La señora acaba de llegar.

Y Juana, palpitante, vio entrar una mujer joven, de una belleza suave y triste, que le echó una mirada llena de inmenso afecto al mismo tiempo que de temor. Los ojos de aquella señora se llenaron de lágrimas cuando Paula le dijo:

-Querida Berta, te presento a la señorita Juana le Mat, cuya venida te había anunciado.

El corazón de la huérfana latía hasta romperse y sentía un impulso interior que la incitaba a arrojarse a los brazos de aquella mujer cuya dolorosa historia conocía.

-¡Juana le Mat! ¡Juana le Mat! -repetía Berta juntando las manos.

Y añadió con una indecible expresión de piedad:

-¿Es ésta la joven que no tiene madre?

Juana, conmovida, hasta lo más profundo de su ser, se acercó a Berta, que le tomó la mano y la retuvo a su lado, sin hablar y devorándola con los ojos.

Poco a poco, sin embargo, se acabó la turbación del primer momento y empezó entre las dos mujeres una conversación familiar y llena de confianza.

-Mi hermana ha debido decir a usted cuál es mi situación, hija mía. He sufrido mucho y los médicos me aconsejan distracciones dulces. Estoy dispuesta a seguir ese consejo, aunque con poca fe en el resultado y a querer a usted mucho, si el afecto de una mujer muy desgraciada le ofrece algún atractivo.

-¡Oh! señora... exclamó Juana agradecida.

Berta se pasó la mano por la frente -y añadió sonriendo:

-Tiene usted un admirable talento de violinista. Pues bien, ¿quiere usted tocar alguna pieza de su elección, que no sea muy alegre?

Juana no necesitaba esta recomendación. Su alma estaba llena de profunda melancolía.

Poco después, en plena inspiración, la artista hacia cantar a su violín una triste melodía.

Paula, que ya conocía el genio musical de la huérfana, se sintió entusiasmada, pero Berta no pudo sufrir aquella íntima emoción y cayó en su sofá, casi desmayada.

Juana corrió a ella exclamando:

-¡Oh! ¡Señora! ¡Señora! Si yo hubiese sabido...

Pero Berta volvió en sí, abrió los brazos a la joven y dijo mirándola fijamente:

-¿Dónde la he visto a usted otra vez? Porque estoy segura de haberla visto... Hace una hora he hablado con un joven oficial de una hermana que tiene en París y que se dedica, como usted, a la música. No sé por qué me he figurado que ese oficial era su hermano de usted.

-¡Ah! señora, yo no tengo hermanos en el sentido riguroso de la palabra, pero tengo dos de adopción. Soy una criatura encontrada por un viejo músico que me ha servido de padre, y he sido educada por la familia de un pobre almadrero...

Juana no pudo decir más. Berta se levantó de repente y le tomó un brazo, exclamando:

-¡Es usted, entonces, la hermana del subteniente Plouhernó!

-Sí -dijo sencillamente la joven.

La cara de Berta se inundó de alegría. Acababa de recordar las palabras del oficial: «Esa niña ha sido educada por nuestro amigo Joel le Mat»

La madre corrió hacia su cuñada, y pálida, agitada, le dijo:

-¡Paula! ¡Paula! ¡La felicidad llega al fin! ¡Dios ha hecho un milagro inesperado! ¡Mi hija vive!

Y al ver que Paula la miraba espantada, creyendo que su razón se perdía de nuevo, añadió:

-No me mires así, Paula. No estoy loca, te lo juro. Di que engan-chen enseguida. Vamos a acompañar a esta niña. Necesito ver inmediatamente al señor le Mat.

Juana parecía también sorprendida por aquella vivacidad. Las palabras de la de Raveaux eran para ella un enigma, pues ignoraba las revelaciones de Juan.

En aquel momento, como si los sucesos estuviesen ordenados por una oculta voluntad, el criado anuncio:

-Los señores Plouhernó y le Mat.

-¡Dios sea loado! -exclamó Berta levantando los brazos al cielo.

Lo que había sucedido era muy sencillo y natural.

Cuando se separó de Berta, el subteniente, ya convencido de que sus sospechas eran exactas, se apresuró a tomar el primer coche que encontró, en el que se metió con el perro.

Pero, por muy deprisa que anduvo, llegó a la calle de Hauteville después de salir Juana con Paula Raveaux. En cambio, encontró a Joel, que volvía de su visita a Delsalle.

-No se desnude usted -le dijo -Vamos a salir juntos.

-¿Salimos? ¿Adónde vamos?

-A buscar a Juana.

-Juana está en casa de los de Raveaux. Hoy iban a presentarla.

-Justamente, así están mejor las cosas. Acabo de hablar con la señora de Raveaux y por eso lo llevo a usted.

El oficial no pudo menos de reír ante el asombro del anciano.

-Tomemos un coche ante todo -le dijo risueño, -y se lo contará a usted todo por el camino. Ya verá usted qué drama... Un drama de familia... Que se termina felizmente...

Joel se inclinó ante la promesa de Juan pero al encontrar a Plutón instalado en el coche se echó a reír y dijo:

-¿También llevas el perro? ¿Tiene algún papel en el drama?

-No se ría; usted, papá Joel. Su papel es mucho más importante de lo que usted puede suponer.

Cuando echó a andar el coche, Juan se puso a contar al viejo su aventura con todos los detalles.

Y a medida que avanzaba el relato, la frente de Joel se ensombrecía. Por fin el viejo dejó escapar su pena.

-Lo que has hecho es un bien para Juana y debiera alegrarme. Pero no puedo menos de pensar que desde el momento en que Juana tenga una familia, estará perdida para nosotros, para mí al menos.

-¿Cómo piensa usted tal cosa? ¿Por qué afligirse por un suceso que no puede menos de ser dichoso en todos conceptos?

El anciano hizo un gesto de desanimación y respondió:

-¿Crees tú que Juana dudará entre sus padres y el pobre viejo que la ha cuidado durante tantos años? La separación es necesaria, pues la impondrá la familia y tendrá razón.

Juan movió la cabeza, no queriendo admitir las suposiciones de su amigo, pero en el fondo, reconocía su exactitud y flaqueaba en su resolución, un poco debilitada por su conversación con Pedro.

Joel observó aquella debilidad, y le dijo, poniéndole la mano en el hombro:

-No importa, hijo mío. Lo primero es el deber. Hagamos el nuestro.

Después de estas palabras, los dos hombres permanecieron callados hasta que llegaron a casa de Raveaux, ya sabemos en qué momento.

Cuando éste vio entrar a Juan, corrió a él y le dijo, apoderándose de sus manos:

-¡Oh! señor Plouhernó, haga usted cesar nuestra incertidumbre.

El joven, entonces, se volvió hacia Joel y le dijo:

-A usted le toca, amigo mío, dar testimonio de la verdad.

El anciano se adelantó muy grave hacia la señora de Raveaux y asiendo a Juana de la mano dijo con solemnidad:

-Señora lo que voy a decir a su dicha. ¡Quiéralo Dios! Pero más que lo que existe. No está en mi mano colmar sus deseos incluyendo en mi relato lo que no puede figurar en él.

Y lentamente con gran claridad de expresión, contó el drama ocurrido hacia quince años.

Nada faltó, ni el episodio del perro, ni el recuerdo de las frases vagas pronunciadas por la niña, al llegar al punto más importante, añadió:

-El nombre de Juana se le dio en Clohars. Cuando yo la pregunté el suyo, respondió que se llamaba «Angelito».

En el salón reinó un silencio de muerte, sólo interrumpido por los sollozos de Berta.

Juana, a su lado e igualmente conmovida, lloraba también y no se atrevía a dar oídos al grito de su corazón.

Por fin, Berta se levantó, abrió los brazos y llamó a Juana de un modo que no podía, engañar:

-¡Hija mía!

Y Juana comprendió al fin toda la dulzura, todo el poder del cariño de una madre.

-¡Ah! -decía entre sollozos la feliz mujer, -el día, las circunstancias, la supervivencia de este fiel animal, los detalles recogidos por este tu segundo padre, todo prueba hasta la evidencia que eres la hija idolatrada a la que he llorado tanto tiempo.

Juana, convencida también, no imponía ya silencio a los impulsos de su corazón y prodigaba los más dulces nombres a aquella madre por fin recobrada.

Juan y Joel estaban a distancia para no turbar aquellos momentos de efusión.

Berta, sin embargo, se acordó de ellos y les abrió también los brazos.

-¡Cuánto debo a ustedes por haberme conservado la vida devolviéndome a mi hija! ¿Cómo pagarles esta inmensa deuda de gratitud?

Y al ver una nube en la frente de Joel, bajo la nieve de sus cabellos, la madre añadió:

-No quiero que mi dicha sea una aflicción para usted. Al encontrará mi hija no le quitaré a usted la suya. Continuará usted viviendo a su lado... y al nuestro.

Joel no pudo hablar. Su alegría era inmensa al ver que no tenía por qué deplorar la felicidad de su hija adoptiva.

Juan se sentía plenamente recompensado de su intervención en el asunto.

La madre y la hija se abrazaron de nuevo, insaciables de amor y de caricias. Berta reía y lloraba al mismo tiempo y no podía expresar más que por monosílabos la alegría inefable de su corazón.

De repente, al ver el perro, cuya presencia no había notado hasta entonces, se lanzó a él con la loca alegría de una niña:

-Y tú también -exclamó, -tienes derecho a mi gratitud y a mi cariño. Tú la arrancaste al peligro del mar. ¡Buen Plutón ¡Cómo te vamos a mimar!

Y se puso a besarlo en aquella frente negra y blanca, de pelo brillante y sedoso. Plutón, a su vez, levantaba hacia ella sus grandes ojos llenos de embriones de pensamientos, y dejaba oír esos hondos suspiros con que los perros expresan su satisfacción.

Pero faltaba una persona a la fiesta, y no la menos interesada. Raveaux ignoraba el dichoso suceso y su vuelta dio ocasión a una nueva explosión de alegría.

Pálido y más conmovido aún que su mujer, pues él no estaba preparado, Jorge se quedó unos minutos como estupefacto, sin comprender las palabras de felicitación que se le dirigían. ¡Es tan difícil creer en los hechos que violentan, por decirlo así, la norma habitual de la existencia!

Tuvo que rendirse, sin embargo, a la evidencia. También él reconoció el perro, y Plutón demostró claramente que aquel señor no le era desconocido.

Hizo repetir a Joel y a Juana su relación, comprobó la concordancia de las fechas, y finalmente, con los ojos arrasados de lágrimas y el pecho agitado, abrió los brazos a Juana y la llamó su hija.

No era posible conservar ni la sombra, de una duda, sobre todo cuando Joel, para acabar la prueba, sacó del bolsillo un pequeño estuche que contenía unos pendientes y tres medallitas de oro y de plata.

-¡Sí! -dijo el padre entusiasmado, -tú eres nuestra querida hija.

Raveaux confirmó a Joel y a Juana las palabras afectuosas de su mujer.

-Cuento, señor Joel, con que, a fin de no separarse de Juana, consentirá usted en participar de nuestra vida. Ha sido usted el padre de nuestra hija, y ese vínculo, tan fuerte como el de la sangre, lo hace a usted de nuestra familia.

Todos los presentes comieron juntos aquella tarde, pero por la noche Juana fue a arrodillarse delante de su madre.

-Madre mía -dijo en tono de respetuoso ruego, -por esta noche, la última, te pido permiso para ir a dormir en la humilde casa en que hemos vivido diez años. Hay en ella mil recuerdos de alegría y de sufrimiento para mí, y creería ser ingrata si no diese satisfacción a este deseo de mi corazón. Mañana, papá Joel y yo, vendremos mejor preparados para la nueva vida que Dios nos concede.

Berta besó a su hija en la frente y la levantó diciendo:

-Vete, hija mía. No soy yo la que he de contrariar en ti el culto de los recuerdos. Consérvalos piadosamente. ¿Qué importa una noche de ausencia después de llorarte tantos años?

Pero los padres de Juana quisieron ver, antes de que ella los dejara, los lugares en que se había realizado una gran parte de la existencia de su hija, y la acompañaron, con Joel Juan y Plutón, al número 89 de la calle de Hauteville.

-Hija querida - murmuró Berta besando a Juana, ya acostada; -mañana vendrá en cuanto te levante, pero, si duermes todavía, no te despertaré.

Por la mañana, en efecto, al abrir Juana los ojos, lo primero que vio fue a su madre sentada al lado de la cama.

-¡Oh! Mamá -preguntó con ese dulce tono de los niños que se abandonan a su ternura; -¿hace mucho tiempo que estás ahí?

Berta sonrió y mostró con el dedo el reloj, que marcaba las diez.

-He venido a las seis –dijo. -El señor le Mat estaba levantado y me ha introducido aquí, donde estoy desde entonces mirándote dormir. Ya ves que no ha sido difícil ni penoso.

Juana la atrajo hacia ella y como en sus primeros años, ocultó su linda cabeza rubia en el seno maternal, lleno de la inmensa felicidad que le había concedido el destino.

IX EPILOGO

Un año había pasado desde que Juana encontró a su familia. Nada faltaba a la dicha de los Raveaux, y Joel mismo había acabado por acostumbrarse a su nueva vida. Aquella familia feliz se había instalado en Quimperlé, en un antiguo castillo restaurado con gusto, rodeado de un parque de diez hectáreas y al lado del Isole.

Pero la felicidad de Juana no era perfecta. La joven no sonreía ya como en otro tiempo y suspiraba con frecuencia de tal modo que Berta llegó a sospechar la existencia de un secreto en el corazón de su hija y quiso conocerlo.

-Hija mía -le dijo, -no debe haber nada oculto para una madre. ¿Cuál es la razón de tus suspiros? Tu padre y yo queremos a toda costa alejar de ti todo motivo de disgusto. Dime qué deseas, si está en nuestra mano, lo tendrás.

Y Juana abrazó a su madre y la confesión no fue larga ni difícil.

-Ya ves, mamá -dijo al terminar, -que en este asunto no pueden nada ni tu voluntad ni mi amor. Al encontraros he encontrado la fortuna y esta fortuna el motivo de mi sufrimiento. Pedro es demasiado orgulloso para pedir mi mano.

-¡Cómo! -exclamó Berta -¿Es esa la única causa de tu pena? ¿Puedes creer que Pedro lleve hasta ese punto un orgullo que os haría a los dos desgraciados? No, quiero pensar que no exagerará de ese modo su delicadeza y que no rehusará deberte la dicha que su hermano Juan va a recibir de Magdalena.

Y Berta, completamente tranquila, dio un beso en la frente de su hija.

-Yo me encargo de eso -dijo alegremente.

Juana no supo hasta mucho tiempo después cómo se las compuso la amable mujer para llegar a sus fines.

Berta confió sus intenciones a Joel, quien, a su vez, hizo a la de Raveaux una importante confidencia.

El alférez de navío pudo ir a Quimperlé, usando una licencia de un mes. Desde que Juana recobró a su madre. Pedro no la había vuelto a ver y se había contentado con escribirle una carta llena de felicitaciones de las más sinceras. Juana le respondió con una larga misiva, que el joven oficial cubrió de besos, y todo quedó así.

Pero por mucha reserva que se hubiera impuesto, Pedro no pudo impedir que su corazón hablase cuando se encontró en presencia de la mujer adorada.

Juana, en cuanto lo vio, le dio la mano y le preguntó con una larga mirada salida del alma:

-¿Vienes a que se realicen nuestros sueños y la promesa que me hiciste hace un año?

Muy pálido y muy conmovido, el marino respondió en voz baja:

-Juana desde entonces han pasado muchas. ¿Es usted la misma para mí? ¿ Soy yo el mismo para usted?

Juana dio un agudo grito, un grito de pájaro herido. Aquellas palabras le habían atravesado el corazón.

-¡Oh! Pedro, Pedro yo no he cambiado, pero tú sí, puesto que me llamas de usted.

El marino trató de protestar y de defenderse, pero Juana no le dejó acabar y le dijo con dulce violencia y voz llorosa:

-¡Calla! ¡Calla! Cada palabra que pronuncias aumenta mi dolor. No puedes saber el daño, que me haces...

-Mi querido Pedro ¿por qué rehusa usted ser nuestro hijo? ¿Quiere usted sacrificar la dicha de Juana a una cuestión de honor ridícula y exagerada? ¿Le da a usted miedo la fortuna de mi hija? El señor le Mat va a decir a usted que puede aportarnos algo mejor que una fortuna, pues usted y su hermano son los últimos representantes de un nombre respetable que todo el mundo creía extinguido. Es usted el más afortunado de todos nosotros.

Pedro abrió unos ojos enormes Y comprendió.

Entonces se abrieron las puertas del salón, Y detrás de Jorge y de Paula Raveaux, entraron los señores de Bernal, Magdalena, más hermosa que nunca, Juan Plouhernó de gran uniforme, y, lo que más sorprendió a todos, Mirio, su mujer y su hijo Alberto. Recuérdese que Mirio era tío de Berta Raveaux.

Cuando todos se sentaron, impresionados por aquella *mise en scène* solemne, entró el notario de Quimperlé que había recibido siete años antes las últimas voluntades del Vizconde de Kervés.

Con una conmovedora sencillez, el notario leyó las disposiciones testamentarias y la declaración siguiente:

«Yo, Vizconde Federico de Kervés, antiguo capitán de fragata, próximo a comparecer ante Dios y no teniendo ya razón para callarme, declaro que Ana, Pedro y Juan Plouhernó, son hijos legítimos de mi primo Juan Plouhernó, o más bien, Juan de Kervés, almadreñero en el bosque de Carnoet. En consecuencia, les ruego que en cuanto lleguen a la edad señalada por la ley, hagan revivir mi nombre y mis armas para que no perezcan conmigo»

Además del título, el Vizconde legaba a sus sobrinos su fortuna, de unos sesenta mil pesos.

Pedro no tenía ya razón para resistir, y después de abrazar de todo corazón a su futura suegra, se inclinó sobre la mano de Juana y lloró como un niño.

Un año después se celebró el doble matrimonio al que cada uno de los dos hermanos llevó un galón más. Pedro era teniente de navío, grado asimilado al de capitán en el ejército, y Juan era teniente de infantería de marina.

La ceremonia, se verificó con gran pompa en la iglesia de Santa Cruz de Quimperlé, en la que Delsalle y Joel hicieron oír sus violines.

Un permiso del obispo autorizó a Ana para asistir a la fiesta religiosa.

Joel se fue a vivir con Pedro y Juana, a treinta pasos de los Raveaux y a cincuenta de los Bernal. Juan se hizo construir un hotel a orillas del Laita, a la sombra de las encinas de Carnoet.

Plutón, llegado a la vejez, llevó una existencia de viejo rentista en uno y en otro de aquellos hogares amigos.

Los Mirio se establecieron en París, donde Alberto fundó una gran casa de banca.

Y en las playas de las Grandes Arenas se ve un hotel muy vasto y muy hermoso, en cuya verja se lee: *Juana Sin Nombre, la Hija de las Olas.*

FIN